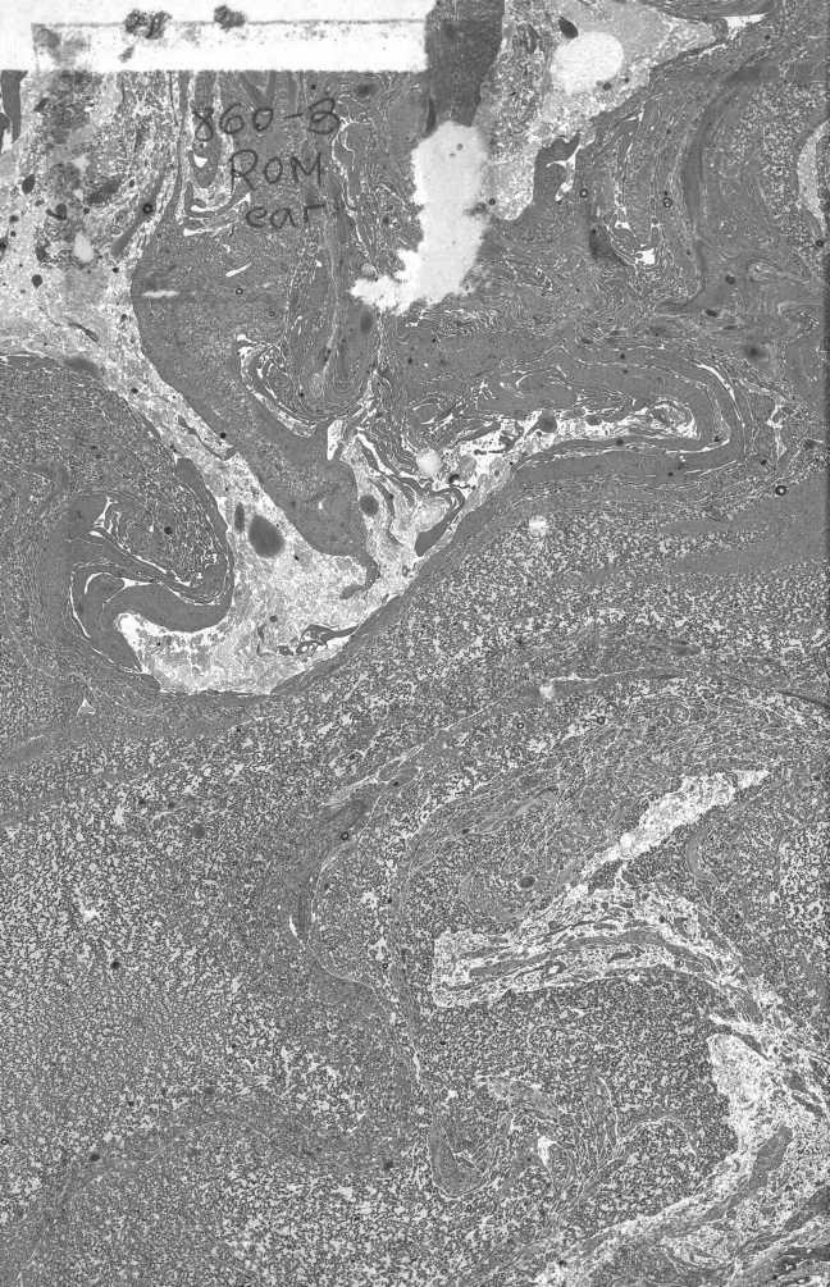
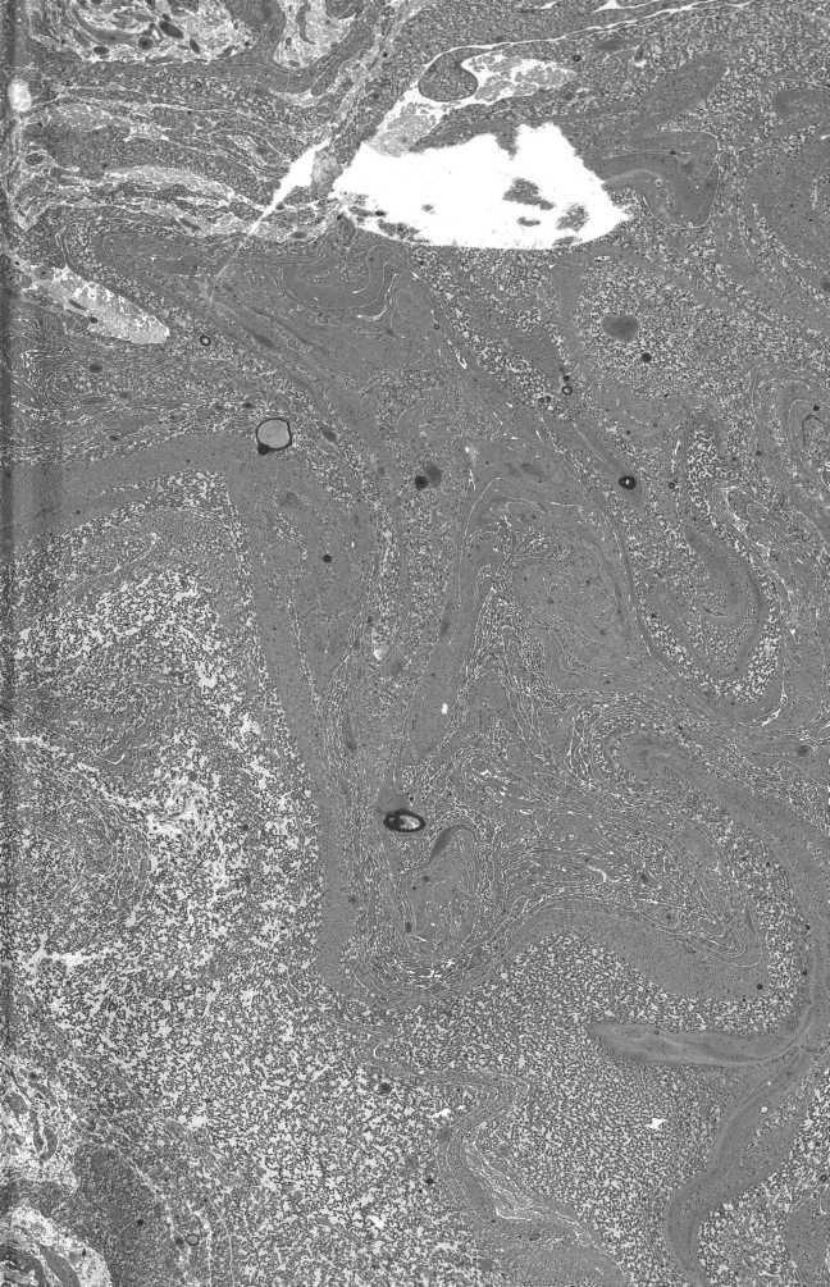
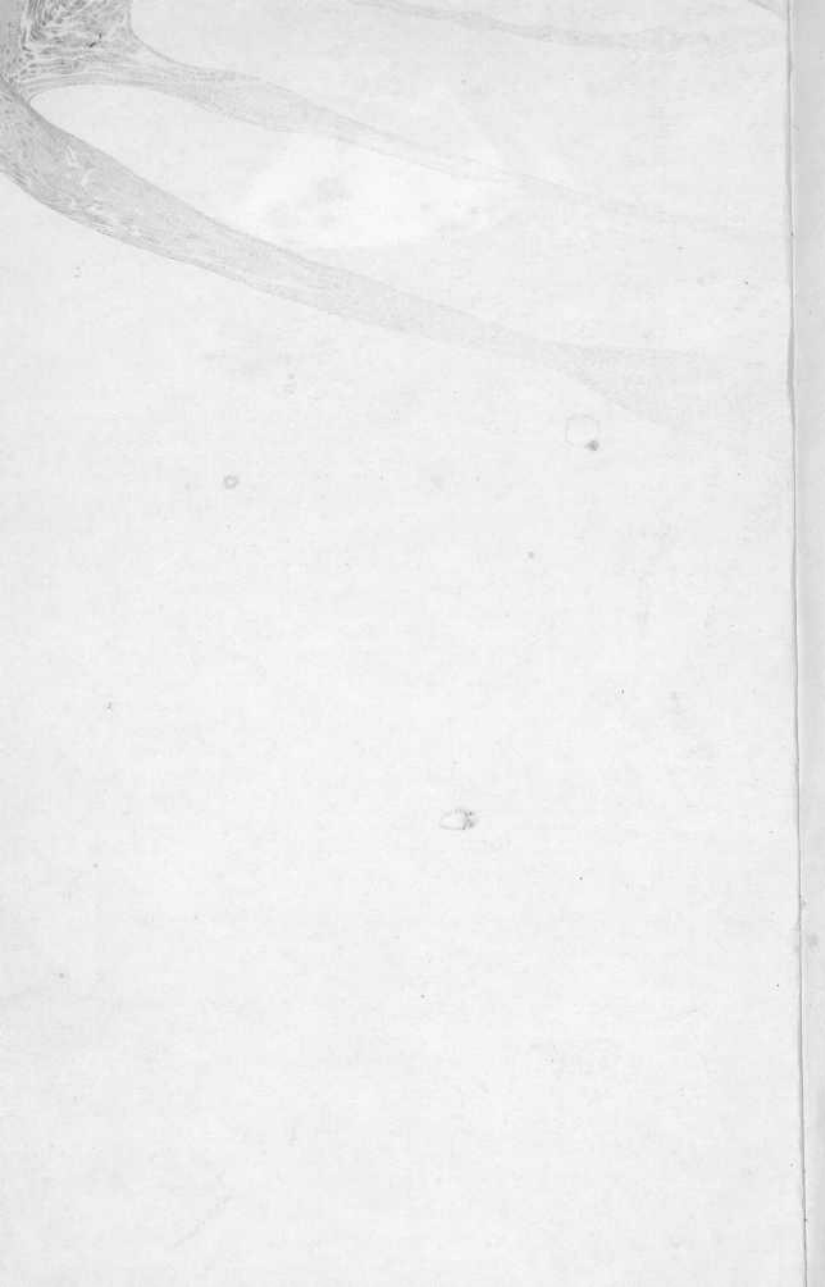




860-B  
ROM  
eat

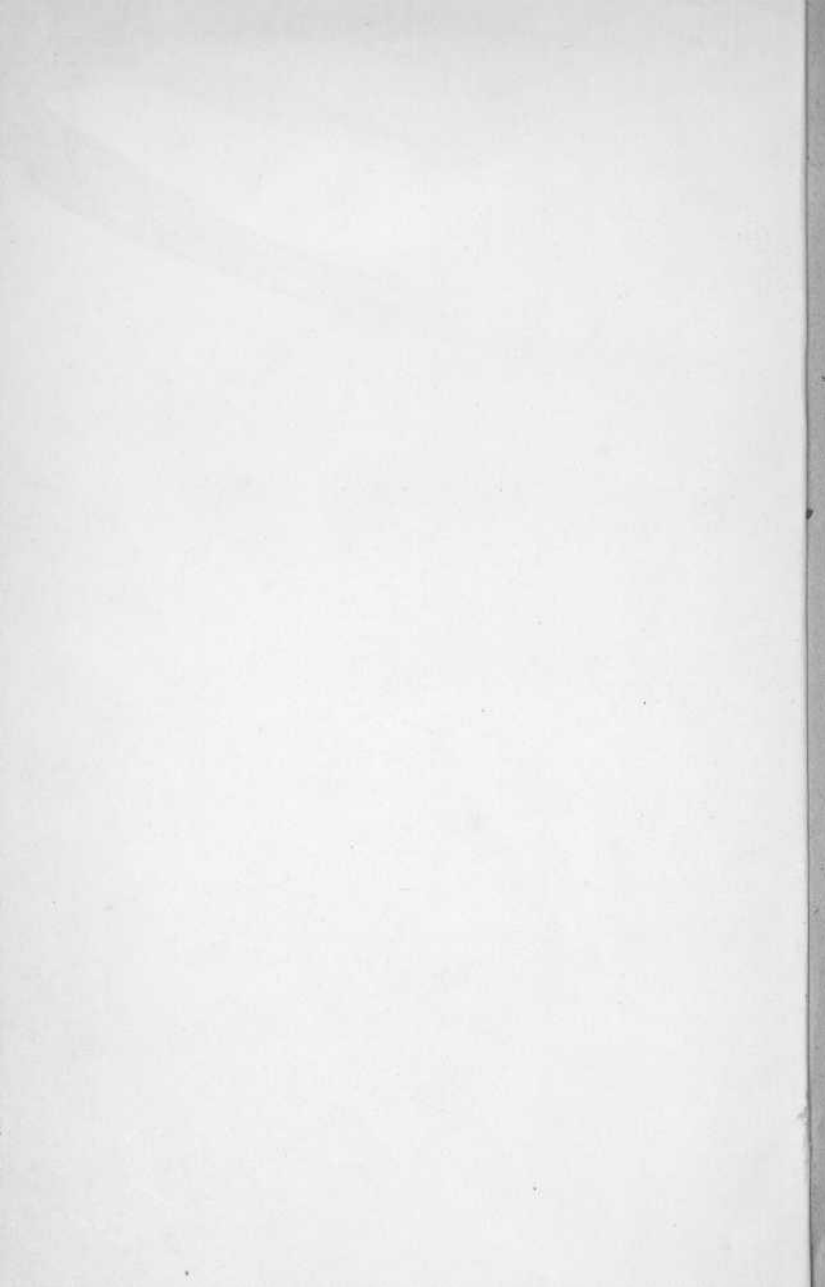






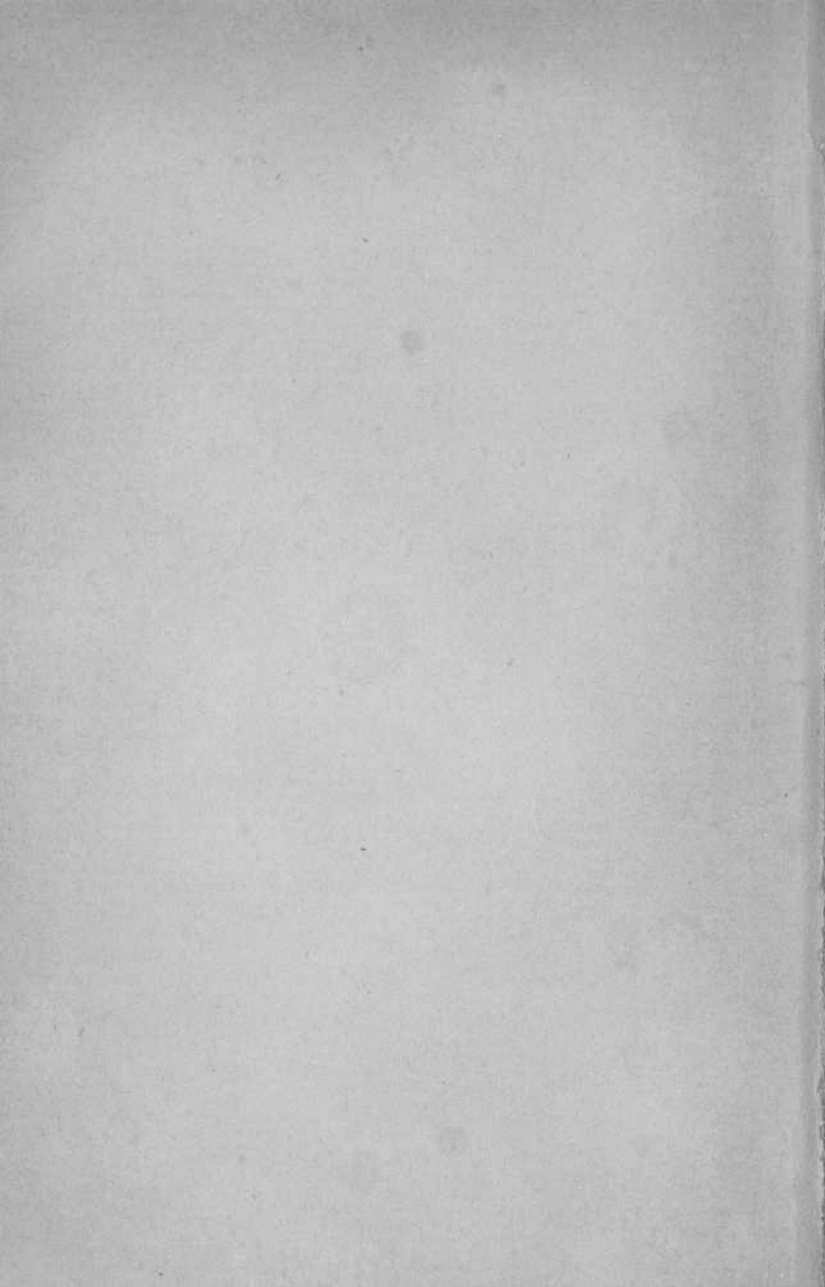






A la Real Academia  
de Buenas Letras de Málaga  
Recuerdo de su antiguo alumno  
El Autor

Madrid 7 Mayo 1919



CARNE Y ESPÍRITU

---

Es propiedad del autor.  
Cumplidos los compromi-  
sos legales.

---

Emilio Román Cortés

~~~~~

# CARNE Y ESPÍRITU

NOVELA

—

PRÓLOGO

DE

JACINTO OCTAVIO PICÓN



MADRID

R. Velasco, impresor.—Marqués de Santa Ana, 11 dup.

Teléfono número 551

1916

R 8.855

DONATIVO 7-2-1972





## PRÓLOGO

---

Respetando la opinión de los que piensen de otro modo, creo que quien cultiva un determinado género literario, peca de ligero si critica obras análogas a las que él produce, porque fácilmente se expone a incurrir en los mismos errores que condene.

Por esto, desde hace muchos años, me he abstenido de escribir críticas de novelas. Pero una cosa es actuar de crítico y otra hablar a propósito de un libro para dar al autor muestra de

simpatía, y sobre todo, para sostener que la novela es la forma literaria que mejor refleja la vida y el alma: y no digo el alma moderna, como ahora se estila, porque moderna debiera ser sinónimo de civilizada y, realmente, desde que Caín mató a su hermano con una quijada de pollino hasta que Guillermo II ha comenzado a emplear los gases asfixiantes fabricados por la cultura alemana, no parece que el alma humana haya progresado mucho.

Otra consideración me mueve a escribir estas líneas para que vayan al frente de **Carne y espíritu**.

Entre los escritores de última hora, los hay que pretenden acabar con los que tenemos ya muchos años, como Quevedo quería expulsar a las viejas; y por esto mismo conviene demostrar que los viejos vemos con cari-

ñosa solicitud lo que hacen los jóvenes. Gran necedad fuera guardar rencor por su mala voluntad a los jóvenes, solo por serlo, cuando tan a prisa ha de convencerles el tiempo de que en cada hora que corre dan un paso para ser mañana lo que hoy somos nosotros.

Los breves párrafos que me sugiera *Carne y espíritu* serán, pues, el resultado de la mera impresión producida por su lectura en un compañero que no actúa de crítico, y a quien causa verdadera alegría ver que un joven inteligente y culto se dedica a escribir novelas.

Empezaré por declarar que el asunto de ésta es muy de mi gusto. Soy de los que creen que el arte no tiene otra misión que realizar la belleza; pero confieso que si esta realización favorece a las ideas que considero

beneficiosas para la humanidad, me contenta y satisface mucho más que cuando pone la belleza al servicio de las ideas contrarias. Por ejemplo: al *Eclesiastes*, poema de estupenda y aterradora hermosura, donde campea el pesimismo más pavoroso que concibió la mente humana, prefiero el *Cantar de los cantares*, cada uno de cuyos versículos es un latido de amor; leyendo el *Eclesiastes* me dan ganas de dormirme para no despertar; con el *Cantar de los cantares*, siento impulsos de adorar a Dios o a la madre Naturaleza, que viene a ser lo mismo. Y claro está, por razones análogas, las obras en que se defiende el derecho del hombre al amor me parecen más conformes a razón y justicia que aquellas otras fraguadas para persuadirnos de que un poder sobrenatural nos ha puesto el bien al

alcance de la mano, con prohibición de gozarlo y aun de desearlo.

En el noble anhelo de luchar contra esa prohibición impuesta a los que se consagran a ser medianeros, entre el cielo y la tierra se ha inspirado, sin duda, Emilio Román Cortés al escribir **Carne y espíritu**.

Comienza la novela en un seminario donde es mirado como amigo de Satanás quien no se entusiasma con la *Summa Theológica*; las figuras principales son dos seminaristas de muy humilde condición, y en torno de ellos se mueven otras secundarias que luego se borran y sólo sirven para dar sobria y enérgica idea de aquel centro de enseñanza, entre cuyos muros no todo debe de ser caridad ni mansedumbre cuando el cargo de Prefecto de la disciplina está ejercido por un curita a quien los escola-

res llaman, no Don Pedro *el Justiciero*, sino Don Pedro *el Cruel*.

Yo no sé si Emilio Román Cortés ha vivido en un seminario o si algún diablo amigo suyo se lo ha mostrado levantando tejas y asomándole a claraboyas; pero me inclino a sospechar lo segundo, y aún temo que ese diablo familiar haya escogido las horas con dañada intención, porque, de no ser así, no hablaría el novelista de cosas tan poco edificantes como espionajes, delaciones y tertulias donde, entre sorbos de aguardiente y en presencia del Prefecto, se pasa revista a la comunidad, «ofreciendo inocentes víctimas en el altar de la murmuración».

Indudablemente, estas picardías le han sido sugeridas al autor por el espíritu maligno; y él, comprendiéndolo, no se complace en seguir refirién-



dolas. La curiosidad malsana que despierta el seminario, queda pronto frustrada; sea porque Emilio Román Cortés se aleja presuroso de lo que le dejó amargos recuerdos, o porque el diablo se cansa de acompañarle, en los capítulos siguientes la acción varía de lugar. Los dos amigos seminaristas pasan las vacaciones en una finca de campo; y, como para estirparles de cuajo la melancolía traída de los claustros y las aulas, surge una duquesita novelesca, medio mística, medio sensual, que comienza por ser encanto de sus ojos y acaba por turbarles la conciencia.

No espere quien lea estos párrafos que yo diga hasta dónde llegan el fervor piadoso y la picardía instintiva de la aristocrática beldad, ni a qué sugerencias obedece ni que cuente a quién trastorna, ni revele nada de lo que

despierta en el corazón y en la mente de los dos muchachos destinados al sacerdocio. Cualquier episodio que aquí se refiriese, cualquier escena que se describiera, desfloraría y mermaría el interés de la novela. Baste indicar que sus capítulos están llenos de pasión y que las cartas, escritas por ella, aunque termina el libro, aunque a primera vista parecen inspiradas por una imaginación desordenada y turbulenta, se prestan a graves consideraciones. ¿Es amor verdadero el que dicta sus pensamientos, sutiliza sus conceptos y caldea sus frases? ¿Es un sentimiento desvirtuado y enfermizo? ¿Es, quizá, el fruto funesto de aquellas doctrinas del seminario, contrarias a la esencia de la vida? Ya lo verá quien lea. Lo cierto es que en esas cartas ha puesto Emilio Román Cortés lo mejor de su ingenio y

de su sensibilidad. Hay en ellas una artística confusión de vigor y delicadeza, de observación sagaz y vivo instinto poético, que hace muy grata su lectura.

*Jacinto Octavio Picón.*



**JORNADA PRIMERA**

## EL SEMINARIO



## CAPÍTULO I

¡Vacaciones! ¡Vacaciones!

Parecía el Seminario aquella mañana una gran jaula de locos; pero de locos sueltos, regocijantes, que no hacían daño. La alegría se desbordaba por sus ojos, coloreaba sus mejillas, caldeaba sus frases y corría a lo largo de sus brazos y piernas haciéndoles remedar actitudes grotescas de bailarín. Había concluido el curso: se empaquetaban los libros, se doblaban los colchones, se cerraban con estrépito maletas y baules... Todo era risa, bullicio y algazara. La rigidez de la disciplina ya no rezaba con ellos.

Muchos, los más jóvenes, los no tonsura-



dos, se despojaban de sus sotanas negras, vistiéndose el traje de *pecador*, según expresión de Fray Ceferino. Arreglábanse coquetonamente el nudo de sus corbatas, estirábanse las arrugas de sus americanas que, guardadas durante nueve meses en el fondo del baúl, presentaban antiestéticos repliegues y despedían penetrantes aromas a alcanfor; se atusaban el cabello, cepillaban con mil primores el *bombín*, regalando algunos sus estropeados bonetes al pobre fámulo que iba de acá para allá conduciendo trastos y sombrereras.

Todos aguardaban impacientes el toque de la campana que había de congregarlos en el comedor, donde tomarían el último desayuno del curso, marchando luego a sus respectivos lares. Por fin escuchóse el tañido, y nunca hasta entonces vibró con mayor agrado el metálico son en el oído del seminarista. Atropellándose bajaron las escaleras y entraron tumultuosamente en el amplio refectorio. Distráidos, rezaron el *Pater noster*, y, arrastrando los bancos, sentáronse produciendo agradable jaleo. Tomaron apriisa el chocolate, casi sin mojar el pan; abrie-

ron los cajones de las mesas para recoger sus respectivos cubiertos y se dispusieron a oír la voz del Secretario que, portador de blancos papeles, acababa de hacer su aparición en la sala.

Hubo un silencio profundo, y en muchos rostros se dibujó una emoción parecida a la del jugador cuando aguarda la salida de un naipe. El joven sacerdote a cuyo cargo estaban los trabajos de Secretaría, se recostó contra la mesa de los Superiores y comenzó a leer las *notas*.

Son éstos momentos angustiosos, instantes en los que el individuo no respira hasta conocer la calificación que mereciera su comportamiento en clase durante el curso. Quien tiene hecha su carrera con *meritissimus* teme que venga un ignominioso *meritus* a deslucirla, y quien parecía dar las boqueadas con una asignatura que se le atragantaba no pasándole una cuarta más allá del magín, espera con el corazón anhelante y el oído avizor que pronuncien el fallo definitivo que habrá de disipar la nebulosa. El *meritus*—sombra del alumno sobresaliente—es para el discípulo remolón o falto de

entenderas un hermoso cambiante de luz. No hay alumno, por desaplicado, por indiferente que sea, por poco amor que se profese... que no se emocione y tema al escuchar la lectura de estas notas. ¡No oigamos los comentarios que se originan luego!

Concluyó el Secretario, y, previo dos golpes de timbre dados con energía por el Prefecto, que pretendía acallar así el sordo rumor de algunos descontentadizos, subieron los colegiales a la capilla donde había de cantarse un solemne *Te Deum* en acción de gracias por la feliz terminación del curso.

Entre dos diáconos que lucían sus orondas coronillas—recién afeitadas aquella mañana por sotanescos Figaro—y precedido por dos *latinos* y un *filósofo* que llevaban, éste coruscante incensario, y aquéllos áureos ciriales encendidos, el Rector, vestido con modesta capa pluvial, llegó al presbiterio e incoó atipladamente el *Te Deum laudamus*.

Al final de la capilla y rodeando un armonium más viejo que Matusalén hallábase la *Schola cantorum*, como pomposamente se

denominaba al escaso núcleo de seminaristas que lanzaban gorgoritos más o menos afiligranados. Los colegiales prosiguieron el sublime himno de San Ambrosio y San Agustín, mientras un rayo de sol se introducía fugitivo por las pintadas vidrieras, descomponiéndose sobre los ángeles del retablo en bellísimos colores.

Terminó el himno, salieron por una puercecita que daba al claustro y se dispusieron a marchar. El Rector, despojado ya de su pluvial, se presentó surcando sus labios con agradable sonrisita y ladeando un poquitín su cabeza, a la que cubría un bonete flamante rematado por morada borla. Cerró su mano izquierda, rascóse la pausadamente con el índice de la mano compañera y se dispuso a hablar.

El Rector era canónigo; pero no de esos canónigos machuchos y rechonchos que, cortados por el antiguo patrón, han llegado a los sesenta compartiendo sus días entre el chocolate, la siesta y el coro. Este Rector era fino, atildado, pulcro, elegante, cuidadoso en demasía de sus pies y de sus manos. Era un Richelieu en miniatura. En los jardi-

nes de Versalles hubiera hecho muy buen papel cortejando a las gentiles duquesas. Exteriormente poseía todo lo que es necesario para causar agradable impresión: juventud y gracia en el rostro, delicadeza en los modales, aseo y esmero en el hábito y mucha finura y solitud a flor de boca. Parecía un curita de *biscuit*, de esos que *La Mahonesa* o Carlos Prast ponen encima del almendrado de una tarta. Pero—¿en dónde se hallará la perfección?—a poco de tratar a este Rector tan amable, tan político, tan *chic*, desaparecía por escotillón todo el encanto. Una hora, dos horas, tres a lo sumo, se podía estar con dicho señor y salir de la entrevista subyugado, agradecidísimo; pero un segundo más y ya el artificio venía por tierra, descubriéndose el verdadero fondo: un témpano de hielo. De ser mujer, este Rector se hubiera dedicado al género de *variétés*, que es el género de la frivolidad. Ni caridad ni devoción, las dos llamas que caldean el pecho del verdadero sacerdote: allí no había más que egoísmo, egolatría, cálculo... Era incapaz de conmoverse, de emocionarse, de sentir. Todo superficialidad, facha-

da, apariencia, vista: un estuche a la última moda sin ninguna joya dentro.

No tenía un amigo, porque todos cuantos se le acercaban, a poco de tratarlo, ya sabían aquilatar el valor de sus sonrisitas y de sus finas palabras, único mérito del Rector en cuestión, y merced al cual llegaría—ese era su más ardiente deseo—a empuñar las riendas de algún obispado, siquiera éste fuese Coria o Astorga, las diócesis más humildes de España.

Pero observo que he concedido demasiado espacio a este personaje que, en realidad, no tiene ninguna importancia en la presente historia. Reanudando el relato, diré que el Rector dirigió la palabra a los colegiales, encareciéndoles no olvidasen durante las vacaciones las prácticas piadosas que habían tenido en el Seminario y recomendándoles mucho tino en la nueva vida que iban a emprender. Los estimuló, además, al estudio, advirtiéndoles que el tiempo de vacar es tiempo de descanso y no de pasividad absoluta.

Concluidas las advertencias del Rector, los alumnos salieron a la calle. Y en la calle

respiraron a sus anchas. No sé qué tiene el aire cuando se aspira libremente, sin trabas, sin consignas. Aunque lo crucen pestilentes ráfagas, nos sabe mejor que el aura perfumada de un jardín, si a este jardín vamos por obligación. Así sucedía con los alumnos del Seminario: todos los días bajaban a la huerta—una huerta amplia, con frutos, con flores—y, sin embargo, al sentirse en la calle—calle angosta, surcada por el vaho de mezuquinas viviendas y por el pegajoso vapor de un puestecillo existente en la esquina, donde una vieja freía residuos de carne escuálida y apestosa—ellos respiraban aquí con mayor deleite que si estuvieran paseando bajo las frondas del Seminario Conciliar.

Lanzaron una última mirada al edificio que los albergó durante nueve meses, crisol de su paciencia, y se desparramaron en animados grupos, inundados sus rostros con el reflejo de la alegría.

Algunos de los que alzaron sus ojos a la casa donde se forjan los sacerdotes del porvenir, vieron en una de las ventanas superiores, recostado sobre el alféizar, el busto de un joven que los miraba tristemente.



Es el poeta—dijeron.

—¡Pobrel...—exclamó uno.

—¡Bah!...—contestó otro.

Y *el poeta*, ocultando la cara entre sus manos, comenzó a llorar.



## CAPÍTULO II

### Prosa y verso

¿Cuánto tiempo estuvo así?... Un cogotazo dado por áspera manaza lo sacó de su abatimiento, y al golpe, volvió la cabeza fijando sus ojos en el autor de la caricia. Era éste un muchachote fornido, musculoso. Espaldas anchas; elevado pecho; cuello robusto de líneas firmes; rostro blanco que destilaba salud a chorros y surcado por ligeras pecas rubias; pupilas garzas sombreadas admirablemente por crespas cejas de oro, casi corridas; amplia cabeza, en donde parecía crecer hilillos de mazorca, a juzgar por el subido rojo de los cabellos... Tal era el retrato del apuesto mocetón. Vestía blusa

larga que, bajando más allá de las rodillas, acariciaba la bien provista pierna, encerrada en calzones de pana marrón. Distraído, agitaba un largo plumero, y en su diestra—que dejó un momento libre para largar el cariñoso sopapo—empuñaba unos *zorros*, con los cuales, observando la fuerte mano que los oprimía, no regodearíase mucho tiempo el polvo sobre los muebles y sobre los frisos.

—¿Qué haces, poeta?—preguntó.—¿Estás con las musas?

El poeta, joven pálido, de ojos hundidos y melancólicos, cuya extrema delgadez contrastaba junto al recién llegado como la flexible caña de un bambú al lado de un tronco de haya corpulenta, se arrastró, más que anduvo, sobre la modesta alfombrilla que tapizaba el suelo de aquella sala—gabinete de consultas adonde acudían los seminaristas para condolerse ante el bueno de don Froilán de sus males físicos—y, sin pronunciar una palabra, parapetándose tras lujosa mesa-ministro, sentóse lánguido en cómodo sillón.

—¡Chiflado!—díjole entre jovial y compa-

sivo el de la blusa, pasándole su plumero por el rostro.—Llamen al doctor Esquerdo. ¡Vete a Leganés!

—¡Ojalá!...—replicó con amargura el otro.—Los locos deben de ser las criaturas más felices del mundo.

—Porque tienen cofrades en todas partes, ¿no?

—Porque no se dan cuenta de las cosas.

—Tú tampoco. Vives en las nubes; estás siempre soñando.

—¿Soñando?... ¡Ay, sí! Llevas razón: estoy en brazos de una pesadilla. El sueño tranquilo, reparador, apacible, que despliega los labios en dulce sonrisa y agita con suaves movimientos de péndulo al corazón, no lo disfruto.

—¡Cursil

—Búrlate, si quieres.

—Y aunque no quieras, yo me tomo el permiso.

—Ya sé, ya sé que mi destino es ser monigote de feria.

El acento con que pronunció estas últimas palabras revelaba pena profunda, y el que lo escuchó, dejando el plumero y los *sorros* en-

cima de la mesa, se le acercó advirtiéndole sonriente:

—¡Poca correa!... Más valiese que en vez de gastar el tiempo en jeremiadas inútiles, te cosieras la manga de esa sotana, que está pidiendo a voces un zurcidor.

—Bueno—contestó aquél, procurando tapar el descosido cruzándose de brazos.— ¡Bah!... Ya no se ve.

—¡Pero qué haragán!.. ¡Qué descuidado!... ¡Qué... poetal—exclamaba riendo el amigo, mientras ensayaba unos cuantos *trompis* a manera de boxeador.

—¡Qué alegre estás!

—¡Alegre?... ¡Contentísimo! ¡Mañana me voy al pueblo!... ¡Esto de ser fámulo!... Mira los colegiales: ya han salido, y yo... aquí un día más. ¡Mecachis!... Antes de irme tengo que dejar limpios los tránsitos y la enfermería. ¡Dichosa enfermería! ¡Vaya unos disgustos que me ha dado este año!... ¿Te acuerdas cuando a Ramírez le entró el tifus? ¡Báñelo usted, siéntelo usted, límpielo usted!... Pero mejor sufro yo esto que a los colegiales enfermos de mentirijillas... «¡Ay, Toro, me duele mucho la cabeza! Mañana súbeme

el desayuno.» «¡Toro, que me he constipadol  
Mañana me quedaré en la cama hasta las  
nueve... que no te olvides el desayuno.»  
«¡Toro, que tengo anginas!» «¡Toro, que aqui  
me ha salido un grano!» «¡Toro...!» ¡Hum!...  
Algunas veces quisiera volverme toro de  
verdad y darles un revolcón.

Y el muchacho bamboleó su cabezota  
como para embestir.

—En fin, chico—continuó—gracias a Dios  
que esto pronto concluye... no nos queda  
más que un año; el que viene por este tiem-  
po: *Dominus vobiscum*. Ahora me voy al  
pueblo; ¡al montel... ¡Qué veranito!... ¡Hasta  
allí!... Ya me veo con padre, escopeta al  
hombro, cazando perdices y conejos... ¡Y  
que mi padre no yerra ni un tiro!... ¡Pim,  
pum: perdiz al suelo!... ¡Pam, pim: conejillo  
patas arribal... ¿Y mi madre?... ¡Santo Cris-  
to, mi madre!... ¡Contando estará los minu-  
tos!... ¡Buenas magras de jamón que voy a  
comermel... ¿No te has enterado?... ¡Me  
guardaron un pernil de la matanza de estas  
Navidades!... ¡Para mí solol... ¡Y que no  
sabe arreglarlo ella!... ¡Tan saladito!... ¡Tan  
tiernecito!... ¡Aaum!... ¡Qué rico estará!...

¡Cómo me voy a poner!... Porque aquí, donde me ves, he perdido carnes... ¡No te rías, poeta!... ¡Pero qué Roldán éstel!...

Y el mozo, ebrio de alegría, saltando, gritando, cogió los *zorros* y empezó a sacudirlos sobre el cuerpo del joven pálido, que le escuchaba atentamente, inundados sus ojos de un acuoso vaporcillo, y contraídos sus labios por una sonrisa indefinible...

—¡Dichoso tú!—murmuró sin esquivar los golpes que Toro le prodigaba—. ¡Dichoso tú, mil veces! ¡Dios te conserve ese padre y esa madre! ¡Ojalá nunca pierdas la rusticidad encantadora, la sana sencillez que fluye de tu corazón, puro como la linfa del arroyo que salpica tu montel ¡Ay, Aurelio!, niño encerrado en ese cuerpo de bestia brava; toro por tu apellido y corpulencia, y corderillo manso por tu alma inofensiva... ¡Déjame que te envidie! ¡Deja al pobre poeta que por un momento con su imaginación se adentre en ti, haciéndose la ilusión de que es el fámulo enfermero que pronto irá a la montaña, donde lo aguardan con los brazos abiertos sus cariñosos padres, sus tiernos hermanitos... Aquellos hermanitos que,



colgándose a tus rodillas, te dicen en su graciosa cháchara infantil: «Aurelo... Aurelo... uno bechito, uno abrachito...»

—¿Ya? ¿Ya empezamos? ¿Triste? ¿Melancólico?...

—¿Y puedo estar alegre?

—¡Alegre, sí! ¿No sabes que la alegría la recomiendan los Santos Padres? ¿Desconoces que la tristeza conduce a lamentables extravíos? ¿Ignoras que hasta puedes incurrir en pecado mortal?

—¡Los Santos Padres!... ¡Extravíos!... ¡Pecado mortal!...—masculló el poeta bajando su frente.—¡Qué desgraciado soy!—Y lanzó un hondo suspiro.

—Pero, ¿por qué te acongojas? ¿Qué te falta? Has encontrado un hogar, un santo hogar, en donde vislumbras sonriente porvenir. Tienes muchos amigos leales que te quieren y te admiran. Tus versos, tus hermosos versos, nos saben a miel, y los recitamos de memoria, deleitándonos con su ritmo sonoro, con su factura delicada, con sus pensamientos de brillante expresión...

—¡Y qué!—interrumpió con rabia el poeta—. Un hogar que no es mío; unos compa-

ñeros de ayer, que apenas marchen se olvidarán de mí; una admiración superficial que no les sale de adentro, impuesta acaso por las opiniones de algún que otro Superior, cuyas alabanzas no se atreven del todo a combatir... Ya sabes lo que pasa: aquí no hay más que teólogos y filósofos, y el que así no descuelle es considerado como un ente vulgar, de entendimiento obtuso... ¡Viniere Zorrilla y habrían de ponerle peros!... Y lo que digo va también por ti, que eres como todos ellos.

—¿Como todos?

—Sí. Estáis acostumbrados a las serias disquisiciones de cátedra, a esos concertados torneos en que no salís del *atqui* y del *ergo*, comprimiendo el pensamiento en tres escuetas líneas silogísticas, y os asustáis de toda amplificación por reducida que aparezca, de toda imagen por desnuda de floreos que se os presente. Os habéis provisto de unas tijeras largas y con ellas pretendéis cortar los grandes vuelos de la Poesía, sin comprender que la Poesía es águila que se remonta hasta las nubes, siendo imposible encerrarla en la jaula estrecha de vues-

tras preocupaciones filosóficas. Dejad al poeta que cante, mas ¡ay!, no le hagáis reflexionar fría y artificiosamente.

—¡Ah!, pues es preciso. ¿Qué quieres tú, vil coplero? ¿Urdir disparates sin ton ni son? ¿Sembrar tus escritos de errores? ¿Tal vez de monstruosas herejías?

—Al poeta no se le puede exigir el mismo ten con ten del filósofo, querido Aurelio.

—El error hay que combatirlo hállese donde se halle, querido Luis. Y no le valdrá vestirse con ropaje de flores y pedrerías, porque nosotros, óyelo bien, nosotros sin compasión de ningún género, lo presentaremos en su fea desnudez, aunque para ello tengamos que deshojar las rosas y pisotear las esmeraldas.

—¿Pero qué error puedo cometer? Yo soy un pintor, me limito a copiar. ¿Veo un campo? Pues enrastro los pinceles, y en las líneas más o menos cinceladas de una estrofa, te presento el tronco añoso de una encina o la roja amapola que descuella en el trigal.

—¡Oh, el pintor!...—prorrumpió festivamente Aurelio.

—Y el músico: pues del blando susurro de la hoja mecida por el viento, o del quejumbroso son del arroyuelo que cruza esponjando flores, yo te transcribo en el verso, utilizando las cadencias del ritmo, aquellas de sus notas más arrobadoras y dulces.

—¿Wagner y Urbino?...

—Toda la naturaleza la llevo aquí—seguía el poeta mientras se palpaba su frente—: Aquí el manso destello de la luna y el brillante rutilar del sol; aquí el soplo de la brisa y el rugir del huracán violento. Y lo mismo que pinto e imito las actitudes y los coloquios de las cosas creadas, reproduzco el pobre corazón humano en sus odios y en sus amores, en sus venturas y en sus quebrantos. Todo te lo presento en esas composiciones métricas, escritas en los sublimes instantes en que parece rozar nuestras frentes las alas de algo superior a nosotros...

—¡Orgullos de artista!...—expresó despectivamente Aurelio.

Luis, sin escucharle, proseguía.

—El poeta es un alma grande que se va descomponiendo sucesivamente al rodar sobre las cosas, tornasolándose con sus diver-

sos matices. Figúrate un campo, un mar, una vasta extensión de mucho cielo, de amplísimos horizontes. Imagínate que tienes un colosal abanico que, desde tu sitio, llega cerrado al último punto de aquel espacio abarcado por tu vista. Abrelo un momento, deja que sus varillas tracen la media rueda, que su vitela rica se deslíe, se desenrolle mostrando los finos dibujos que la esmaltan. ¿Qué pasará? El sol se reflejará en todos y en cada uno de sus clavillos, y entre los intersticios de sus varetas asomarán, rellenándolos, los distintos colores del lugar donde se asiente. Y si es un campo, allí descollarán las margaritas nevadas; aquí, las amapolas sangrientas. Y si es la superficie del mar, contemplarás por aquel punto la resonante onda que se descompone en un rizo de espumas blancas; por éste, la puntiaguda roca salpicada de verdín. Así el alma del poeta: ¡un abanico que la inspiración desdobra abarcando entre sus varillas todas las riquezas de la creación!

—¿Y el poeta no ha de ser más que un colorista adocenado que lleve a todas partes la caja de sus pinceles o un músico

ramplón que cifre todo su éxito en el martilleo tenaz del consonante? ¿Nada tiene qué resolver; qué investigar?... ¡Deja la tierra, hombre, y remóntate al cielo! ¿No dices que la Poesía es águila? ¡Pues vuela más allá de las nubes, y, como las caudales aves, contempla de hito en hito al sol! Busca la Causa de estas causas; el tema, siempre antiguo y siempre nuevo, de las eternas cuestiones.

—No lo busco porque me sale al encuentro. Ya te he dicho que hay momentos en los cuales parece bullir a nuestro alrededor algo invisible que nos comunica energía extraordinaria. Somos nosotros corrientes límpidas que, cantando, desembocamos en el mar de la Belleza. No pensamos, sentimos; no adivinamos, vemos. Vosotros fluctuáis y para convenceros os pasáis las horas muertas, creyendo que las vivís, en minucias y probaciones microscópicas. Tan pronto adelantáis como retrocedéis.

—Tú lo dices.

—Yo lo digo. Perforando, alambicando, la idea muchas veces, a fuerza de exprimirla, se os va. ¿No has visto en los jardines esos grupos de niños que cazan mariposas? Cuan-

do la han cogido y pretenden asegurarla, ocurre una de dos: o que la mariposa, aprovechando una ligera contracción, se escape dejando únicamente en el hueco de la mano un finísimo polvillo de oro, o que no pudiendo resistir la estrechez de la mano que la oprime, dé unos cuantos aletazos y muera asfixiada en la cárcel de aquellos dedos martirizadores. Así sucede con las hermosas ideas que pretendéis coger: o se os escurren, dejando en vuestro cerebro un débil rastro de luz, o a fuerza de estrujarlas, las llegais a ahogar. Y es que sois unos niños aunque creais ser hombres: siempre estais *jugando a la verdad*, y en esos recreillos inocentes os pasais la vida sin que al final digais otra cosa que lo que dijeron vuestros antecesores, aunque con palabras distintas.

—¿Y el poeta?...

—El poeta, no. El poeta aspira la belleza por todas partes. Es una esponja en medio del mar. Mientras vosotros, a trueque de argumentos, cuyas razones tenéis que aguzar como punta de alfiler, sois comprendidos de unos pocos, a nosotros sólo con alzar la voz y rasguear en las cuerdas de nuestra

lira nos comprende todo el mundo. Y es más fácil convertir al mundo por medio de una canción, que valiéndose de un sólido argumento; porque el pueblo es artista y no filósofo.

—¡Canta!... ¡Canta!...—repetíale con sorna el amigo.

—¡Ya lo creo!... ¡Mil veces bendita la canción!... Nunca ha perdido ella su influencia bienhechora: las piedras, por sí solas, al oír la voz de Amfión, se levantan y amurallan a Tebas. Los árboles siguen a Orfeo, y los ríos, por escucharlo, detienen su curso. Hermosas imágenes, exageraciones poéticas, que demuestran que toda el alma de la Naturaleza se supedita al hombre que la hace sentir y no al que la hace pensar. Y si, atendiendo a la fábula de los antiguos, es capaz lo insensible de conmoverse oyendo la voz de un inspirado, ¿qué sucederá con los hombres, que son los seres dotados de mayor sensibilidad? El canto siempre arrastró a las muchedumbres: comprendiéndolo así, cantaron los Patriarcas, los Profetas y los Reyes bíblicos. Jesús, durante su paso por la tierra, no hizo más que cantar;



dígalo el sermón de las Bienaventuranzas... Y es que Jesús fué el más grande poeta que cruzó por el mundo, porque era el Poeta de los cielos... ¡El Hijo es la Poesía germinada por el soplo de la Belleza inmortal del Padre!...

Aurelio lanzó una estrepitosa carcajada.

—No, no te rías: yo también tengo mis auroras de teólogo. ¡Ojalá todos fuésemos poetas, porque entonces todos creeríamos en Dios! No habría ateos. Ministros seríamos suyos que oficiáramos ante el sagrado altar.

—Nada, que me tengo que reír.

—Ríete: ya sé lo que piensas: dirás que mido por el mismo rasero a Leopardi y San Juan de la Cruz, a Carducci y Fray Luis de León.

—Acaso.

—Pues que te conste: Leopardi y Carducci, a pesar de su realismo grosero, de sus atrevimientos sacrílegos, alguna vez rendían culto a la espiritualidad, porque llegaba un instante en que se inclinaban ante la Belleza, y la Belleza es Dios. Quizá ellos no lo sospecharan, quizás no se apercibiesen de

su culto, pero... ¡creían! ¡reconocían ese *algo* superior que en los minutos de éxtasis poético rozaba sus frentes! La diferencia estaba en que eran menos poetas, infinitamente menos que el bardo de los *Coloquios místicos* y el vate de la *Ascensión*; más al fin, a su manera, iban tras lo ideal...

—Me gusta oír tus peregrinas incoherencias, y por eso callo.

—¡Ay, amigo mío! Algunas veces, diríase que en la caída de los ángeles no todos fueron precipitados con Luzbel a las simas del Báratro: Dios tuvo misericordia de algunos, y los condenó a vivir, no en el infierno, sino en la tierra, que es otro infierno también. Y estos fueron los poetas: mezcla de hombres, ángeles y demonios. De esta raza provengo yo. A veces siento impulsos de arrastrarme por el suelo enlodando las cuerdas de mi lira con el barro inmundo de mis pasiones, y otras parece que me alzo de la terrenal corteza y, cantando, cantando, me elevo queriendo penetrar en el cielo de donde cayeron mis progenitores... ¡Infeliz de mí si siempre estoy condenado a morar en este valle de lágrimas y de fango; abrazado a las cuerdas

de mi instrumento; suspendido entre la tierra y el polvo luminoso que circunda al sol! ¡Desdichado si no logro alcanzar la bienaventuranza, y cuando muera está mi alma destinada a informar otro ser, como yo poeta, como yo descendiente de los ángeles caídos!... ¡Quién sabe si yo habré sido Homero!...

—¡Calla, loco, calla no disparates;—gritó Aurelio, tirándole de las orejas.—¿Ves? ¡No sabes lo que dices!.. ¡Imaginación exaltada, fantasía tropical que te consumes!.. ¡Mátala! Esa imaginación es tu mayor enemigo: te ofusca, te marea... ¡Qué gran hombre serías si raciocinaras!...



## CAPÍTULO III

### ¡A barrer!

Se sintió confusa algarabía hacia el fondo de los pasillos, y apareció un grupo de bullentes jóvenes todos vestidos con blusas, y todos portando sobre sus hombros a guisa de fusil, escuálido escobón. Eran los fámulos que iban a efectuar la limpieza general del edificio dejado hace un momento por los colegiales.

Al ver a Roldán y a Toro interrogaron unos:

—¿Qué hace ahí el poeta?—y otros:—¿El filósofo, qué hace ahí?

—¿Y vosotros —preguntó Roldán— qué vais a hacer?

—Pues .. ¡barrer! Y me ha salido un verso que nada envidia a los tuyos;—respondió un jovencuelo que tenía la cara llena de churretes, con un ojo más chico que otro, y nariz chatunga, todo lo cual, a pesar de ir contra la estética, daba a su rostro picaresca gracia.

—¡Gabriel, dinos un colmol

—Dejadme ahora de colmos.

—¡Anda!

—Pero...

—¡Un colmol! ¡Un colmol...

—¡Y que sea nuevo!

—¿Pero pensáis que yo tengo alguna fábrica de colmos?... ¡Señores, esto sí que es el *colmol*!...

—¿Ves?... ya van saliendo.

—¡No te hagas de rogar, besugol

Y los fámulos asediaban al de los churretes que, mordiendo el palo de la escoba, buscaba la manera de complacer a sus amigos. Al fin dijo:—¿A que no sabéis cuál es el colmo de un geómetra?

—¿De un geómetra?

—Sí.

—Pues será...

—Será...

—¡Hacer un círculo con un compás de es-  
pera, *cacho* primos!

—¡Y es verdad!

—El de un perfumero.

—¿Perfumero o perfumista?

—¿Que más da?

—Pues...

—Pues...

—¡Jesús qué Indias! ¡Morir en olor de san-  
tidad, alcornoques! El de un goloso.

—¿El de un goloso?

—Sí. ¿No lo acertáis? Chupar el Dulcísimo  
Nombre de María.

Ante esta salida todos se echaron a reir,  
excepto el filósofo que, severamente, amo-  
nestó:—Gabriel, ¿querrás callar?

—¡Nol... ¡Nol...—gritaron los fámulos.—  
¡Siguel... ¡Siguel...

—Atended: ¿en qué se parece un Profeta  
a un borracho?

—Gabriel, no digas sandeces;—rogó mal-  
humorado Aurelio, previendo otra salida  
como la anterior.

—No es nada malo.

—¡Dilol... ¡Dilol...—vociferaban los otros.

—¡No, Gabriell...—volvió a suplicar el enfermero.

—¡Sí!... ¡Sí!...

—¡Déjalol!...

—¿Dices —interrogó uno a quien llamaban «el abuelo» por su cara revejada — que en qué se parece un Profeta a un borracho?

—O un borracho a un Profeta, es igual.

—Chico, no veo la semejanza.

—Porque la vejez te ha quitado la vista. No es cosa del otro jueves. Se parecen en que los dos están alumbrados por un espíritu: el que alumbraba al Profeta es *divino*, y el que alumbraba al borracho *de vino*.

Nuevas carcajadas acogieron esta solución de Gabriel.

—¡Tus cosas!—refunfuñó Aurelio.

Al poeta no le desagradaba del todo la escena.

—¡Ahora un cuento!—pidió un chico rubiato, cuya cabeza, por efecto de un aire, se movía de un lado para otro, como diciendo:

—¡Mecachis, mecachis!..

—¡Dejadme ya!—gritó Gabriel bamboleando su escoba.

—¡No!... ¡No!...



—¡Un cuento!... ¡Un cuento!...

—Me tenéis que dar un cigarro.

—Bueno: pero has de contar *el del inglés*.

—No, *el del inglés*, no, que huele muy mal...—objetó el poeta tapándose cómicamente las narices.

—Entonces, vaya,—expuso con retintín Gabriel—para que al niño (señalando a Roldán que se alejó del corro asomándose a la ventana) no se le descomponga el olfato, traed agua de Colonia y que la aspire mientras yo refiero las:

Havañas de Mister Pajolín,  
que nació *curda* en Londón,  
vivió horracho en Pekín,  
y murió *tajá* en Chinchón.

El grupo se estrechó rodeando a Gabriel, que ya había empezado el cuento, engurrufiendo los labios, sistema muy especial en él para acordarse de sus famosas relaciones.

Pero no pudo continuar luciendo sus habilidades, porque un sacerdote, alto como la Giralda, mas sin las airosidades de la célebre torre no obstante ser andaluz, se presentó de improviso donde estaban los famulos,

y encarándose con el cuentista, le reprendió ceceando y de mal talante:—Tú siempre el hazme reir. Vamos, vamos a barrer. Lugar tenéis de escuchar las tonterías de ese.

Se deshizo el grupo, y en breve las escobas comenzaron por los tránsitos a levantar polvareda.

El señor que así había interrumpido la reunión amistosa, viendo a Roldán, llegó junto a él, y ofreciéndole un cigarro, preguntó:—¿Qué hace usted ahí?

—¡Hola, señor Mayordomo! Aquí vine a pasar un mal rato: a ver el desfile de mis compañeros. ¡Y ojalá me hubiera quedado en mi celda, porque el espectáculo!

—¿Usted no se marcha?

—Sí, sí... ¿A dónde? Aquí me quedo en el Seminario, y muchas gracias.

—¡Pero, hombre! Entre tantos amigos, algunos de ellos de posición, ¿no hay quien le ofrezca un rincón siquiera durante quince días?

Roldán hizo un gesto enigmático.

El Mayordomo, hombre compasivo, lo notó y dijo:—No se apure usted; como me toque ahora la lotería, nos vamos los dos a

mi tierra, a Sierra Nevada. ¡Verá usted qué paisajes! ¡Allí sí que se podrá usted inspirar!

El joven inclinó la cabeza, susurrando:—  
¡Muchas gracias!

El enfermero, que hacía el entretenido oyendo la conversación, metió baza:—También yo me lo llevaré por dos o tres semanas; aquellos aires son muy puros... Es que éste, señor Mayordomo, nunca se decide. Por lo visto quiere que se lo pidamos de rodillas.

—No, Toro, no: basta que yo conozca que me lo ofrecen de corazón. Desprecio el formulismo.

—Pues sin formulismo ni tonterías: chico, allí encontrarás pobreza... pero ¿voluntad?... ¡Voluntad tienes a chorros!

—Sí, hombre; sí, hombre; ánimo...—insistía el Mayordomo dando chupadas al cigarro—una semanita... un *mesesito*... A usted le conviene reponerse: está usted débil, flacucho... Trabaja usted demasiado... esa imaginación no le deja en paz. Sí, hombre; sí, hombre... Toro es buen muchacho... Nada, nada: Toro, lléveselo usted. (Y el Mayordomo daba cariñosos golpecitos en el hombro

del enfermero.) Y no se apure, Roldán; no se aflija, paisano... Aprenda usted de Gabriel: chico más desahogado, más despreocupado que ese no lo conozco. Así se hunda el cielo no se inmuta. El ni tiene padre, ni madre, ni perrito que le ladre... Más pobre que una rata, y, sin embargo, ahí lo ve usted: con sus chistes, con sus cuentos, con... El porvenir no le arredra. Sí, hombre; sí, hombre...

Y el Mayordomo continuaba dando chupadas al cigarro, cuya humareda, levemente azul, escapábase por la ventana en caprichosas espirales, que el poeta seguía con ojos melancólicos.

## CAFÍTULO IV

Luis Roldán

¿Quién era Roldán, Luis Roldán, *el poeta*, como le llamaban en el Seminario? Muy poco se sabía de su historia, y ese poco él lo había contado; lo había contado en verso, lo cual, añadido a su procedencia andaluza, motivó que fuese puesto en cuarentena por muchos.

Pobre, humildico, llegó al Seminario una tarde lluviosa de Octubre demandando protección. Quería ingresar de fámulo. Nada tiene de extraño que alguno de mis lectores desconozca qué es esto de *fámulo*. Yo, antes de mis andanzas por el mundo de la sotana, lo ignoraba también. El famulato consiste en

una serie de plazas creadas en los Seminarios para aquellos jóvenes que, faltos de recursos y sintiéndose con vocación eclesiástica, desean emprender los estudios sacerdotales. Con el trabajo manual suplen los emolumentos que debieran retribuir por su intelectual educación. Los fámulos, pues, son lo que un criado de casa particular, claro que realzados por su dignidad de estudiantes, cuyas prerrogativas son de todo en todo idénticas a los seminaristas que se costean sus estudios. Preclarísimos varones, más de un cardenal, más de un obispo de los que en la actualidad rigen las diócesis españolas, salieron de esa honrada clase que tan alto pregonaba el caritativo y sabio espíritu de la Iglesia.

A mí me da mucha lástima de los fámulos: para los fámulos no hay tiempo de recreación. Mientras los demás seminaristas pasean por la huerta, ellos barren los claustros, arreglan las mesas del refectorio o pasan los plumeros por los rincones de la casa cuidando de espantar el polvo. Y después del trabajo corporal que derrenga los miembros, tienen que zamparse en las horas de estudio la lección del día siguiente: un artícu-

lo de Santo Tomás, una traducción del texto hebraico del Génesis, alguna enrevesada tesis filosófica... Y ¡ay del fámulo si saca mala nota al final del cursor: perderá la plaza, y con ella las esperanzas de crearse un lisonjero porvenir.

En solicitud de una de estas plazas, llegó como iba diciendo, Luis Roldán. Encogido, apocado, expuso al Rector sus pretensiones. El Rector, merced a una carta que el muchacho traía de un cura de viso, prometió hacer cuanto fuese posible por complacerle. No obstante la timidez del joven, advertíase en él cierto aire mundano que lo diferenciaba de otros solicitantes, hijos en su mayoría de humildes familias de ignorados pueblos. No quiere esto decir que el joven en cuestión delatase en su persona refinamientos aristocráticos; pero sí que debía proceder de familia acomodada, venida a menos por vicisitudes de la suerte; de esa honrada clase media— la más sufrida de todas las clases— que no aviniéndose a ser pobre, lucha por conservar una postura de *tenguerengue*, y que no teniendo desparpajo para pedir, se muere de hambre en los rincones de sus obs-

curas viviendas, exhalando ellos ahogados suspiros por el cuello *foqui* de almidonada camisa, y ocultando ellas sus lágrimas entre las rotas blondas de desteñido velo.

Entró Luis Roldán en el Seminario, y entró nada más que con lo puesto: un trajecillo de verano, que a fuerza de estirones quería suplir la antigua gallardía; un cuello de brillo, de altura descomunal, comprado así con objeto sin duda de taparse aquella nuez abultada que bajaba y subía por su escuálido pescuezo a modo de ascensor; y un sombrero hongo, donde la lluvia y el polvo de los caminos habían impreso huellas lamentables. Su capital consistía en dos miserables pesetas mal contadas, porque de ellas había que desquitar diez céntimos de cigarros, cinco de fósforos, y otros cinco de papel comercial, donde ya antes de entrar había escrito el presunto fámulo, con lapiz de dudosa punta, alguna que otra redondilla.

Como gallina en corral ajeno, andaba medroso, falto de oriente en el Seminario nuestro héroe, sin escuchar más que los *buenos días* o las *buenas tardes*, proferidas con esa inmutabilidad característica de la



persona que no nos conoce. Estaba plenamente convencido de que no podía durar allí mucho tiempo, y por eso importábase muy poco captarse o no la simpatía de sus camaradas. No permanecería así más arriba de un mes: era imposible que atendiese a los gastos que le originaba aquella nueva vida. El creíase que correrían por cuenta del Seminario el lavado y planchado de ropas, el traje, los libros y demás indispensables menesteres. Se equivocó: el Seminario dábale por su trabajo profesores, matrículas, mesa y lecho. Esto, para quien tuviera una familia que lo atendiese, muy bien; mas para él, que se encontraba solo, resultaba un problema de difícil solución. ¿Cómo iba a pagar sin ningún ingreso, con aquellas dos únicas pesetas, la mensualidad de la lavandera, el calzado, el vestido, los libros de texto, y hasta la tinta y el papel?

—Es imposible—pensaba—que continúe aquí. No conozco a nadie, nadie me favorecerá. Hay que buscar una colocación. ¡La carrera de cura! .. ¡De aquí a que yo cante misa! .. ¡Dios mío!... Tengo veintiún años, la carrera son doce, y aunque me han perdonado

do seis por el grado de bachiller, los otros seis... ¡los otros seis no puedo pasarlos con estas dos pesetas! Debo salir. Es imposible: lo que pretendo no se realizará. Verdaderamente, estoy loco. Una aventura que saldrá cara. Pero, ¡Dios mío!, ¿por qué me trajiste aquí?... ¡Ay, Dios mío!...

Y el joven, cuando se retiraba a su camareta,—recinto estrecho en donde sólo cabían el catre y una silla— así que se acostaba para hallar descanso al combatir continuo, apretaba sus ojos, temeroso de que ellos pudiesen ver el porvenir que su imaginación exaltada presentábale lleno de oscuros colores, y, ya acostado, hundía su cabeza en la almohada, y excitado por el fantasma de su brumoso vivir, ahondaba en ella cada vez más su ardorosa frente, empujándola, introduciéndola sin apercibirse entre los hierros del cabecero hasta casi tocar la pared, como si por el muro hubiese algún resquicio que lo condujera a otros espacios más risueños, alejándolo de aquella tenebrosa realidad que torturaba amargamente su corazón.

Dormíase al fin, implorando siempre:—  
¡Dios mío, que no amanezca mañan!

¡*Mañana!* Fatídico suena este vocablo cuando sabemos que *mañana* seremos tan infortunados como *hoy*, y tan desdichados como *ayer*. Ya lo dijo el bardo sevillano que, no obstante ser de Sevilla—la ciudad clásica del alegre vivir—llevaba metida hasta el tuétano la tristeza:

Hoy como ayer, mañana como hoy  
y siempre igual:  
un cielo gris, un horizonte eterno,  
y andar... ¡andar!

¡Pobre Luis! ¿Qué le aguardaba al día siguiente? Acostumbrado a que le sirvieran, tenía que servir a los demás. El Superior de fámulos lo amonestaba duramente por su falta de tino en la limpieza. ¡Qué Luis! ¡Qué nulidad para el trabajo! Caíase de sus manos la grosera escoba: desmayada, lenta, arrastrábase por los pasillos dejando atrás la basura, que otro fámulo, casi siempre el más chiquitín y el más travieso, recogía llamando mientras a Luis hombre tonto que no sabía dar un escobazo. Y Luis, oyéndolo, tenía que callar. Cuando servía en el refectorio, *sus mesas* eran las últimas, y ¡había que

oir la algazara de los colegiales!—¡Oye, tú, no me has traído la sopal... ¿Estás chiflado?... — ¡Eh, tú, que me falta la carne!... —¡Eh, recoge mejor esa fuente, que me has echado el caldo por encima!—¡Agua, que no tengo agual—¡Vino (cuando lo había) que no tengo vino!—¡Se lo voy a decir al Superior!... ¡Que te releven!... ¡Eres una calamidad!...

Paréntesis de calma relativa era para Luis la semana que le tocaba entrar de pinche en la cocina. Allí estaba alejado del resto de la comunidad, y no tenía sobre sí más autoridad que la del cocinero. ¿Quién hubiese reconocido en Luis, bajo aquella blusa remendada y aquel sucio mandil de fogón, al joven elegante que en populosa ciudad andaluza asistía acicaladamente vestido a las *noches de moda* en el teatro, a las corridas de feria y a las *soirées* de buen tono? Aquellas manos, ajadas y callosas, que fregoteaban platos en la hirviente legía, ¿eran las manos que calzaron guantes y ondularon con gracia en los paseos una flexible caña de bambú? El rostro del Luis de antaño, con blanco de leche y rubio bigote de retorcidas

puntas, ¿era aquél, sudante y flaco, ennegrecido por el carbón?... ¡Pobre Roldán! Y a la noche tenía que aprenderse la *Filosofía* de Zigliara, escrita en latín, idioma del que sólo poseía las escasas nociones que se dan en el *Grado*. Entre bostezo y bostezo, lograba a fuerza de paciencia traducir algunos puntos; y viendo que érale imposible llegar al final del capítulo, y que pronto tocarían al Rosario concluyéndose la hora de estudios, ¿qué hacía?, leía sin comprender los párrafos, y después, merced a su memoria felicísima, aprendíase los de corrido, sin barruntar ni por un asomo el meollo de la tesis. Pero el esfuerzo muchas veces resultaba inútil. Al día siguiente, si el profesor le interrumpía con un *quaret* ya el muchacho no daba pie con bola, y marchaban al traste los hereúleos arrostos de la víspera.

De esperábase Luis: no vislumbraba nada que hiciera menos aflictiva su situación. Por ambas partes cerrazón completa: un cero a la izquierda en todo: en lo intelectual y en lo manual. ¿Qué había pasado? ¿Qué ocurría en su cerebro? ¿Cómo se mostraba tan rehacio a la ciencia? ¿Qué sombras lo obscurecían?

¿Por qué no se hacía la luz?... Cierto que nunca fué una lumbrera para los estudios serios; mas siempre sacó notas muy lucidas, y su nombre, si no fulguró con los destellos de un talento vivaz, tampoco se incluyó en la lista de los aprobados por misericordia.— «Ya sé, ya sé,—decíase cuando reflexinaba sobre este punto—es que yo no valgo para esto; es que esto no se ha hecho para mí; es que...» Y de pronto, tocado de súbita idea, sacaba de su blusa un papel mugriento, afilaba con los dientes un lápiz, y, recostado sobre la mesa de la cocina, así que no era visto por nadie, entre torres de platos y fuentes que aun mostraban despanzurrados garbanzos, escribía, escribía con rapidez de meteoro, febril, desordenado, descompuesto, diciendo al final, mientras llevado de su ardor araba sin darse cuenta con la punta del lápiz su espaciosa frente de la que parecía irradiar un destello luminoso:—«¡Sí!... ¡Aún soy algo!... ¡He de ser algo!...» — Y sus ojos se agrandaban y contraíase su boca, y agitábanse todos los miembros de su cuerpo a impulsos de instantánea felicidad.

## CAPITULO V

### ¡Poeta!

¿Cómo fué? Unos versos recitados por Roldán en cierta velada familiar que celebraron los seminaristas el día de la Purísima Concepción, hicieron que al golpe de entusiastas aplausos se abriese un ligero resquicio por los opacos tules de su alma, a la manera conque un suave soplo de viento entreabre en día de neblina densa el seno de una nube para dar paso a las caricias del sol.

Y es que el arte sojuzgará siempre a las muchedumbres. Hablaban aquellos versos de flores, de pájaros y de luces, y parecían traer en sus bullentes estrofas, gratos efllu-

vios de primavera, que orearon por un momento las frentes de los jóvenes estudiantes, abatidas por el peso de graves cuestiones filosóficas, doctrinales puntos dogmáticos y rígidos preceptos de moral.

Se empezó a preguntar por el muchacho: —¿Quién era aquél, que *parecía* tonto? ¿Eran *suyos* los versos? ¿Los *inventó*? ¿No los copió?...—La fama del poeta aun no salió del reducido círculo de sus compañeros. Ni el Rector ni los profesores tenían la más leve noticia, y el fámulo, amigo de las Musas, prosiguió desempeñando las funciones inherentes a su oficio, compartiendo obscuro sus horas entre la péñola y el escobón. Pronto aquellos aplausos modestos habrían de convertirse en ovación atronadora que traería *post se* el alivio de que tanto necesitaba Luis.

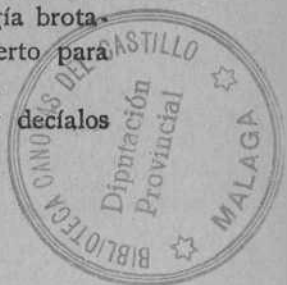
El día de Santo Tomás, patrón de los Seminarios, se celebró una gran velada. Ilustres personalidades honrábanla con su presencia, descollando entre todos el Sr. Obispo de la diócesis, que bajo dosel de galoneada púrpura ocupaba amplio sitial. Previo los discursos de entrada, dísticos latinos y saluciones en griego al Angélico Doctor,



a más de las airosas notas arrancadas al piano por distinguido concertista, subió a la tribuna el joven de nuestro cuento, (que dicho sea entre paréntesis no es tal cuento sino historia verdadera) y empezó a recitar, primero cohibido, desembarazado después, tierno o brioso según las circunstancias, un delicado poema que desde el primer instante llamó la atención del selecto auditorio.

Era el poema una triste relación de su vida: escrito en ese gracioso al par que sentimental y variado canto que en nuestra métrica toma el nombre de *silva*, sin duda por la semejanza que tiene la arbitraria mezcla de heptasílabos tiernos y endecasílabos pomposos a esos bosques donde crecen tímidos grupos de violetas junto al tronco de seculares árboles, el muchacho pasaba alternativamente desde el tono sencillo de la narración, al majestuoso de la invocación a los númenes, y desde la frase feliz, tierna y dulce que le inspirara algún plácido recuerdo de su niñez, al lacrimoso de la elegía brotado por el sentimiento de ver muerto para siempre su antes floreciente hogar.

El recitador *vivía* los versos, y decía los



con admirable soltura mostrándose, ora tranquilo, ora trágico; ya resignado, o ya impaciente por abandonar la tierra que sólo producía para él cardos y espinas. Los *bravos* y *bien, bien*, interrumpíanle con frecuencia, y al final, un aplauso cerrado, macizo, resonó en la sala, viéndose el llanto asomar a muchos ojos, y sintiendo algunos de los oyentes corretear el escalofrío de lo sublime a través de su organismo.

No había duda: Luis Roldán era un poeta. Aquella misma noche el señor Obispo lo llamó, y después de felicitarlo calurosamente, le concedió una *beca* para todo el tiempo que hubiese de permanecer en el Seminario estudiando la carrera del sacerdocio. Luis Roldán dejó de ser fámulo, y cuando se retiró a su camarilla en la que por última vez habría de dormir, pues a la mañana siguiente sería trasladado a una celda del piso superior donde vivían los colegiales de pago, ya no cerró sus ojos espantado del porvenir, ni hundió su cabeza en la almohada llevándola junto a la pared como si por ella quisiera escapar de las penalidades del presente, sino que se durmió creyendo escuchar

aun los frenéticos aplausos que en la velada prodigara un público conmovido a su numen, y pareciéndole ver con sus adormilados ojos, que el rozagante coro de las Musas venía a hacerle fiestas, portando cada una en rica copa de alabastro el bálsamo dulce que habría de cicatrizar sus penetrantes heridas.

Los célebres versos de Luis se publicaron en importantes periódicos, y su fama extendiéndose por la ciudad, llegó extraordinariamente exagerada a obscuras capitales de provincia, donde muchos creyeron vislumbrar en el vate seminarista, ya el acento impregnado en la Sagrada Escritura de Herrera el divino, o el tono horaciano de un Fray Luis de León. ¡Que el entusiasmo es chispa eléctrica que prende en los corazones comunicándose de uno en otro con extraordinaria celeridad, sin reparar mientes en que tanto el elogio prematuro como la acerba crítica de un genio en agraz, son contraproducentes, dando al traste la mayoría de las veces con las ilusiones y esperanzas que el genio en embrión nos hiciera concebir!

Luis Roldán fué durante algún tiempo, dentro del estrecho círculo en que sus apti-

tudes podían manifestarse, un hombre de moda. Porque la condición del individuo es tan flaca, que hasta en los Seminarios no deja de rendirse culto a esa diosa de la vejeidad. Se lo disputaban sus compañeros, halagábanlo sus superiores, y algún que otro señor de aristocrático abolengo ya entrado en años que le había oído recitar, iba expreso a hacerle una visita, deslizándose al marcharse en sus manos algún billete de cinco duros, mientras acariciándole la barbilla decía con meliflua voz:—¡Hijo mío!

Llovían los regalos: quién le enviaba una sotana flamante, quién un sombrero de pelo lustroso, quién sábanas y colchas, quién elásticas y géneros de punto... Y libros con dedicatorias, y tarjetas postales, y epístolas de felicitación, y... Luis Roldán no tenía boca con qué alabar a la Divina Providencia. Entró allí como una rata, casi de escondrecucas, y, de pronto, veíase halagado, festejado, mecido en el columpio de la Fama... columpio al que muchas veces, guiada de su entusiasmo, da sacudida tan fuerte la diosa Celebridad, que el cordel se parte viniendo el celebrado al suelo.

Algo de esto ocurrió con nuestro Luis. Nada hay tan deplorable como sacar las cosas de quicio. Por lo visto no sé lo que llegaron a figurarse del joven rimador: adivinaban en él un fenómeno, un asombro, una enciclopedia del saber humano. Quizás tenía la profundidad de un San Agustín, la clarividencia de un Santo Tomás, la ciencia de un Newton, y, por contera, le adjudicaban un numen poético, gemelo, ya que no superior, al que inspirara a Dante sus sublimes concepciones. Sacerdote hubo que en el paroxismo de su entusiasmo exclamó:—«¡He ahí acaso una de las futuras columnas de la Iglesia!»...



## CAPITULO VI

### Alfilerazos

¡Pobre Roldán! Lo vieron apasionados con anteojos de larga vista, y luego, al quitárselos, al enfriarse el calor de las primeras impresiones y convencerse de que su estatura era casi igual a la de todos ellos—un hombre más—le empezaron a volver las espaldas, avergonzados de que una figurilla de tan escaso relieve les hubiera enajenado de tal modo los sentidos.

¡Pobre Roldán! Por unos versos brotados en momentos de inspiración santa, querían que ya hubiese revuelto el sol con la luna. Como si los versos dieran patente de sabio, y por saber hacer estrofas de delicada factu-

ra hubiera derecho a exigir al poeta un cúmulo de conocimientos, a los cuales no pretende ni ansía llegar. Cada astro gira en la órbita que Dios le trazó, e insensatez mayúscula fuera negar al planeta Venus la dulcedumbre de su luz suave, solo porque no puede trasponer la radiante atmósfera del gran disco solar.

—No sirve, no vale, es un cerebro hue-ro —; pregonaban cuantos tenían conocimiento de los apuros de Luis en clase.—No discurre, no entiende, no ve las cuestiones.—Y añadían con gesto despectivo:—¡Sólo sabe hacer poesía!...

¡Infelices! Ignoraban que al decir:—«sólo sabe hacer poesía,» —creyendo empequeñecerlo, realizaban su mayor elogio. ¡Hacer poesía! Pues qué: ¿hace poesía todo el mundo? La poesía, ¿está al alcance de cualquiera? ¿Acaso entre ellos había muchos que la hiciesen? Surgirían filósofos y teólogos, notabilidades en el pensar y el discurrir, pero, ¿cuántos poetas? ¡Uno, uno sólo entre ciento y pico de alumnos!

¿Es que la poesía ha de reputarse oficio bajo, impropio de la seriedad que debe os-



tentar el sacerdote, y por eso desdafiaban su cultivo? No: reina se la llama de las Bellas Artes; en la Mitología es el lenguaje predilecto de los dioses, la hija celeste del Empíreo. Casta y pudorosa se presenta: el *stylo* en una mano, la tabla de cera en la otra, el cabello dividido y ondulado, y su cuerpo gracioso envuelto por larga túnica que aprisiona un dorado ceñidor. Las musas la guardan, y sus recreos son los más sencillos: el agua clara de una fuente en cuyo seno ríe la luna; la irisada mariposilla que chupa el néctar de las flores; el fleco luminoso de una estrella; el encaje desgarrado de las brumas; la amante yedra de los viejos muros... todo eso la divierte y le hace prorrumpir en admiraciones de ingenua sublimidad.

Platón llamaba poetas a los filósofos y teólogos antiguos, y el estudio de la poesía fué desde los primeros tiempos uno de los principales ramos de educación. Ciertamente que en Roma, la poesía, debido a que allí sus primitivos cultivadores fueron esclavos, no tuvo en un principio muchas consideraciones; pero transcurrido aquel corto período de incultura, los poetas recibieron de los ro-

manos el prestigio y distinciones que merecían. Y así vemos a Ennio junto al grande Escipión, a Terencio con Lelio, a Accio con Bruto. Y Cicerón hace mérito de muchos célebres capitanes que se valieron de los poetas, ya para que escribiesen sus biografías históricas, ya para que sus versos adornasen los templos y monumentos sagrados que dedicaban a sus dioses. Nada digamos cuando el Cristianismo regeneró la tierra: la Poesía, plenamente convencida del ideal, entonó cantos de inmarcesible belleza, y los austeros cenobitas pulsaron las cuerdas de la lira mística, haciendo subir por escalas de indefinible dulzura sus almas sedientas del divino amor.

No, no es la Poesía oficio que desdore; más de una reina poderosa descendió de su augusto trono y subió al solio de un poeta para ceñir a su frente la verde hoja del emblemático laurel.

No, no podían alegar esto los seminaristas. Sacerdotes ha habido y los hay, no diré adoradores, porque el verbo adorar sólo debemos utilizarlo en nuestros afectos para con Dios y ni aun a la Virgen, con ser Madre del

Encarnado Verbo, nos es lícito rendir este homenaje sumo; pero sí amadores fervientes del espíritu poético, que consagraron a él los mejores ratos de su vida. Calderón en la clásica edad de nuestra literatura de oro, y Verdaguer en la última centuria, son ejemplos vivísimos de la predilección que siempre ha tenido por las musas la ilustre clase sacerdotal.

No; los seminaristas de nuestra historia, pese a sus claros entendimientos para discernir las más arduas cuestiones filosóficas; pese a sus grandes conocimientos de Horacio, Virgilio, Ovidio y otros poetas de la latinidad, no tenían más remedio que humillarse y confesar su impotencia para las nobles lides literarias.

Podían motejar a Roldán porque solo supiese hacer versos; pero entre ser un filósofo del montón o un artista de relieve; entre repetir lo que todos han dicho sin aportar nada nuevo, o crear emocionantes escenas que en el día de mañana lean tal vez con delectación nuestros descendientes, prefiero lo segundo. Y llámeme chiflado quien le plazca, que el calificativo me enaltece.

Una sorda animosidad pareció bullir en torno del joven poeta. Algunos que se creían —y en realidad quizás lo fuesen— superiores a él, no podían mirar con buenos ojos que se elevase sobre el pedestal un bobalicón, entrado, como quien dice, por la puerta falsa del edificio. Y para hacerlo caer recurrían a todos los medios.

Y no eran solo los compañeros sus enemigos. Algún que otro superior, valido de su autoridad, gustaba de mortificarlo, de molestarlo, de zaherirlo... Por ejemplo, *Don Pedro el Cruel*. Pero esta mala personilla merece capítulo aparte.

## CAPITULO VII

### Don Pedro el Cruel

Este señor era un Prefecto de disciplina, como si dijéramos, un cabo de vara. Se llamaba Pedro Martínez. pero los colegiales le habían puesto *Don Pedro el Cruel*.—*Cruel a secas, nada de Justiciero.*

Todos le odiaban, aun los mismos que a fuerza de oficiosidades serviles iban lamiendo su hábito talar.

Hijo de carlistas, heredó, no el culto al honor que es privativo de muchos caballeros de la Causa, sino la intransigencia, propia de espíritus fanáticos y mediocres.

Nacido en la montaña de Aragón, tampoco se distinguía por la simpática franqueza de

los hijos de este pueblo, sino por una tozuda inclinación que le llevaba siempre a poner en la senda del triunfo sus torcidos manejos.

Toda su vida, antes de abandonar la recóndita aldea, se deslizó escuchando los trenos de su padre, que, viejo, inculto, y carlista, por añadidura, no tenía más remedio que abominar de los tiempos presentes; y las filípicas de su maestro, un dómine anticuado, averiado latinista, amigo del rancio procedimiento de inculcar a sus discípulos—entre ellos se encontraba Periquín—el *qui quae quod*, mediante el clásico palmetazo.

Aunque torpe y rústico, dos excelentes cualidades tenía el futuro Prefecto para medrar en su carrera: un espíritu servil y una gran marrullería.

Comenzó a estudiar con muchos apuros, levantándose al rayar el alba y emprendiendo por tortuosa carretera larga caminata a la vieja ciudad episcopal, distante de su pueblecillo cinco o seis kilómetros.

Enflaqueció el chico: las andanzas, los estudios, la mala alimentación... Aquello no podía seguir. Por fortuna, las quintas, (era ya

tallado el mozo cuando empezó a deletrear el *Raimundo Miguel*) lo arrancaron de su aldea y lo llevaron a Madrid.

*Periquín Cruelín*, (aun no había ascendido a la categoría del rotundo *Cruel*) fué destinado a un regimiento de caballería, en la corte. Aquí tenía un lejano pariente militar y también, aunque lo ocultaba, carlistón, y éste, sabiendo las aficiones del sobrino en tercero o cuarto grado, le consiguió un rebaje para que pudiese asistir a las clases del Seminario.

En Madrid se despabiló el mozo: hubo cosas... y a punto estuvo de que la pretendida vocación eclesiástica volara *per soecula soeculorum*. Pero atendiendo el pobrecito a lo muy adelantado que ya se hallaba en sus estudios, y considerando por otra parte que fuera de la Iglesia no le quedaba otro recurso que seguir siendo lacayo del ejército, dió al olvido devaneos, después de todo excusables, y prosiguió con más ardor el socorrido aprendizaje del sacerdocio.

Sin embargo, la *víctima*—una mujer fácil que representó admirablemente el papel de difícil—no lo dejó, y constantemente lo ame-

nazaba con dar un escándalo. Y no es que estuviese enamorada. Burdo, áspero, de dura e inexpresiva facción de roca, de mirar receloso y sombrío, de gruesos labios cafre-riles que, avanzando siempre como para silbar, impedían la emisión libre del bucal sonido... Periquín, a la verdad, no podía inspirar grandes y elevadas pasiones. A lo sumo, y eso cuando su recio corpanchón se vistiera con el uniforme de soldado,—bajo ideal de las fregatrices—un pronunciado sentimiento de animalidad, de carnalidad grosera; pero sin finas voluptuosidades ni lánguidos desmayos. Este fué el único móvil de aquella pensionista, viuda prematura de un capitán.

Vió a Periquín montado en lucio caballo, y la postura del muchachón se le quedó grabada. Era ella una plebeyanca de tomo y lomo; de gustos ordinarios y bazofios; mucho de fea y muy poco de joven; siempre en celo y raras veces en la codiciada actitud... Mezcla de aldeana, señora y meretriz. Ladina, remilgada y caprichosa.

Se obsesionó por Perico, lo buscó, lo asedió... y Perico, poco ducho todavía en estas lides, creyó que le hacía el amor alguna du-



quesa, y que el indeciso horizonte de su vivir futuro — negro, pardo, gris... — fijaba sus hasta entonces indefinidos matices, abriantándose poco a poco con el tan suspirado barníz color de rosa...

Ella no habló nada de su viudez; la viudez quita muchas ilusiones... ¡era solterita aún! Fingió un desmayo y Perico lo creyó. Desde entonces el seductor sería él; ella la paloma inocente... Por eso, cuando Perico cumplió en el ejército, y pensando en las consecuencias de aquel lance — vulgarísimo como veis — le declaró sus intenciones e hizo varios tanteos para una definitiva separación, la *niña* se volvió a desmayar y, como en los dramones antiguos, «¡ladrón!, — gritó — ¿qué has hecho de mi honra?... ¡tú me pertenesces!... ¡eres mío!...» E insaciable, temiendo perder para siempre aquel consistente mozo de sus caprichos, único que la resistió, que la sobrellevó, mordisqueábalo con furia, como perro rabioso que quiere retener entre sus dientes un pedazo de carne que alguien le quita...

Asustado el mozo, temiendo que le negaran las *órdenes* si algo llegaba a descubrirse,

huyó, abocadas éstas, a su aldea natal, y como no había pedido aun las dimisorias, se ordenó a la chita callando en su diócesis.

Cantó misa y se salvó la situación. Ya estaba asegurado el porvenir. ¿Pero iba él, ambiciosillo, a permanecer siempre, por culpa de aquella hija de perdición, recluso en su mísera diócesis, pudiendo estar en Madrid, donde, merced a la influencia clerical de su tío el milite, alcanzaría algún puestecillo?... Nada, nada, ¡a Madrid! ¿Quién se acordaba ya de *aquello*?... Y a Madrid volvió.

Sus esperanzas se realizaron: el militar logró para su sobrino, que ya se había pulimentado un poco, la tenencia de una parroquia. Por el pronto, no podía aguardar Periquillo otro empleo mejor; allí no había ningún peligro: la parroquia se hallaba fuera del cogollo de la población, y no era fácil que la fingida virgen lo sorprendiese. Sí, sí: eso creía él. Pero he aquí que el día menos pensado, en una *cruz alzada*, cuando revestido de blanca sobrepelliz iba entonando un cavernoso *gori-gori*, la abandonada lo divisó... Y al día siguiente se reanudó el conflicto. En la misma iglesia de la parroquia, apenas

se sentó nuestro presbítero en el santo tribunal, vió llegar, flechada hacia él, una sombra... ¡era ella!—*Maledictus qui venit in nomine diaboli!*—Don Pedro el Cruel creyó morir. Ahora menos que nunca lo dejaría la prójima: feúcha, sin un céntimo, y casi doblándole la edad, *Maricuela*—¡ay! así la llamaba él en sus expansiones de soldado de caballería—no desaprovecharía aquella ocasión de vivir a su costa.

Y así fué: tuvo miedo Perico, y le asignó una pensión. Pero es el caso que aquella hembra, traviesa y descocada, no guardaba las apariencias de mujer decente, y sus alardes de protegida del coadjutor maldita la gracia que hicieron al párroco, que más de una vez llamó la atención del súbdito. Este, como vulgarmente se dice, tenía su alma en su almarío, y jeringándole ya tanta filípica, un día se rebeló contra las admoniciones, y en plena sacristía dió un espectáculo... ¡La *débâcle!* Pedro tuvo que salir de allí. ¡Oh, cómo lamentaba él aquel pecaminoso cuarto de hora de su primera juventud! ¡Pícara mujer!... Por su culpa así. ¿Qué iba a hacer ahora solo, aislado, en entredicho?...

Por fortuna, en el Seminario había vacante una plaza de Prefecto y esta fué la salvadora tabla de su naufragio. Un amigo suyo, Prefecto también, enterado de su precaria situación, anduvo los pasos y he aquí ya a nuestro *Don Pedro el Cruel* establecido en el Seminario Conciliar.

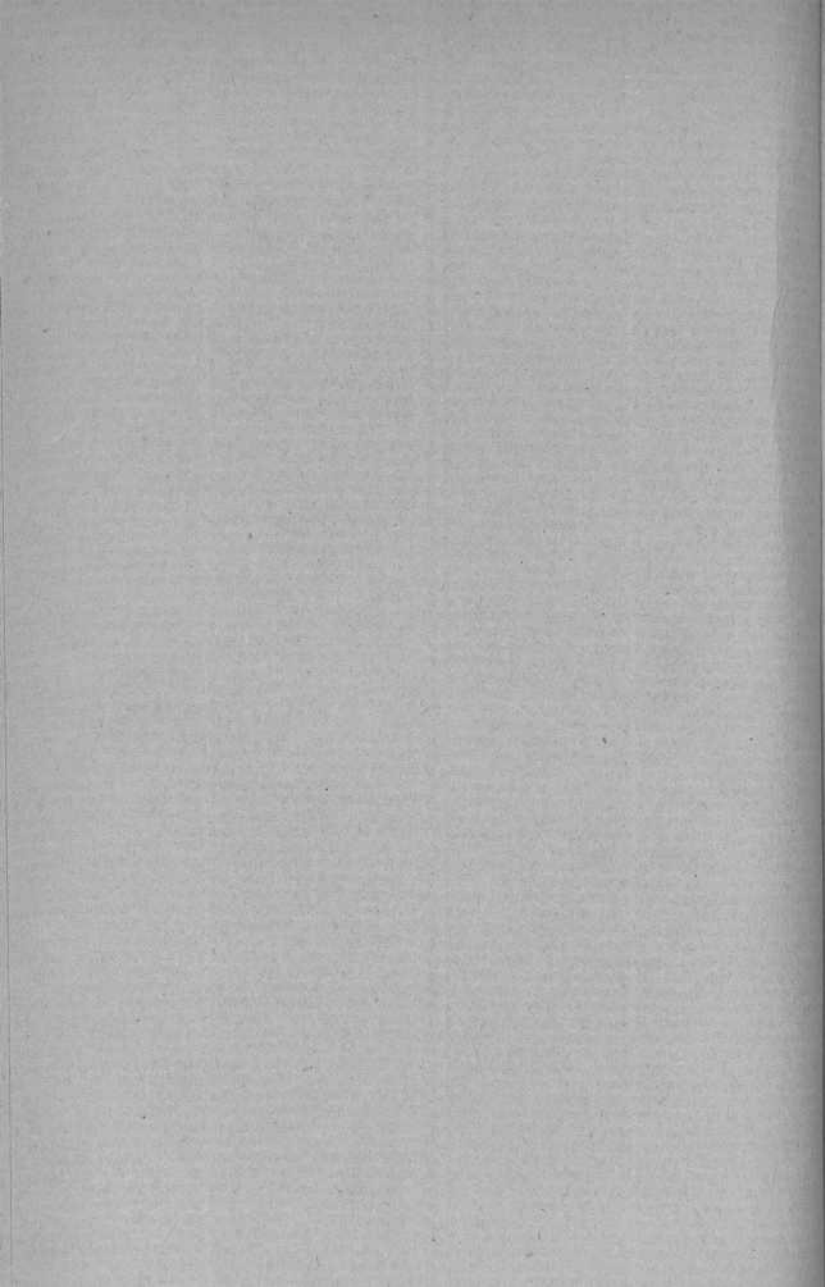
Pronto, con su mirada de carnero degollado, se hizo cargo de todo aquello: un Rector, muy pagado de la apariéncia, que gustaba mucho de las oficiosidades hipócritas; un primer Prefecto, débil y bondadoso; y un rebaño de jóvenes, pobres en su mayoría, que por deber sus estudios a la manda o a la beca, a la piedad, a la limosna... se hallaban dispuestos a tascar el freno sin formular la menor protesta.

Por lo pronto, como *vermouth* de sus actos posteriores, no sé qué inventó Perico contra su amigo Ezequiel, el otro Prefecto. Lo cierto es que a Ezequiel, con mucha finura, lo despidió el Rector. ¡Este era el pago que daba Periquillo a quien le favoreció en momentos degradantes y angustiosos! Pero, ¡bahl, ¿qué le importaba a Pedro incurrir en pecado de ingratitud cuando ya había incu-

rrido en otros mucho peores? Su divisa, desde que entró en el Seminario, fué ésta:— «Piensa mal y acertarás»;—al revés de la de San Nicolás Factor:—«Piensa bien, aunque no aciertes».—Mas él no pretendía seguir la carrera de Santo... No sé qué olió, qué husmeó, qué rastreó...: minucias, futesas, nimiedades, pero que aumentadas, elevadas al cubo por él, fueron un escaloncito para subir...

Y subió: primer Prefecto, una Cátedra y... ¡quién sabel... ganando la voluntad del Rector, que exteriormente llevaba trazas de ser archipámpano, quizá se viera hecho en un santiamén canónigo, sin otra ocupación que cantar a lo moscardón maitines y vísperas en el coro de alguna vieja Catedral.

Por ahora ya era dueño del cotarro: él, que siempre había tenido que morder las riendas de una superioridad humillante, primero la del viejo dómine de su aldea y, después, en el ejército, la del caballo, al que había de tener constantemente pulido y orondo, ahora por arte de birlibirloque, por antojo de la diosa *Chiripa*, se veía hecho jefe de un puñado de hombres sin voluntad...  
*Ave, Caesar!*



## CAPÍTULO VIII

### El placer de la soberbia

Para captarse el beneplácito de este cabe-cilla no había más remedio que inventar chismes, contárselos, y de paso alabar su credo político. ¡Ay quién hablara mal de Don Carlos y sus secuaces!...—*Quicumque male dixerit de rege Carolo aut de ejusdem sectariis, anathema sit.*

Menos lo de ser *cotillas*—así se dice en el *argot* porteril—y partidarios de las ideas rancias, todos los defectos, absolutamente todos, tendríamos mi amigo Luis y yo.

No: antes de disfrazar con el sugestivo nombre de escrúpulo de conciencia un deseo fortísimo de contar, abultado con nuestra

malicia, lo que se sospecha o se ve; antes de congraciarnos el afecto de los superiores practicando el espionaje hipócrita y la cobarde delación, preferíamos el entredicho, el recelo, la antipatía de nuestros vigilantes asiduos.

Odiábamos aquellas camarillas que todas las noches se formaban en el cuarto del Prefecto, donde entre sorbos de un Chinchón fuerte y el humo de los cigarrillos se pasaba revista a la comunidad, ofreciendo inocentes víctimas en el altar de la murmuración.

Y jóvenes los dos, briosos, artistas, poetas incipientes que habíamos bebido en las ideas amplias, elevadas, generosas de los grandes vates y tribunos de la libertad, no queríamos, no podíamos transigir con aquellas doctrinas cerradas, estrechas, fuera de las cuales todo era antireligioso, antimoral y antiartístico.

No. Llevábamos la libertad en la masa de la sangre. Por defender la libertad vulnerada, en una barricada murió el abuelo de Luis.

Mi padre, admirador entusiasta de Castelar,— el hombre ilustre a quien el mismo vi-



lipendia—me enseñó párrafos de sus célebres discursos que yo recitaba con entusiasmo fervoroso.

Nuestra niñez, por tanto, había sido muy distinta a la de aquellos oscuros colegiales, que antes de ir a cepillar su intelecto en el Seminario, leyeron solamente hojitas de calendarios piadosos, o cuando más, y eso los ilustradillos, la inevitable *Fabiola* del cardenal Wisseman.

A nosotros, en cambio, nos eran familiares los nombres de muchos genios colocados en el *Índice*. Habíamos leído al cantor admirable de *Teresa*, a Lord Byron, a Enrique Heine, a Víctor Hugo, a Zola, a Balzac... Y esto no quiere decir que ignoráramos los grandes místicos y apologistas cristianos: Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Granada, Bossuet... No: en todas partes donde alentaba un soplo de belleza allí estábamos espigando, seleccionando, escogiendo...

Nuestro horizonte no era el de aquellos pobres muchachos que obedecían ciegos, que sin discutir creían, que por costumbre rezaban, y que sin conocerlos, sin estudiarlos,

sólo por el *magister dixit, a priori*, rechazaban sistemas, credos, principios, doctrinas...

Nuestra perspectiva era más luminosa y amplia. La intransigencia huía de allí como ave nocturna herida por el sol y, en su lugar, la tolerancia amable batía sus blancas alas cobijadoras. No nos asustábamos hipócritamente como ellos de la mujer, fuente, aunque algunos se empeñen en demostrar lo contrario, del único goce verdad que podemos disfrutar los pobres hombres sobre la tierra. No asentíamos de golpe y porrazo a hechos estupendos que no tenían otra garantía de credulidad que la tradición. No recurríamos villanamente, para echar por tierra un sistema, a la vida íntima del filósofo. No juzgábamos necesario renunciar a todos los goces y aceptar todos los dolores y miserias para engrandecernos y salvarnos. Nos repugnaba la sujeción ciega, absoluta, imprescindible a la autoridad...

Y como no habíamos aprendido—¡oh, desgracia nuestra!—el finísimo arte del disimulo, de la máscara, sin querer, sin pensar, dejábamos traslucir muchos de nuestros pensamientos, y *Don Pedro el Cruel*, hartos ya

de no podernos uncir al carro de sus antiguallas, hizo hincapié en ellos para mortificarnos y perseguirnos...

El *modernismo* entonces se hallaba en boga: llovían pastorales y encíclicas para contrarrestar la nueva herejía, como pomposamente se llamó a aquella cándida irrupción de varios escriturarios románticos, sentimentales, tiernos...

Cada superior de Seminario que no simpatizaba con el recién nacido movimiento exegético y quería granjearse alguna sonrisa, oliente a beneficio de la autoridad episcopal, constituíase al instante en Argos fiscalizador de los pobres reclusos que, azorados, se parapetaban tras el pesado e ingente armatoste de la *Summa Theológica* de Santo Tomás, convencidos de que allí no corrían grave riesgo sus ortodoxas reputaciones.

¡Ah, la *Summa!*... A Luis y a mí, con todos los respetos debidos al preclaro genio de las Escuelas, se nos indigestaba grandemente aquel inacabable fárrago de bárbaro latín, de Cuestiones, de Artículos, donde se quiere dar cuenta y razón de todo, utilizando el senil procedimiento escolástico que, por fortu-

na, sólo vive ya, y eso aparentemente, en las vetustas salas de los Seminarios y Universidades Pontificias.

Ventura de la Vega, el ilustre autor dramático, había sido siempre entusiasta panegirista de la *Divina Comedia*. No obstante, días antes de morir quiso quitarse un peso: llamó a su hijo Ricardo el notable sainetero y le confesó al oído:—«¿Sabes una cosa?... no lo creerás, pero es la fija: ¡Me carga el Dantel!»...

Esto nos sucedía a nosotros: ¡nos *cargaba* Santo Tomás! Y seguramente ocurría lo propio a muchos de nuestros condiscípulos, y a algunos de nuestros profesores... Pero, ¿quién osaba decirlo en alta voz?

Sin embargo, Luis Roldán, se atrevió en cierta ocasión a insinuarlo... ¡Manes divinos del Apocalipsis, nunca lo hubiera hecho!... ¡Qué descarol! ¡qué irreverencial! ¡qué cinismo! ¡qué osadía!... «¡Oh! ¡oh! ¡oh!», runrunó la hipocresía andante. ¡Roldán estaba entregado de pies y manos a Satanás!

*Pericón el Cruel*, tomista *enragé*, se llevó la diestra y la siniestra a la *tête*, y pronunció el anatema de su condenación sobre el

seminarista nefando... ¡Ahora sí que podía castigar los desplantes, la *pose* de aquel poetilla díscolo que no había querido nunca ofrendarle el humo de su incienso!... ¡Ya se las pagaría todas juntas!... Sí, sí, escribe versos, que te jaleen los periódicos, que te feliciten literatos de fuste, que el obispo, el nuncio o el *sursum corda* te protejan... nada de eso te valdrá. Y Perico maquina, inventa, cuenta... Indispone al Rector con el muchacho, siembra la desconfianza en su torno, se complace en buscar mil ocasiones para humillarlo, para molestarlo, para hacer que se revuelva, que se encabrite, que salte... Rebaja sus indiscutibles méritos literarios, lo aminora, lo empequeñece; revisa sus cartas, detiene su correspondencia, registra sus muebles, lo niega a las visitas... En suma, no perdona medio para herir la demasiada susceptibilidad del mozo, que ya se ahoga y desea esquivar pronto aquel ambiente de perfidias y ponzoñas donde su alma lentamente se consume...

El sabía muy bien que Luis era un pobre de solemnidad, que no tenía absolutamente a nadie en el mundo, y que, caso de salir,

se vería otra vez en el arroyo, en la miseria, expuesto a todas las sinventuras, degradaciones y bajezas... ¿Pero qué le importaba todo esto a aquel hombre sin corazón y sin entrañas?... ¿Hay mayor placer, para algunos, que ver entronizada su soberbia?

## CAPÍTULO IX

### ¡Miserias!

¡Pobre Roldán! ¡Pobre amigo mío!... ¡Hombre infeliz desde que vino al mundo!... ¡Cuántas veces en la huerta del Seminario, apartados los dos del resto de la comunidad, sentándonos en rústico banco a la sombra de los árboles, me hacía partícipe de sus secretos abriéndome su alma!

Aurelio Toro y yo éramos sus íntimos, y en nosotros depositaba, sin ningún recelo, toda su confianza. ¡Ay, cuando el alma se encuentra oprimida, cuán dulce es hallar un tierno amigo que sepa darnos consuelo!

Luis Roldán, espíritu sensible con sus ribetes de romántico; alma de niño en quien

la menor contrariedad producía un escozor insoportable, llegaba a mí, y yo, comprendiéndolo, le abría mis brazos para sobrellevar los golpes de su suerte adversa. Compaginaban nuestros caracteres de modo admirable; una misma afinidad de sentimiento nos unía, y el efluvio poético que emanaba de su corazón inflamable, enamorado siempre de la Belleza, filtrábase en mi espíritu haciéndome amar lo que él amaba. Estas aficiones mías de componer, de escribir, de cristalizar en rítmicas estrofas los pensamientos, a él se las debo; y por él, la grosera cascarilla que recubre los ámbitos donde bulle el pensar, fué poco a poco desapareciendo, dejando al descubierto su fino esmalte.

¡Pobre y entrañable amigo mío!... —¡Ay! —decíame casi con las lágrimas saltadas—. ¿Oyes lo que hablan, lo que inventan?... ¡Tengo miedo!— Y sus manos flacuchas que estrechaban cariñosamente las mías, temblaban como las de un azogado. Porque Roldán era muy espantadizo; era... (la verdad siempre se ha de decir) un poco cobarde: asustábale, no que le diesen una bofeta-



da, sino darla él; no comprendía cómo hubiese hombre capaz de plantar la mano en el rostro de otro haciéndole arrojar bocanadas de sangre. Nervioso, inquieto, la menor cosa ponfalo en conmoción: no podía escuchar el estallido de un tiro sin estremecerse, el *chiss-chass* de dos cuchillos le erizaba el vello; nunca había disparado un revólver; sufría horriblemente cuando sorprendía algún pájaro en las manos de un niño, y no respiraba tranquilo mientras no lo libertase y lo viera revolotear por el espacio azul. Hasta causábale lástima deshojar las flores, y hasta reprobaba inocentemente algunas ciencias por sus procedimientos extremos: verbigracia, la cirugía, por el empleo del bisturí.

¡Qué contados los seres del temple de Roldán, y cómo sufren ellos si no hallan en el mundo otro ser que los comprenda! Por fortuna los encontró en Aurelio Toro y en mí; sobre todo en mí. Yo le perdonaba sus rarezas, sus extravagancias, sus monomanías y debilidades, y algunas veces hasta permitíame reprenderlo con severidad de dómine. Estos pobres espíritus necesitan otro espíritu que llegue a dominarlos; si no,

o caen en la desesperación o cometen los mayores absurdos. Punto por punto me contó su vida azarosa. No, no era lo que algunos pensaron. Aunque hubiese querido ser *golfo*, nada, en tal sentido, habría alcanzado su voluntad: igual para subir que para bajar, tanto para llegar a ser hombre grande como hombre pequeño, tenía un enemigo terrible: la timidez.

Sin parientes, sin fortuna, y con muchos pájaros en la cabeza que le entonaban sin cesar el pío-pío, llegó a la corte como uno de tantos ilusos, de tantos soñadores que creen hallar aquí un Mecenas a cada esquina. El había oído decir que el genio siempre se abre paso, y figurándose en los primeros años de su juventud—esa edad en que cogemos rosas sin dolernos las espinas—genio de brillantez extraordinaria solo porque sabía expresar sus pensamientos en forma distinta a la del vulgo, desplegó sus alas y tendió el vuelo a la gran ciudad. Y así como caen heridas por sus brillantes reflejos las aves que acuden de noche al puerto de Nueva York atraídas por el potente foco que sostiene en sus manos la estatua

de la Libertad iluminadora del mundo, así también muchas de aquellas lindas mariposillas que vivían en el cerebro de mi pobre amigo cayeron para no volver a levantarse, calcinadas por el rayo artificial que desprendía el foco madrileño, que a Luis, en momento de ofuscación, se le antojó destello purísimo de rosada aurora...

De colodro en zoco anduvo aquí Roldán, sufriendo toda clase de privaciones, palpan-do la miseria, viendo la vida en su asquerosa desnudez, pasando como sobre ascuas por lodazales y sentinas, sin que ni un momento salpicara su blanca vestidura la más leve mota de fango. El lo aseguraba, pero aunque así no lo hiciese, yo lo conocía muy a fondo y no podía dudar de las palabras de mi amigo; porque repito que su pusilaminidad lo hacía inútil para cualquier desaguizado.

Llevaban razón, sí, aquellos que decían que Roldán hubo dormido bajo los soportales y en los canapés de los paseos públicos. ¡Cómo lo refería el pobre Luis! ¡Erizaba el cabello!... A ser posible, voy a transcribir algunas de estas narraciones tal y como Rol-

dán las decía, pues si yo les quitase o añadiese, perderían algo de su lacónica al par que terrible ingenuidad. ¡Así veréis hasta dónde llegó el martirio de aquel alma probada por la adversidad con todo género de torturas en escaso período de tiempo!

—¡Ay,—suspiraba en una de sus frecuentes tardes melancólicas—qué desengañado estoy de la vida!... ¡Qué ganas tengo de morir!... Tú no sabes lo que he sufrido, ¡lo que estoy sufriendo!... ¡Lo que estoy sufriendo, sí!—añadía enérgicamente al sorprender en mis labios un mohín dudoso—. Hay quien me tilda, e ignoran que resistí. Pude haber sido un degenerado, pero no lo fui, ¡no!...— Y sus ojos se iluminaban con instantáneos fogonazos de orgullosa alegría.

Después, inclinando su frente con la triste languidez de un sauce, volvía a su tono llorón.—¡Qué sociedad!... Tú no sabes, amigo mío, lo que es la sociedad. Necesitabas haber pasado lo que yo, haber vivido como yo... a las altas horas de la noche, trotando calles, durmiendo en las plazas...

—¡Cuenta! ¡cuenta!...—decía yo aguijoneado por extrema curiosidad.

—Oye, una vez...—y Roldán volvía la cabeza a todos lados temeroso de que alguien lo escuchase—una vez, ya de madrugada, en un tabernucho donde entré a tomarme por diez céntimos una mísera taza de café con leche, cuando me bailaban los objetos por el ayuno incesante, se aproximó a mí un hombre de mugrienta pelliza, cuya cabeza se cubría con una gorra de pelo, y de cuyo rostro, enfundado por largo tapaboca, sólo se distinguían dos negros ojillos, y díjome reservadamente: —Amigo, usted tiene hambre; se le conoce en el blanco de los ojos. ¿Quiere usted ganarse cien duretes? —Cien du... ¡oh, sí!—exclamé vislumbrando una era de felicidad.—¡Ya lo creo! ¿Y cómo? —Muy sencillo. Pero esto aquí entre los dos...—Y el hombre, acercando a mi oído su boca que despedía fuerte olor a tabaco, me dijo... ¡miedo da el recordarlo!...

—¡Cuenta!... ¡Cuenta!...—insistía yo.

—Me dijo: —Mire usted... cosas de la vida: un hombre perro, de *parné*, que hay que quitar del mundo... es ya viejo... ¿estamos?... Yo se lo enseñaré, no tiene defensa... Buen pulso y nada más. Ahora le doy los cincen-

ta del ala, y después... ¿Eh?... ¿Conviene?...— No sé qué pasaría por mí, no sé. Rápido, el hombre dió media vuelta y desapareció...

Y los ojos de Roldán al referir este lance se dilataban con el fulgor del miedo.

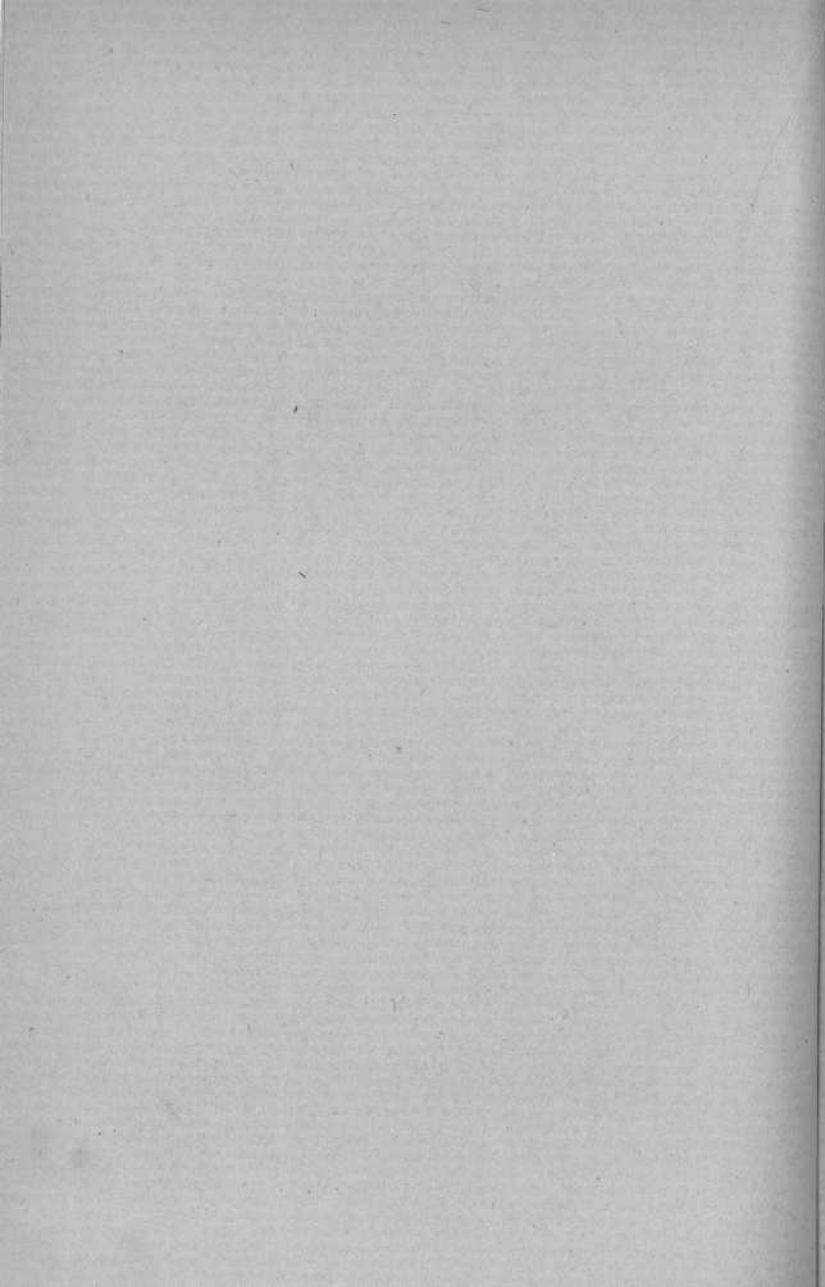
—¡Cuenta!... ¡Cuenta!...—tornaba yo en mi afán de saber lo que nunca había visto.

—Otra vez fué una vieja bien trajeada, de mantón y pañolillo de seda, la que se me acercó: —Vaya, mozo, lástima da el verte... ¿Tan jovencito y así?... ¿Quieres vivir conmigo?... Ropa, casa, cena, y dos duros en el bolsillo *pa* pitillos y cuchipandas no te han de faltar. Conque...—¡Qué asco, Dios mío!... ¡El mundo es una costral

Y mi pobre amigo, para saturarse desechando aquel vaho mefítico en que sus recuerdos se empapaban, volvía los ojos a los tiernos grupos de niños, a los *latinos* que jugaban en la gran plazoleta de la huerta, y, sin perderlos de vista, susurraba: —¡Inocentes!... ¡Angeles de la tierra!... ¡Quién volviese a vuestra edad!...

Y luego contemplaba la fronda, la verde fronda del parque, y al divisar allá, medio ocultas por los árboles umbrosos, las góticas

vidrieras del ábside de la capilla que daban una elegante ligereza a la parte posterior del edificio en donde todos nos albergábamos, sus labios se contraían dulcemente, sus ojos se impregnaban de levísima humedad, y, —¡Oh, mi Seminario!—exclamaba con un acento que hacía conmover todas las fibras. —¡Dios me trajo a tí!... ¡A ti debo lo que ahora soy!... ¡No te abandonaré!... ¡Pero esos, esos!...—añadía luego agitando nerviosamente mi brazo y señalándome con su estirado índice algunos de los grupos que paseaban entre la espesura.—¿Hablarán de mí? ¿Murmurarán de mí? ¿Querrán hacerme daño?... ¿Qué sucederá si salgo yo de aquí?... ¡Dios mío!... ¡Solo, otra vez solo! .. ¡Otra vez el frío, el hambre, el hampal... Oye, oye: si así ocurriera, y falto de toda protección, de toda ayuda, pisoteara mi dignidad y me revolcara en el légamo... dime: de mi deshonra, de mi ludibrio, acaso, acaso de mi eterna condenación, ¿quién tendría la culpa?... ¡Habla!... ¡Habla!...—Y me apretaba una y otra vez las muñecas hasta hacerme daño.





## CAPÍTULO X

### Reaccionando

¡Qué muchacho aquell ¡Qué imaginación la suya tan exaltada! ¡Qué proporción daba a la mas mínima cosa! ¡Y cómo pasaba de la ternura a la ira, de la confianza a la desesperación, de la tibieza a la acendrada piedad!...—¡Calma!... ¡Calma!...—decíale—son exageraciones tuyas. No te inquietes, no te importe la murmuración; la frasecilla picante y mordaz, despréciala.—¡Morir!... ¡Morir!...—contestaba.

Era de temer Roldán cuando así se ponía. Yo, lo confieso, nunca me he considerado capaz de conjurar estas dolorosas crisis con sencillas reflexiones y piadosos consejos. El

misticismo del sano cura de aldea que sabe tan bien aliviar las aflicciones del prójimo sacando argumentos de la dulzura y mansedumbre de Cristo, de los dolores de la Virgen, de la abnegación sublime de los Mártires, nunca, no obstante mis pretensiones de literato, he podido utilizar. Para ello se necesita cierta unción y cierta bondad ingenua, que no la comunican ni la frecuente lectura de los libros ascéticos, ni el afán de hacerse uno manso y humilde de corazón.

Por eso, al llegar estos casos, llamaba a Toro; y Toro, que tenía un alma en donde se grababan con extraordinaria fijeza las máximas de los Santos Padres; que hallábase dotado de un verdadero espíritu evangélico, ya raro en nuestra edad; que le salía el fervor por todos los poros del alma, llegando en oleadas de entusiasmo a aquel rostro sante que aún parecía conservar, como fruta no cortada de árbol, el polvillo de la inocencia con que viniera al mundo; que rezaba de verdad y no mascullando; que al dar la hora el reloj dirigía un saludo a la *Sine labe concepta...* Toro, repito, acudía solícito, y con aquella sencilla elocuencia que Dios le

otorgó, hablaba a Luis de la conformidad cristiana; del espíritu de resignación que debe distinguir al sacerdote; de la alegría con que se han de sobrellevar las penas de la vida mirándolas, ya como expiaciones de nuestras culpas para con Dios, Señor de majestad infinita, ya como medios de santificar nuestras almas.

Si estos argumentos eran ineficaces, Aurelio, conocedor del temple de Roldán, desarrollaba con vivos colores el drama sublime de la Redención, poniendo ante su vista la figura de Jesús maltratado, escarnecido, pendiente de la Cruz, redimiendo con su preciosa sangre los pecados de la Humanidad. Y cuando nada de esto hería a Luis, quemaba Aurelio el último cartucho, y fingiendo irritarse, abarcaba con sus manos hercúleas el bracín del poeta, oprimíalo fuertemente, y decíale con un tono que sabía a desprecio: —¡Hombrecillo!.. —Entonces el rostro de Roldán se transfiguraba, pasando del abatimiento a la cólera; brusco se deshacía de la manaza; erguía, chocaba la punta del pie con el primer chinarro que encontrase, y, cerrando los puños, gritaba: —¡Oh! ¿Dónde

están los que me hacen sufrir?...—Y Aurelio, destilando dulzuras, lo hacía sentar y hablábale del perdón misericordioso, de que la ira y la venganza no deben albergarse en el corazón de un cristiano, y menos de un cristiano poeta, y de un poeta sacerdote, que es ya la suma de la Belleza, de la Poesía... »Bienaventurados los mansos y humildes de corazón, porque ellos verán a Dios»...

Adquirían las *Bienaventuranzas* en labios de Aurelio un melancólico acento de piedad tan indefinible, que el alma de Roldan, arpa de oro en donde una mano diestra que supiera bien pulsarla podía arrancar sonos deliciosos, vibraba, se conmovía dulcemente, y al exterior salía convertida en raudal de lágrimas copiosas que inundaban de hilillos trémulos su macilenta faz.

Y Aurelio, conociendo que las crisis de Luis se aliviaban llorando, adelgazaba, sutilizaba más su voz, y repetía blandamente: —Bienaventurados los que lloran...

.....  
¡Ah, dulces tardes las que pasé en compañía de este desventurado Luis! ¡No se me olvidarán nunca! Nos internábamos por la

fronda hablando de belleza, de arte, de poesía... El me enteraba de sus grandes proyectos: tenía en preparación una novela; después saldría otra cuyo argumento ya había esbozado; luego un poema de vastas proporciones, ¡su sueño constantel... —Yo he de llegar!—decía sonriente. —Sí, has de llegar—le contestaba—; pero no te amilanes, no te acoquines, no te tumbes.. —Porque Roldán, como buen andaluz, era algo pere-zoso; necesitaba un espolique... Yo creo que parte de sus descabros en clase, más que a la falta de aptitud para asimilarse las ideas, se debía al trabajo que le costaba atender a las explicaciones. Ni un punto podía estar fijo: su imaginación, como libélula inquieta, revoloteaba de acá para allá sin tener la constancia de la abeja, que saca todo el jugo de un cáliz florido elaborando luego pacientemente la rica y sustanciosa miel.

Si a Roldán le hubiese costado trabajo hacer versos, a pesar de tener aptitud sobrada, no hubiese hecho ni una mísera rondilla Mas era poeta *per se*, desde que nació, y como estuviese en vena, sólo con coger la pluma fluían de su numen los pensa-

mientos, petrificándose en el papel con gran celeridad.

No de otra manera se concibe que teniendo tan escasos conocimientos y con ser tan flojo (siempre la verdad) pudiese escribir lo que escribió: primero un tomito de poesías, benévolaemente acogido; después una novela, que suscitó vituperios y alabanzas, lo cual indica algo; y al poco tiempo otra, en la que ya no se bamboleaba su estilo *con temblores de flan inseguro* (como le dijo un ilustre poeta, honra de nuestro Parnaso), sino que los párrafos aparecían del todo concluídos, y los personajes, llenos de psicología honda, verdaderos caracteres que le valieron grandes elogios de los más conspicuos censores, aun de aquellos que militan en la vanguardia de los periódicos avanzados, donde ya se sabe que para hacer entrar a un escritor de sotana es necesario que se imponga por la robustez y galanura de su decir; por un mérito, no de guardarropía, sino de verdad.

## CAPÍTULO XI

### Via - Crucis literario

Y preguntareis: ¿Cómo siendo tan perseguido dejaban a Roldán publicar obras?

Ante todo, hay que advertir que como el origen de la *protección oficial* se debió precisamente a su mérito literario, y no escribía nada *contra la sana doctrina y buenas costumbres*, ninguno, por muy *Pedro* y muy *Cruel* que fuese, sintiose con verdadero valor para hacer que dejara de escribir.

Escribía. Pero no os asomeis a la vía dolorosa que antes de la publicación de cada libro tenía que recorrer su autor. Censuras literaria, doctrinal, moral... Cuando la obra

iba a la imprenta, a fuerza de podarla, de enmendarla, de corregirla, había perdido la mitad de su frescura, de su jugo, de su vigor.

Todos se juzgaban con derecho para advertirle, para indicarle, para colaborar con él: «eso es pecaminoso», «eso es herético», «eso es atrevido», «eso es inmoral...» Luis, antes de escribir cualquier cosa, temblaba. En los puntos de su pluma creía ver cien ojos que espían implacables el sesgo de cada renglón; sobre la blanca cuartilla parecía cernerse el vuelo de una sotana negra, que allí caía para ocultar al poeta el mundo de flores y bellezas que divisaba ante sí...

No podía hablar a sus anchas de la mujer, rosa y luz que encerró Dios en un fanal de carne para perfumar y caldear el corazón del hombre. No podía hablar del amor, motor universal de la humana máquina del mundo; única fuente de la vida en donde se saciaron las almas de nuestros padres, de nuestros abuelos, de los primeros fundadores de la raza; engarce misterioso de dos que se compenetran y funden llevando a cabo por el egoísmo de sus cuerpos gozosos la secreta



formación de un tercero... ¡ah!, todo esto, que es el recurso primordial y mágico del artista, el nervio de todas las composiciones geniales, el interés supremo de las muchedumbres, el asunto eterno, siempre viejo y siempre joven, no debía tratarlo, o de hacerlo, había de ser restregándose la mano con nieve, para que los dedos fríos y agarrotados no pudieran mover fácilmente la pluma y ésta dejara de seguir los arrebatados y ardorosos impulsos del corazón...

¡Ah, encadenado a una columna se está más libre que amarrado al juicio de una meticulosa, ridícula e hipócrita pudibundez! Luis Roldán tenía alas, pero sujetas al frío examen del censor, que en este caso era el alfiler de cabeza negra con que atraviesa el naturalista el gentil cuerpo de la mariposa. En el sepulcro blanqueado de aquella casta sociedad donde todos, interiormente, ya se habían casado y eran adúlteros, Luis Roldán no tenía más remedio, si quería satisfacer la necesidad imperiosa de escribir—oasis de su desierto, isla de su mar tempetuoso—, que atemperar su estilo al de las *Meditaciones* de cualquier Padre Fulánez, las cuales, so pre-

texto de levantar el espíritu, lo acuestan y adormecen, o adoptar el arrullo monótono de una vieja paloma del claustro, empezando por el *Deus in adjutorium meum intende*, y concluyendo por el *Tu autem Domine, misere-re nobis*.

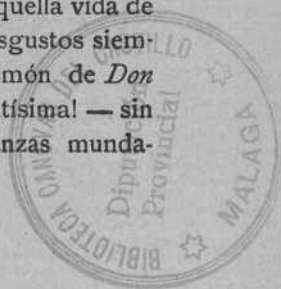
El óvalo de un rostro lindo, la seda larga de unas pestañas, la luz profunda de unos ojos negros, el coral fino de unos labios rojos, la afelpada pelusilla de una nuca, la arrasada curva de un seno, el botón de rosa que aquí se mece... Venus, saliendo del mar; Helena, robada por París; Psiquis, flechada por Cupido; la Mujer, en fin, el Femenino eterno, inspirador del Hombre, si relampagueaba en la triste y fría soledad del cuarto, pronto era velado por el negro hábito talar que flotaba delante de la cuartilla...

A fuerza de comprimirse, de abstraerse, de cerrar ojos y oídos a cuanto no fuera parpadeos de cirios o mística voz de órgano, Luis Roldán escribió sus obras venciendo también grandes dificultades en lo que respecta a la casa editorial que, necesariamente, había de ser sucursal de sacristía, amparadora de lo mogigato y ñoño.

Pero, vamos, con más o menos trabajo las publicó, y a pesar de enmiendas y cortes, el éxito, aunque no rotundo, fué lo suficiente para halagar la justa vanidad de un escritor primerizo.

Los más escépticos de sus compañeros tuvieron que rendirse a la evidencia: Luis poseía dotes sobresalientes para forjar mentiras con retazos de verdad. Al fin dejaron las críticas, y conociendo que Roldán no les iba a disputar con el tiempo ninguna plaza de canónigo más o menos simple, pues respecto a argumentaciones silogísticas y comistrajos de lógica barata era una completa nulidad, dejáronlo tranquilo, no sin que alguna vez, cuando se terciase, contestaran a los que de fuera preguntaban por él:—«¿Luis Roldán?... bien, gracias; siempre con sus versos...»

Entró, pues, para Luis, un período de relativa calma, o, mejor dicho, a fuerza de adversos golpes, se habituó con aquella vida de zozobras, de inquietudes, de disgustos siempre renovados, pues el fantasmón de *Don Pedro el Cruel*—¡alma benditísima!—sin duda para purificar las andanzas munda-



nas del tunante de Roldán y llevarlo calzadito al cielo—¡tanto lo quería! — gustaba, teniendo la sartén por el mango, de echar en ella aceite todos los días y avivar el fuego. »

¡La corona del martirio es tan hermosa!...

¡Y se adquiere tanta gloria con ella!...

¡Ah, Torquemadilla de mis pecados!...

## CAPÍTULO XII

### ¡Al montel

Pero veo que hablando del pasado me olvidé del presente. Ello era preciso. Volvamos ya a la actualidad, aunque antes bueno será decir que Roldán, contra toda la voluntad de su señor prefecto, que hubiera querido verlo subir fritito a la gloria, se ordenó de menores juntamente con Aurelio Toro, el simpático enfermero.

Digamos también, para redondear el esbozo de nuestro héroe, que las almas destinadas al sufrimiento rara vez logran desembarazarse de él, y que eso ocurrió con mi gran amigo Luis. Su flaca naturaleza; las penurias

de su primera juventud; los temores de que se vió siempre asaltado; la lucha que había de sostener consigo mismo sobreponiéndose a los impulsos de su corazón ardiente; el círculo que a su imaginación—desbridado corcel—le imponían los graves estudios escolásticos, el método filosófico, la invariabilidad del dogma, la severidad del cánón y la estirada rigidez de la moral; los apuros que pasaba (no era *sablísta* de oficio) cuando, obligado por su escasez, recurría a la caridad de personas piadosas y pudientes en demanda de algún socorro para atender indispensables gastos que no sufragaba la beca; el exceso de mentalidad que consumía por una parte, estudiando áridas y dificultosas materias, y por otra imponiéndose, a costa del recreo y del sueño, una intensa labor literaria, de la que no debía prescindir, pues ella, a más de ayudarlo con algún trabajillo pagado, íbale formando su gusto artístico y abriéndole camino en el mundo de las letras; su nerviosidad, la impresionabilidad de su carácter, que movió a un literato eximio a decirle que parecía estar formado *con moléculas del agua, con tentáculos de caracol y con*

*azogue*; su melancolía, su tristeza, que en vano pretendía desechar al considerar la soledad en que se hallaba... todo ello junto ocasionaba en su espíritu falta de energía, dejadez en su voluntad, anemia en su cerebro, desconsuelo en su alma, frío en su corazón...

Y este cúmulo de perennes sinsabores, de luchas encontradas, de afectos marchitos, transparentábase en sus ojos de mirar apagado, en sus pómulos hundidos, en sus músculos de escasas fuerzas, en sus labios descoloridos, donde siempre vagaba una amarga y casi desdeñosa sonrisa...

¡Pobre Luis! El médico lo pronosticó:— Para muy poco tiempo hay poeta...

Un suceso imprevisto aceleró... Pero no nos adelantemos. Retrocedamos al punto en que dejamos a Luis conversando con el mayordomo y el enfermero, y digamos que éste ya marchó al monte en busca del cariño de sus padres, y que Roldán, cuya vida, aun en tiempo de vacaciones se deslizaba lánguida en el Seminario por no tener una familia cariñosa que le dijese:— «¡Vente conmigo!»— recibió, al mes de partir Aurelio, una carta,

cuya copia, sin quitar coma ni punto, es la siguiente:

«Monte de Batres, 2 Julio 190...

»Querido Luis:

»No creas que olvidé la promesa. Perdón si antes no escribí, pero ya adivinarás lo ocurrido: la madre por un lado, el padre por otro, la abuela, los hermanos, los amigos (que muchos y buenos tengo aquí, gracias a Dios), el señor cura, y, en fin, cuantos se interesan por este sujeto, no lo han dejado a sol ni a sombra. A la madre, sobre todo, se le cayó la baba de gusto viéndome con los hábitos, y no hace más que tentarme la coronilla y darme besos en ella. ¡Lo que son las madres!... Contando está los minutos para que cante misa.—«Así que cantes misa—me dice—ya me puedo morir; moriré muy contenta, Aurelio.»—¡Lo que son las madres!... Me soba y me regala lo que no es decible. ¿Tú viste lo gordo que estaba yo ahí? bueno: pues ahora, en pocos días... en fin, ya me verás.

»Mi familia tiene sumo gusto en que ven-



gas. Aquí, ya sabes: no encontrarás finuras ni etiquetas; aquí sólo hay corazones y buena voluntad. Un mes, dos meses, toda la vacación si es preciso y no hace mella en tu espíritu delicado nuestra rusticidad, nuestra franqueza de pueblo, puedes permanecer con nosotros. Verás cómo te aprovechan, y para el curso que viene no te conoce nadie en el Seminario. Porque, chico, el que no se pone gordo en el monte, es porque no le da la gana. Mira: tenemos unas gallinas que ponen unos huevos ¡así!; seis cabrillas, saltarinas, retozonas, que dan una leche que sabe a gloria. ¿Pues y cuando mi padre sale al monte (todos los días), con la escopeta y los perros? nunca se vuelve de vacío: un conejo, dos conejos, una perdiz, una liebre... Y luego, nada digamos del oxígeno que por aquí se estila: ¡un chorro de salud! ¿Y el agua?... ¡es la mejor medicinal!

• Tu espíritu poético, quizás no halle acá grandes cosas... pero tú, como Moisés, sacas agua, digo poesía, de la más pelada roca. No vayas a creer por esto que mis campos están desnudos de frondas, no, señor; pudorosos son como ellos solos. Lo único que te advier-

to, para que no sufras una decepción, es que los terrenos míos no son como los feraces de tu Andalucía, en donde la tierra, según tú, no se ve con tantas flores, y frutos, y palmeras, y... ¡qué sé yo! eres andaluz, y poeta por añadidura, y algo habrá que rebajar.

»Sea lo que sea, estos campos guardan un peculiar atractivo, y si no, yo así lo creo. No hay más que ver aquellos recodos del camino, y aquellos manchones de encinas, y aquella fuentececica que a la bajada brota, adonde va por agua todos los días con la burra mi hermano Ramón... y ya que sale en la carta mi hermano Ramón, de quien me has oído hablar muchas veces: es un mozo que, cantando jotas... ya lo oirás. Tiene muchas ganas de conocerte, porque... no creas: yo aquí he hecho tu panegírico, y he recitado algunos de tus versos. Ha llegado tu fama hasta la casa de los señoritos. Por cierto que la otra tarde fui a visitar al señor Marqués: ya sabes que le debo muchos favores, y es además el amo de mi padre, quien nos sostiene, vamos. Pues está loco de contento con la próxima llegada de su nieta: una joven que viene de Suiza, en donde ha

completado su educación. La traen para casarla con un título muy rico que casi le dobla la edad. Yo recuerdo haber jugado con ella cuando éramos así de pequeños. Si nos dan licencia, ya iremos alguna vez y le recitarás varias de tus poesías, porque creo es muy ilustrada.

»En fin, chico: la pluma es mala y se va cansando. No te lo vuelvo a decir: te esperamos todos con los brazos abiertos, y en especial éste, que no obstante tus discrepancias filosóficas (¡loquillo!), te admira como poeta y te quiere como a un hermano.—

AURELIO

»¡Que vengas! ¿Necesitaré escribirte otra vez?

»¡Ah! Que anuncies tu llegada para ir por ti a la estación.»

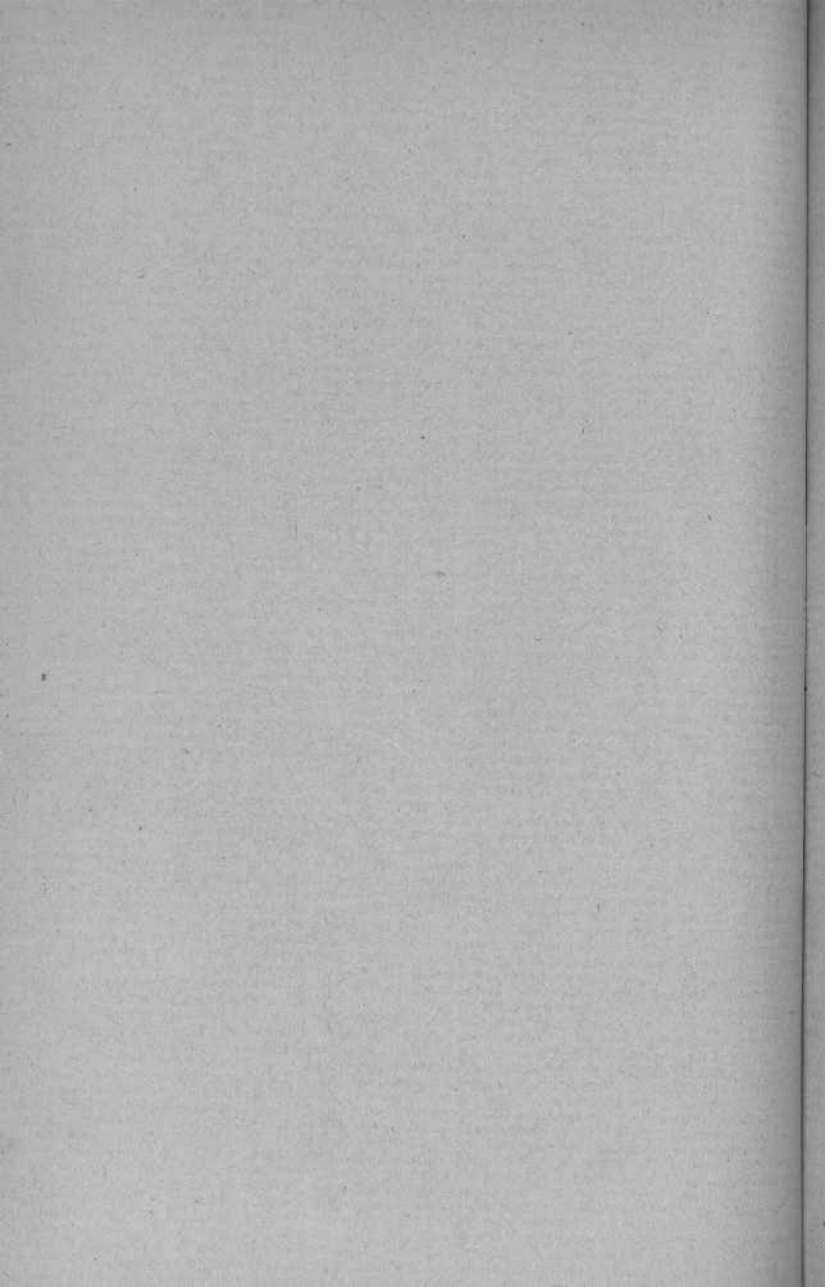
Luis leyó la carta un par de veces, y encantado de su sencillez, aspirando con fruición el aroma de sinceridad que exhalaban sus páginas humildes, arregló su maletilla con una muda de ropa blanca, cuartillas en gran número, dos tomos de versos clásicos,

una elegante edición de la *Guía de pecadores*—libro favorito suyo, tanto por enderezarlo a la cumbre de la virtud, como por conducirlo hacia la senda del bien hablar—y, obtenido el permiso del Rector, escribió a Toro notificándole su próxima llegada.

Y una mañana de Julio salió del Seminario dirigiéndose a la minúscula estación de Goya, donde tomó el liliputiense tren de Almoróx, en cuyo trayecto hallábase enclavado el lugarejo de su amigo.

JORNADA SEGUNDA

EL MONTE



## CAPÍTULO I

### La llegada

—¡Adiós, hombre!...

—¡Adiós!...

Un par de abrazos, sinceros, apretados, nudosos, fué la salutación de Aurelio y Luis.

Aurelio estaba desconocido con aquellas alpargatas de escotes amplios que mostraban alunarados calcetines; con aquellos gruesos pantalones de pana color de tierra, cuyas bofas culeras le llegaban en antiestéticos repliegues hasta promediar la nalga; con aquél ancho sombrero de surcado por fina piel de culebra, que el viento agitaba en bamboleos graciosos. Llevaba un garrote,

especie de cayado burdo, y con él dió suavemente a su amigo, diciéndole:—¡Poeta, creí que no venías!... ¡Ah, si no vienes, flojo pescozón que te llevas!

Siguieron carretera adelante.

El poeta no hacía más que contemplar el paisaje que ante su vista se desarrollaba: allí un puente, bajo cuyos ojos corría mansa el agua besando juncias y lirios; aquí un pinar que despedía balsámicos olores; allá un cuadro de viñas; acá zarzamoras en cuyas ramas verdes respunteaban botoncillos umbriamente rojos... De vez en cuando preguntaba:—¿Tu padre? ¿Tu madre? ¿Tus hermanillos?—Y le respondía Aurelio :

—¡Bien! ¡bien!

Se encontraron a Bastianico, un amigo de Toro, vecino de Carranque, boyero, conductor de reses. Aurelio, conocedor de los deseos del poeta, hizo a Bastianico que contase su vida. Bastianico refirió todos los pormenores de su azaroso existir: las largas y frecuentes caminatas que conduciendo el ganado se veía precisado a hacer por las carreteras hasta llegar a los mercados y ferias: de Extremadura a Madrid, de Madrid a Za-



ragoza, de Zaragoza... ¡Siempre andando, andandol...

—¿En verano, con el sol?—interrogaba Luis.

—En verano, con el sol—replicaba Bastián.

—¿Y cuando nieva? ¿Y cuando llueve? ¿Y...?

—Sí, señor; sí, señor. Nuestra vida es así. Vemos a la mujer y a los hijos de tres, de cuatro, de cinco en cinco meses... Estamos con ellos diez, doce, quince días lo más.

Y el boyero arreglábale la *saca* sobre sus hombros; la *saca*: una manta, una alforja, una funda de colchón que luego al irse a acostar rellenaría con paja o con hierba, según...—Sí, señor, sí. —Y continuaba narrando su vida, sus peripecias, sus desvelos continuos por el pan...—¡Adiós!...—El boyero tiró por aquél lado, y los dos amigos por éste: un atajo para llegar pronto a la casa. Débil riachuelo los interrumpió. Provisto de su garrota, saltó Aurelio sin que apenas rozara el líquido sus anchos alpargatones. Luis llegó hasta el borde y se detuvo. Su amigo, desde el extremo, le alargó el cayado, y

viendo que Roldán, medrosico, aun no se atrevía, puso una piedra en medio del arroyo para aminorar el peligro del salto. El poeta deslizó la planta en aquél improvisado escalón; mas con tan poca fortuna, que la piedra, mal sujeta, rodó, y Luis se chapuzó los pies.

—¡Calamidad!... — murmuró Aurelio. —  
¡Ven!...

Y arqueando el cuerpo tendió la mano a Luis, que ya brincó decidido a la orilla.

Reanudaron la marcha, y a poco se divisó la casita de Aurelio: cuatro paredes blancas, un tejado rojo, una chimenea negra que traspiraba humo... Cabras seстеaban por aquí; el ladrido de un perro sentíase por allá... Las encinas, al impulso de suave viento, inclinaban sus ramas como si saludasen al recién llegado. Unos chiquillos encuerinos, bajaron la cuesta; chiquillos graciosos, deliciosos: un camisón corto, única prenda de su indumentaria, dejaba ver sus torneaditas piernas de ángeles doradas por el sol. — ¡Aurelol... ¡Aurelol... — semicantaban rodeando las anchas rodillas de su hermano.

Luis, doblando su largo busto, acariciaba las tiernas facciones de los niños, de aquellas almitas puras, inocentes, ingenuas, que olían a romero y a tomillo.

Embocaron la plazoleta que se extendía frente a la casa. En ella esperaba la familia: una mujer gruesa, baja más bien que alta, morenota, forzada, de cabellera muy negra, donde el tiempo comenzaba ya a desenredar su madeja de plata. Era la madre de Aurelio. Junto a ella, haciendo bello contraste, se veía al padre, delgado y alto, de facciones muy delicadas y consumidas. Una barba rubia, tirando a rojo, adornaba su faz. En sus pupilas, de claro azul, nadaba una luz suave, sin que esta suavidad despojase a la mirada de firmeza varonil. La escopeta que, apoyada contra el suelo, sostenía entre ambas manos; la bandolera que le cruzaba el pecho y los cartuchos que lo rodeaban a modo de cinturón, anunciaban que aquel era el guarda de la hermosa finca del marqués de las Contiendas. A su alrededor se agrupaban tres grandes perros de casta inglesa: uno meneaba su cola entre las piernas del guarda rozando la pana del calzón y produ-

ciendo así un traqueteo muy original; otro mordilamía la punta del alpargatón abarcando con sus patas delanteras la caña del pie de su amo; y el tercero, sin duda el can favorito, saltaba de vez en vez alentado por las muestras cariñosas de su dueño, que, para animarlo, repiqueteaba en alto el pulgar y el índice de su diestra. Más allá, aprovechando una saeta de sombra proyectada en el suelo por verdinegra acacia, aparecían rezagadillas las hermanas de Aurelio: una joven rubia, fresca como gota de rocío que va cayendo; otra más pequeñuca, rubia también; y otra, por último, algo desaliñada en su atavío, sin que la falta de exorno quitara belleza a su rostro de albérchigo maduro...

La madre se adelantó, afable, solícita, descubriendo al sonreír una opulenta mella; el padre, profiriendo: ¡Buenos días!... ¡buenos días!... se acercó seguido de los perros que meneaban la cola olfateando los negros hábitos del huesped; y las jóvenes, mirándolo con curiosidad, saludaron cohibidas sin moverse de su sitio.

Aurelio presentaba en son de triunfo al poeta, y el poeta, desconociendo la fórmu-

la encantadora de un saludo campechano, utilizaba esas frases vulgares que fluctúan entre lo amanerado y cortés, propias de los señoritos que se quieren por varios días desurbanizar.

—¡Como en familiar!... ¡Como en familiar!— aconsejaba bondadoso, con ingenuidad casi infantil, el padre de Aurelio, precediendo a Roldán y atravesando el marco que daba acceso a la rústica vivienda.

—Sí, señor, como en familia, pase usted... —repetía la madre empujándolo sin apercibirse.

—Siéntate—mandó Aurelio, presentándole una silla—descansa un rato, luego te quitarás la sotana y te vestirás de campo, de montaraz...

—Sí, señor—añadía el guarda—se pone usted unos pantalones de mi hijo... aquí no hay más remedio: se destroza la ropa... después: que se anda más suelto, más libre... *pa* correr, saltar, brincar... porque usted tiene que moverse... esto le sentará muy bien. Verá usted como nos vamos por ahí, escope-ta al hombro... ¡floja caza! Nada: se refresca usted, y en seguida se viste como éste.—Y

señalaba a Aurelio.—No tenga usted reparo: aquí nadie nos ve... aquí en el monte no hay más bicho viviente que los conejos...

—Los domingos, sí—interrumpió Aurelio—los domingos nos terciaremos el manteo e iremos a Batres a oír misa.

—Tome usted, refresque.—La madre alargó al poeta un gran vaso de agua en donde había echado varias gotas de vino. El poeta bebió con avidez, diciendo al terminar:

—Gracias, muchas gracias.

—Qué gracias ni qué...—contestó la madre recogiendo el vaso—*na* de gracias, *na* de etiquetas, ¿sabe usted? no, señor. Queremos franqueza, llaneza... Es usted amigo de nuestro hijo, y eso es más que suficiente *pa* que lo recibamos con los brazos abiertos.

Por la fuerza de la costumbre el poeta iba a decir otra vez: ¡Gracias!, pero se acordó a tiempo del aviso, y se limitó a contraer sus labios con una agradable sonrisa. El guarda, a la pregunta de: ¿Fuma usted?, le alargó un pitillo.

Luis Roldán, mientras fumaba y escuchaba displicente los elogios que aquella buena familia hacía a sus méritos, iba observando

los múltiples artefactos de la modesta habitación, que en cada uno de sus ángulos y adminículos delataba la rusticidad de sus moradores. Tan solo una *concha* de mimbres, propia de caserío veraniego o coquetón *chalet*, traía a la memoria la ciudad. El suelo se cubría con piedras desiguales, y el techo, que seguía la inclinada línea del tejado, ostentaba gruesas vigas de madera oscura salpicadas por algún encontronazo de cal. Las paredes eran blancas con cenefas de desteñido azul, y en la parte alta, una abertura conducía al sobrado, y por ella asomaban varios aperos de labor. Tres puertas, la del fondo al corral, y las dos laterales a la cocina y alcobas, rompían con arcadas inairosas el lienzo de las paredes. Un poyo se levantaba junto al muro de enfrente, y encima de él mostrábase una bota de vientre exhausto.

Cantareras, artesas, una mesa-camilla desnuda del clásico tapete, sillas en el centro y canastas, completaban el menaje de la habitación. Chillonas litografías de santos, varios almanaques de ultramarinos, un semicírculo formado con jarras de porcelana y

vidrio, pendientes de luengos cintajos, y algún chaquetón que olía a ovejas, constituían el exorno de la pared.

—Ea, Luis, ven por acá—ordenó Aurelio viéndole dar la última chupada al cigarro.— A desnudarte, a ponerte fresco. Almorzaremos en seguida, que después de la caminata tendrás un hambre... ¡igual que yo!... Ahora soy capaz de comerme... Madre, ¿qué ha hecho usted?

—Conejo frito.

—¡Andal!... ¡Andal!... — gritaba Aurelio empujando a su amigo.— ¡Verás!... ¡Nos vamos a poner así!—Y Aurelio arqueaba los brazos como quien desea abarcar un tonel.



## CAPITULO II

### Topografía e Historia

La finca del marqués de las Contiendas es un monte situado a siete kilómetros de la estación de Guadarrama, en la línea que parte desde Madrid a Almorox. Limítanlo: al Norte, el montecillo de Navalcarnero y las Matillas; al Sur, los olivares de Batres; al Este, las posesiones del mismo Batres regadas por el Valdecarros, y al Oeste, el río Guadarrama, cuyas mansas ondulaciones siguen compactas hileras de espadañas y mimbres

El monte es un encinar que se pierde, una mancha inacabable de verdor ondulada por el suspirar del viento. Cuando en las ramas

de sus árboles escupe luz el sol, el monte, desde lejos, parece un horno inmenso donde se funde vidrio.

Lamiendo y arrullando pasa cerca en poético zig-zag el Guadarrama, en cuyas márgenes los álamos se abrazan dando ejemplo a los hombres...

Al final de las estribaciones, formadas sin apercibirse por las graderías del monte, el agua derramó la plata de sus tesoros: la fuente del Pastor, la fuente de la Zorra, la fuente del Saúco... Muy claras, muy frescas, muy dulces.

El marqués, que aunque viejo, hallábase aun bastante ágil, tenía principalmente destinado el monte a la caza, de la que era entusiasta partidario. Allí asistía con sus amigos algunas veces, dando recias batidas a los muchos conejos, perdices y palomas, habitantes de su vasta posesión. La casa solariega, emplazada en un alto, cobijaba en sus amplias habitaciones, allá por los últimos días de Septiembre, a numerosos amigos, los cuales, provistos de lucentes escopetas, se internaban por la espesura en busca de piezas sustanciosas.

Rara vez, fuera de sus distracciones cinegéticas, iba el señor marqués a la finca. La mayor parte de su vida pasábala en Madrid, atento a la administración de sus muchos labrantíos andaluces y extremeños, y las breves temporadas en que se ausentaba de la corte, destinábala a visitar a su nieta, la gentil señorita de Mazarrondo, capullo de seda y oro dejado en el mundo por su infortunada hija Beatriz. La niña, Aurea, era el último vástago de aquella gran familia que tanto lustre dió a España en sus repetidas contiendas (de aquí el título) con los de Flandes, enlazada con lo mejor de nuestra nobleza, y cuyos miembros se adornaron con los más honrosos distintivos: desde la púrpura cardenalicia hasta las doradas charreteras de mariscal. Beatriz Caballero de España y Castro-Villena casó con Fernando de Mazarrondo y Sotomanes de Insúa, primogénito de los duques de Sotoperales, y esta unión que parecía prometer luengos días de dicha, se deshizo con la prematura muerte de Beatriz, cuyo último suspiro saludó el inicial momento de la vida de Aurea. Fernando, nostálgico de su esposa, no tardó en se-

guirla; y la niña, que entonces contaba seis años, fué recogida por su abuelo y enviada a un colegio suizo de Madres francesas, en Neuchâtel, para que allí obtuviese la educación que demandaban su rango y su fortuna.

Algunos veranos la traía el marqués a Baires, alegrando la señorial mansión con su encantadora charla de golondrina. Durante su permanencia en el monte, la ancha plazoleta del palacio era algunas tardes tránsito recreativo de muchos angelillos sin alas: como una rosa de estufa entre rosas silvestres, la duquesita de tez jazmínea y bucles de oro, aparecía entre niñas de rostro curtido por el sol y de madejas de cabellos crespos. Al marqués, hombre franco, llano a pesar de sus aristocráticos humos, le complacía aquella dulce fraternidad, y desde la solana, recostado sobre el balaustre de piedra ennegrecido por el tiempo, contemplaba a su nieta, sencilla y afable, que alternaba con las modestas hijas de sus antiguos servidores.

De entre todos los niños que allí acudían, prefería el marqués los del señor Agustín, padre de Aurelio.

Puede decirse que la familia del señor Agustín, en su mayoría, había prestado sus servicios en la casa del señor marqués. Como su padre, Agustín heredó la guardería: allí nació, allí creció y de allí salió para casarse con Antonia, garrida moza del vecino pueblo del Alamo. Cuando por sus achaques el padre de Agustín no pudo ya con la escopeta, para sustituirlo volvió al monte su hijo acompañado de la mujer y de la prole que ésta echó al mundo: catorce nada menos entre chicos y chicas, y todos a cual más rollizo y orondo.

El marqués gustaba de ver aquella descendencia que dilataría el obscuro apellido de su guarda, en tanto que el suyo glorioso hallábase pendiente de su nieta, niña delicada como flor de invernadero. ¡Qué ganas tenía el viejo aristócrata de que Aurea fuese mujer y enlazara su noble apellido con otro de igual valía, dando nuevas ramas al árbol de sus ilustres progenitores! — ¡Ah, los hijos de mi guarda Agustín! — decía el marqués contemplándolos. — ¡Qué guapetones! ¡Qué fuertes!... ¡Si mi nieta tuviese unos hijos como estos, como Aurelio!... ¡Qué gozo!...

Entre los hijos del señor Agustín, Aurelio se llevaba el mayor afecto del marqués. Este, refiriéndose al chico, expresaba que era una estatua griega modelada por dos escultores rústicos en un momento de amor.— ¡Dónde está el pequeño Apolo?—preguntaba el amo si pasaba ante la humilde casa de sus fieles servidores.—Enséñamelo, Agustín. Antonia, mujer, tráelo.—Y la Antonia, en un dos por tres, conociendo los deseos del señor, iba por el niño; lo fregoteaba quitándole los churretes que, por revolcarse, ostentaba en su cuerpo delicado; echábale agua de colonia en los muslos, en los brazos, en el pecho; alisaba sus pelillos rojos, y toda ufana, presentábalo con ambas manos al marqués, que lo acogía sonriente mientras Agustín apoyado en el cañón de su recia escopeta miraba con orgullosa satisfacción el cuerpo del muchacho como diciendo:— ¡Esto es mío...

El marqués, teniéndolo en sus brazos, le hacía cosquillas, extasiándose ante las rosas que la abundosa carne formábale en las ingles.— ¡Qué cuerpo el de tu chico!—hacía notar al guarda.— ¡Digno de que lo hubiese

visto Fidias!... ¿Tú no sabes quién era Fidias?

—¿Alguna reina?...

El marqués, sin contestar, ponía en sus hombros al muchacho, el cual, asustadillo, se agarraba fuertemente con sus manitas de nácar a la cabeza del señor, en tanto que la madre, contemplándolo amorosa, le hacía señas para que saltase a sus brazos, abiertos en actitud de recibirlo. El amo alzaba la vista y admiraba al niño en toda su magnífica escultura: ¡Qué líneas! ¡Qué rodillitas aquellas tan bien contorneadas! ¡Qué muslos tan amplios, estrechándose poco a poco hasta terminar en la elegante pierna que, recta, seguía para morir en la graciosa caña del diminuto pie!...

¡Lástima que el rostro no correspondiese del todo a aquella esbeltez suprema! Ciertamente Aurelio no era feo; al contrario: guapo, coloradote... mas para los exquisitos sentimientos que el marqués tenía de la estética, las facciones no respondían al hermoso modelado del cuerpo. Sobre todo, la nariz: era la nariz de Aurelio un pedazo de carne puesto allí de mala gana, sin arte, sin gusto,

como quien deja al azar un burdo mezlón de yeso sobre las filigranas de valiosa columna. —¡Tomal ¡tomal...—decía el marqués entregando el chico a su madre—. ¡Lo has desfigurado con esa porral!... —¡Venga, venga!...—gritaba la Antonia estrechándolo junto al seno—. ¡Ricol!... ¡prendal!... ¡almal!... ¡Te deja el señor, te deja por esas narizotas?... ¡Pobrecito!... ¡Angelito!...— Y se deshacía, pringándole la cara al golpe sublime de estruendosos besos.

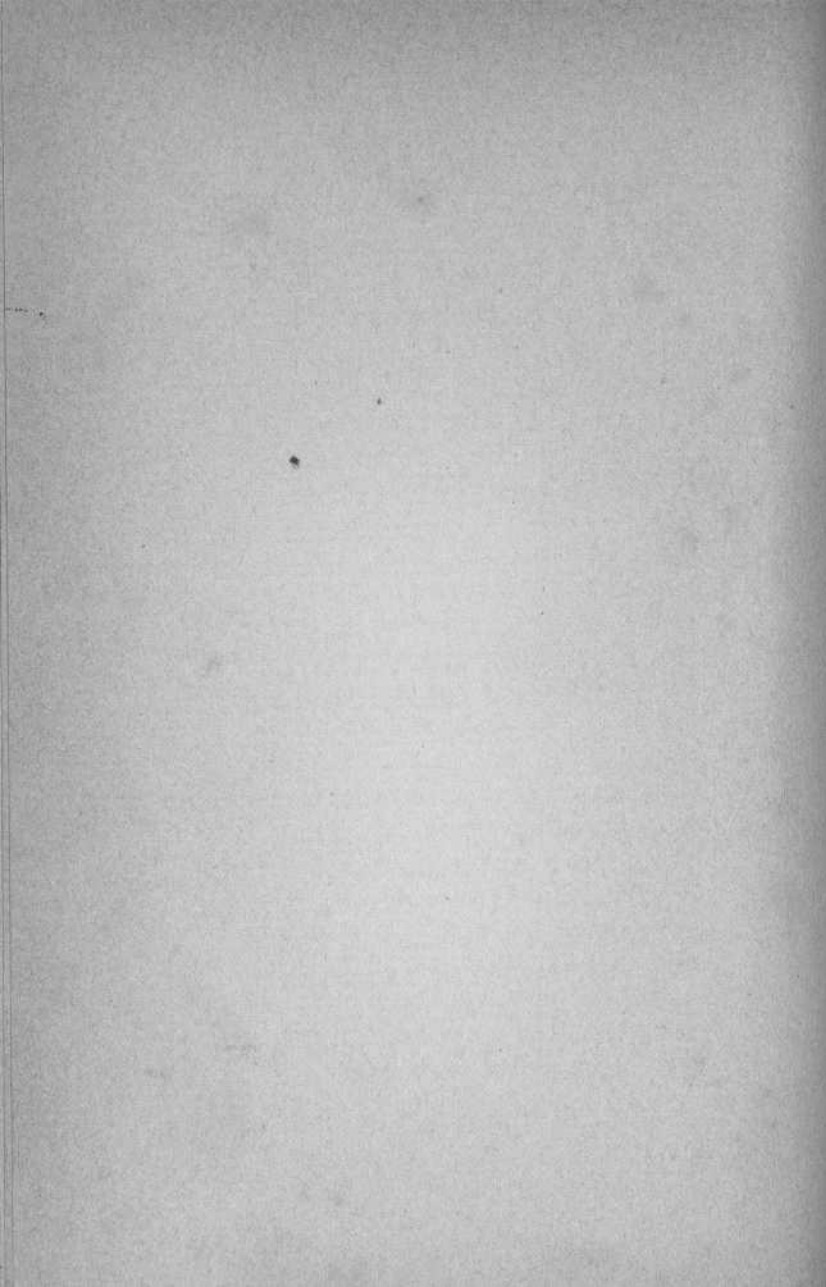
El señor marchaba, no sin dejar algún par de duros: —Vaya, para que le compréis otras narices—. Y la Antonía reía, y, Agustín, escoltando al amo, murmuraba agradecido: —Muchas gracias, señor marqués.

Así fué corriendo el tiempo: Aurelio creció, y viendo la gran simpatía conque en casa del señor lo miraban desde éste al último criado, pasaba allí largas horas encantando a todos con su graciosa cháchara infantil.

Al llegar la señorita Aurea, el viejo caserón era testigo de escenas deliciosas. Ambos se querían entrañablemente, con amor de hermanos. La exquisita educación



de la niña disonaba muchas veces entre las rusticidades de aquel montaracillo, noble, expansivo y franco, en cuyo corazón ya pululaban los gérmenes del deber y del agradecimiento. En sus graciosas reyertas con Aurea, siempre había de sucumbir. El comprendía que la señorita era la nieta del amo que daba de comer a sus padres, del señor de todos aquellos árboles, perdices y conejos. La señorita, niña avispada, dábase cuenta de todo, y algunas veces gozábale en verlo humillado, acatando sus despotismos de reinilla. Así que llegaba el instante de separarse, de marchar la niña a Neuchâtel, lloraban los dos, y sus lágrimas frescas no cargadas aún con las sales de un amargo vivir, rodaban por sus mejillas formando aros de perlas a los rubíes de sus labios, que arqueándose, plegándose en airosa comba, se daban el ósculo de despedida, pareciendo al juntarse un par de cerezas enredadas...



## CAPÍTULO III

### Sigue la historia

Aurea a Suiza, y Aurelio al Alamo: era éste un pueblecillo situado a dos kilómetros del monte, en cuya escuela iba aprendiendo el hijo del guarda las primeras letras.

Desde un principio mostró el niño admirable disposición para el estudio. El maestro hallábase asombrado: ¡Qué memoria! Recitaba las islas, el curso de los ríos, la ramificación de los diversos sistemas orográficos. Sabía quién fué Chindasvinto, Recesvinto y Carlos V. Cantaba la *vara de Burgos*, y decía como ninguno, sin *asar*, el presente de indicativo del verbo *asir*.

Pero su predilección era el Catecismo y la Historia Sagrada. ¡Ah, el Catecismo! ¡la Historia Sagrada!... ¡Con qué respeto hablaba de Dios Padre, de Dios Hijo, de Dios Espíritu Santo!... ¡Con qué unción decía las *Obras de Misericordia!* —La primera, enseñar al que no sabe; la segunda, dar buen consejo al que lo ha de menester...— ¡Qué bien refería las historias del pueblo hebreo! el Diluvio, la escala de Jacob, Sansón derribando el templo, Judith cortando la cabeza de Holofernes... Y, sobre todo, ¡qué sentimiento desplegaba en los pasajes históricos de la Vida de Nuestro Señor! cuando fué azotado, cuando cayó con la Cruz, cuando bebió la hiel, cuando su Madre, la Santísima Virgen de los Dolores—aquella Virgen que estaba en la iglesia traspasada con siete puñales—lo recibió en sus brazos juntando su faz afligida con la amoratada del Hijo muerto... Aquí lloraba Aurelio.

¡Ah, desde pequeñito se le conoció la afición! cura, quería ser cura. No otra cosa significaban su recogida actitud al ayudar a misa; sus *Dominus vobiscum* dichos a cada instante, sin ton ni son; las bendiciones que

con sus manitas echaba sobre sus padres, sobre sus hermanos, sobre los árboles del monte y hasta sobre los conejos, como si quisiese preservarlos del tiro certero que el guarda les habría de disparar.

¿Y de dónde vinieron a Aurelio aquellos impulsos de consagrarse a Dios; aquél misticismo, sano como los efluvios del toronjil, robusto como las encinas de su monte, no enclenque, no el raquíptico al uso que vemos en la actualidad bajo las bovedillas de esos templitos góticos a la moda? ¿De dónde aquel suave fervor que se escapaba de su pecho como el aroma se escapa de las flores? En su familia nunca hubo ni un sacristán, última palabra de la clerecía. Todos cumplieron honradamente el mandato de Dios: «Creced y multiplicaos». Sus padres eran zafios, burdos; creían, tenían fe, cierto: mas sus creencias resentíanse un poco del espíritu del siglo, que ha invadido en estos últimos tiempos hasta el corazón de recónditas aldeas; no todas las noches se rezaba en su casa el rosario; por efecto de hallarse la parroquia algo distante, no todos los domingos se iba a misa. Eran los conocimien-

tos de Aurelio, ya boyeros de Carranque, quienes al llegar de sus frecuentes andanzas por el mundo le iban dando a conocer el repertorio de las picardías; ya inolorosos pastores, no de Belén precisamente, que tan pronto invocaban a Dios como al diablo; ya, en fin, viejas supersticiosas de Batres que afirmaban haber visto salir a media noche de las troneras del castillo muchas lechuzas, las cuales eran almas de condenados que iban a la iglesia a sorber el aceite de la lámpara con objeto de que no alumbrase a la Santa Cruz...

De Aurelio podía decirse que no lo embaucaron frailes ni monjas. ¡Frailes!... ¡Monjas!... No los querían en aquellos pueblos, que por hallarse próximos a la corte iban perdiendo el religioso alentar de otras más escondidas aldehuelas. No: Aurelio era piadoso porque sí; el misticismo le salía de dentro como salen perfumes del cáliz de la rosa y trinos melódicos de la garganta del ruiseñor. Cuando Dios quiere que un hombre se eleve y transfigure sacándolo del vulgo, no necesita valerse de otros hombres: bástale con abrirle un poco los ojos del es-

píritu haciéndole ver en todas partes, aun en lo insignificante y baladí, *algo* que no *ven* los demás. Así nacieron los poetas, los músicos, los pintores, todos los artistas. ¿Marco desarrollado para nuestras aptitudes? después que la aptitud se defina, luego que Dios nos haya tocado en el alma diciéndonos: «Ve, y *vé*». En estas dos voces, por su forma iguales y por su fondo distintas; en estos dos imperativos que mandan actos diferentes, en cuanto uno es del verbo *ver* y otro del verbo *ir*, se halla el secreto de nuestra felicidad; mejor diré: el *quid* misterioso de nuestra vocación. ¡Ay, si marchamos sin ver! ¡Ay, si viendo no queremos marchar! No nos sustraigamos a los bellos impulsos de nuestras almas, liras que siempre está tocando Dios. Oigamos sus vibraciones y cantemos acordes con su ritmo.

Así lo comprendió Aurelio, y así empezó a cantar el poema de los amores castos que suben desde los pechos fervientes al trono del Altísimo en ráfagas tan olorosas, que a su lado hasta el incienso parece perder su efluvio.

Aurelio, debido a la influencia del señor

marqués, que por cierto no apoyaba mucho estas nobles pretensiones, entró de fámulo en el Seminario a la edad de catorce años —esa edad en que la flor de la inocencia comienza a perder sus pétalos—y aquella decisión del mozo fué un vislumbre de felicidad para sus padres, que vieron en él al futuro canónigo, quizá un obispo de campanillas que con el tiempo los pasease por la ciudad en lujosa carretela de cortinas moradas.—¡Siempre el egoísmo por delante como heraldo de nuestra mísera condición!

Mas no sería así: Aurelio despreciaba el fausto, la vanagloria siglera, y solo pensaba en hacerse cura de almas para llevar muchas al cielo, soñando con la parroquia de algún pueblo donde conocido de Dios y desconocido de los hombres, transcurriese modesto sus días practicando el bien.

Así las cosas, Aurelio concluyó su carrera con aprovechamiento notable. Ya lo hemos visto: ya sabemos que le falta un año para echar celestiales bendiciones en nombre del Omnipotente, que escoge casi siempre a los humildes para las más altas empre-



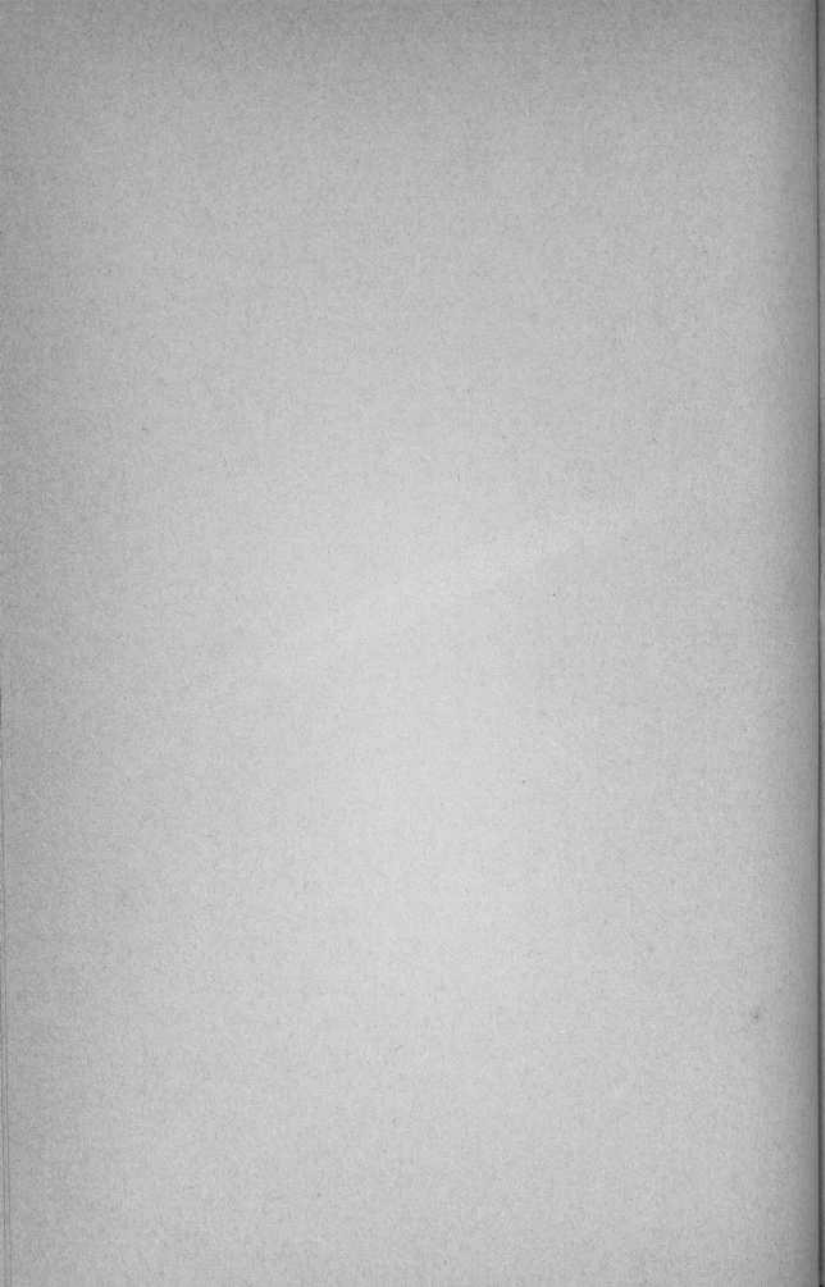
sas. Al marqués, lo dijimos hace un momento, como hombre despreocupado e indiferente, no le agradó mucho la resolución del mozo. Más le hubiese gustado que aquella arrogante figura se cubriera con el vistoso uniforme militar, y por eso, cuando en un rasgo caritativo lo redimió del servicio de las armas, al hacerle entrega en Madrid de los seis mil reales, le dijo mirándolo desde arriba a abajo: —¡Lástima, Aurelio, que vayas a vestirte de cural Ese cuerpo está pidiendo a voces pantalón y guerrera de húsares. De ser nieto mío no cantas el *prefacio*. ¡Qué! ¿te ríes?... ¿No llevo razón? ¿No es una lástima sacrificar la estética de esa briosa escultura a los feísimos pliegues de un hábito clerical? ¡Bien majo estabas al retratarte el otro día con el traje de guarda que, cuando repican gordo, se pone tu padre!... ¿Eh?... ¡Mírate ahí!— Y el marqués señalaba el retrato que, sobre una repisa, mostraba a Aurelio vestido con amplios calzones encerrados en airosas polainas, chaqueta cruzada por dos filas de gruesos botones en cuyo centro resplandecía la corona del marqués, y ancho fieltro de escarapela y alas caídas

que sombreaba admirablemente su rostro, dándole aspecto de uno de esos pintados cazadores, orgullo de la escuela flamenca. —¡Ehl ¿qué tal? Ya lo dijo el conde de Fuensagrada, tu retratista, *amateur* fotográfico que no se entusiasma por cualquier cosa: —Ese chico es una gran figura; haría buen modelo; lléveselo usted á Villegas, que los paga muy bien—. ¿Tú no sabes quien es Villegas? ¡un pintor, muchacho, un famoso pintor! Veo que estás ignorante de todo; allí en el Seminario no te enteras de lo que pasa por el mundo... ¡Pobre chicol... Mira: deja la carrera si quieres; yo te costeo otra. ¿Por qué no entras en la milicia? ¿Deseas ir a Toledo, a Segovia, a Valladolid?... ¡Pocas conquistas que harías!... ¡No te ruborices!... ¿Te pones colorado? ¡Demonio de chicol... ¡Parece una colegiala!... ¡Más pudoroso que mi nieta!... Oye: ¿Te acuerdas de mi nieta?... Hace algún tiempo que no la ves por el monte: pronto la traeremos. Ya es una moza... ¡Anda, anda, márchatel... ¿Qué sabes tú de mozas ni de... ¿cuántos piropos has echado a las mujeres?... ¡Ay, cuando yo tenía tu edad!... En fin, después de todo, sé

cura: ya tendré quien rece por mí... ¡El canónigo, el arcipreste, el patriarca de las Indias que nos va a salir en Batres!... ¡Lo orgullosa que estará la Antonia!... Y tu padre, ¿qué? ¿soltará la escopeta?... Será menester ir pensando en un sustituto... ¡Ea, adiós! Ya nos veremos por el monte.

Así, entre burlas y veras, fué pasando la vida colegial de Aurelio. Todas las proposiciones del marqués para emprender otros estudios, las rechazó. Toda advertencia referente a los graves peligros morales que acarrea al sacerdote la obligada abstención de avasalladoras exigencias orgánicas, martirio y deleite del ser, la agradeció Aurelio profundamente; mas viéndose y juzgándose con fuerzas necesarias para resistir y no imitar al clérigo escurridizo, determinó seguir adelante, la mirada fija en su ideal...

De esto precisamente hablaba a su amigo el poeta, una de aquellas mañanas en que lo tenía de huésped. Y noto que charlando de Aurelio, de sus padres, del marqués y de la duquesita (a la que sin duda ya tendréis gana de conocer), nos hemos olvidado de nuestro amigo Luis. No lo dejemos.



## CAPITULO IV

### Vida campestre

Sentó muy bien al poeta la nueva vida: sus mejillas enrojecieron, sus pómulos se llenaron, y sus piernas, con el continuo ejercicio, adquirían vigor. Tomábase por las mañanas un tazón de leche, fresca, pura, acabada de ordeñar; y luego, a eso de las once, el plato indispensable: conejo. Porque allí, ya se sabía, el conejo era la vaca; o sea, que ésta era sustituída por aquél. Conejo por tarde y noche; asado, frito, cocido, dorado y sin dorar. ¡Siempre conejo!—¿Cuántos ha traído usted, padre?—preguntaban las muchachas al señor Agustín viéndolo aparecer con el arma al hombro.—Dos, cuatro, seis... (según el

acierto de la puntería)—contestaba el señor Agustín, descargándose del zurrón, abriéndolo y mostrando por las débiles patas los substanciosos animalillos, que al impulso del vaivén movían sus graciosas orejas y enseñaban unas pupilas muy tristes...

Y con los trozos de aquella caza que la señora Antonia guisaba tan rebién, Luis bebía sendos tragos de vino, no sin vencer cierta repugnancia causada por el modo especial de repartirlo. Era éste: llenaban de la bota un gran vaso que daba vueltas a la mesa, bebiendo cada cual según su antojo. El poeta, educado con remilgos, escrupuloso en demasía, miraba con alguna prevención el vaso a través de cuyo empañado cristal iba la raya del líquido poco a poco descendiendo; más al fin, cuando le llegaba su turno, lo cogía, empinaba el codo, y... ¡hasta verte, Cristo mío! se acostumbró. A lo que no pudo acostumbrarse, fué a comer del mismo plato. Tenían que servirle aparte. Aquella fraternidad, aquel bullicioso cuchareteo de niños, jóvenes y ancianos en la misma fuente; esa costumbre de los humildes, que dispuestos a amarse, a compartir entre sí lo de todos

ellos, hacen plato común de la cacerola que lanza sus resoplidos en el centro de la mesa, no podía, a pesar de su espiritual encanto, domeñar las escrupulosidades del poeta, hecho a vivir en atmósferas caldeadas por otras lumbres.

Fuera de esto lo demás iba bien. Aunque grosera llevábase una existencia deportiva. Se cazaba, se pescaba, se hacían excursiones a las aldeas y villas próximas... vamos, el deporte en sus alboreos.

Luis no disparó ni un sólo tiro. Siempre iba de ojeador: dando con una vara larga en las peñas, en los jarales, en los árboles... Tampoco se atrevió a pescar. Los demás se zambullían en el agua; una balsa oculta entre mimbrales que extendía su matiz verdelechoso, formado por las lluvias del invierno, allá en fresca hondonada del monte. Sistema de pescar muy característico. Uno llevaba el aparato consistente en cierta especie de semicasquete esférico: dos palos largos que se comban, pasando aquél sobre éste a manera de nervadura gótica; por la parte inferior, a los cuatro extremos de los varales, sujétase la red. El pescador hundía en el agua la rús-

tica *máquina pesquera*—invento acaso de los tiempos bíblicos—y los otros compañeros, nadando hacia la misma, manoteaban con fiereza en la balsa a fin de llevarse por delante los asustados peces.

Luis nunca quiso mojarse ni la punta del pie. Se estaba en la orilla, tumbado a la sombra, oyendo el gorjeo de los pájaros, el susurro del viento al pasar por el ramaje y la burlona risa cascabelera de la estrecha corriente del Guadarrama. Tenía cuenta de los vestidos de sus amigos. Una vez, el señor Agustín, le dejó su escopeta. Adormilado, como siempre, escuchaba Roldán el vivir del monte. De pronto, un recio batir de alas o despertó. Fijó sus ojos en el punto donde creyó percibir rumor de plumas, y a través de la cortina de mimbres, vió Luis en la orilla de la balsa una paloma torcaz. ¡Qué hermosa! Blanca como el ampo de la nieve, y con ligerísimas manchas cenicientas en el moño. Era aquel día un miércoles, y el poeta, contemplando el rocío gris del ave, pensó: ¿Será hoy el *miércoles de ceniza* de las palomas?

El bello animal, sobre el légamo, de es-



paldas a Luis, miraba atenta el charco: quizá alguna rana le hacía muecas, o acaso en uno de aquellos cristalillos verduzcos se veía el efecto que hacía en su gracioso moño el polvo penitencial.

Se irguió Luis, e instintivamente cogió la escopeta que tenía al lado. Levísima sonrisa, precursora de orgulloso triunfo, dilató sus labios. La paloma estaba allí, a dos pasos... ¡Buena caza! ¡Ah, cómo se admirarían Aurelio y todos los del monte!... ¡Una paloma cazada por él!

Y Luis, fluctuando, se decidió: apoyó la culata junto al hombro; cuidadosamente deslizó el cañón entre los mimbrales; entre los mimbrales asomó la cabeza... ¡éxito seguro! la paloma no se movía; la paloma aparecía contemplando la balsa, iluminada por el sol. De vez en cuando introducía el pico entre las plumas de sus alas de nieve, rascándose llena de gracia. El poeta ladeó un poco el cuello, perfiló la puntería, llevó el dedo al gatillo, y... se detuvo. Una pregunta encantadoramente pueril, cáscara de exquisito fruto de compasión, floreció en su mente:— ¡Animalito!... ¿Y si la mato?...—Y Luis, para

no caer de nuevo en la tentación, agitando fuertemente las ramas, gritó:—¡Of, of, of!...

Asustada la paloma sacudió el plumaje y se perdió entre las encinas. Y el poeta, sin presumirlo, entonó un canto a la libertad:—¡Vuela, vuela paloma blanca! ¡No dejes de extender tus níveas alas hasta morir! ¡Quien te puso la ceniza en la frente paralice tu corazón!... ¡Vuela, paloma blanca!...

Cuando se lo contó a Aurelio, éste, a men de burlarse, le riñó: ¡lástima de paloma viva!... El tacto espiritual de Aurelio no acertaba a descubrir el fino pulimento de las delicadezas agudas. Aunque no era adocenado incurría muchas veces en la vulgaridad. Y así, para él, hubiera sido mejor descerrajar un tiro al ave, verla caer agónica en el suelo, cogerla, llevarla a casa, quitarle las plumas, y, ¡ramplona conclusión! echarla en el cocido. Para Luis, no. Luis sacrificaba el gustillo de ese caldo sustancioso, porque la paloma volase, alegrara el nido de una encina vieja, diera su pico al palomo, y se recostara sobre los débiles polluelos prestándoles suave calor...

Atesoraba lástima tan grande el corazón

de Luis por todo lo viviente, que ya alguna vez rayaba en lo ridículo. Cuando iban de excursión a los pueblos limítrofes, siempre llevaban un borrico y un caballo. Aurelio, como buen ginete, montaba el jaco, ladino y rezongón. El borrico era para Luis. Se desesperaba Aurelio teniendo que marchar casi a la par del burro, que maldito si adelantaba un paso.—¡Dale con la vara!—decía a Luis—¡híncale la punta del pie!—Luis no hacía sino descansar su varilla de fresno sobre el lomo, y en cuanto a los pies los dejaba inmóviles, o, cuando más, hostigado por las voces de Aurelio, rascaba los corvejones suavemente, siendo mejor que castigo una caricia retozona que fomentaba la habitual pereza de la pesada cabalgadura.

Aurelio, viendo la inutilidad de sus avisos, se apeaba, y entonces... ¡madre mía! con la misma vara de Luis descargaba sobre el bicho tan descomunal paliza, que el burro emprendía larga carrera, mientras Luis, afianzándose, lamentaba en sus adentros:—¡Animalillo!...

A su compasión por el burro debió un baño muy regular en el Guadarrama, al va-

dear éste para ir a la *mimbrera*, lugar en donde pelaban mimbres, con objeto de venderlos luego los hijos del señor Agustín.

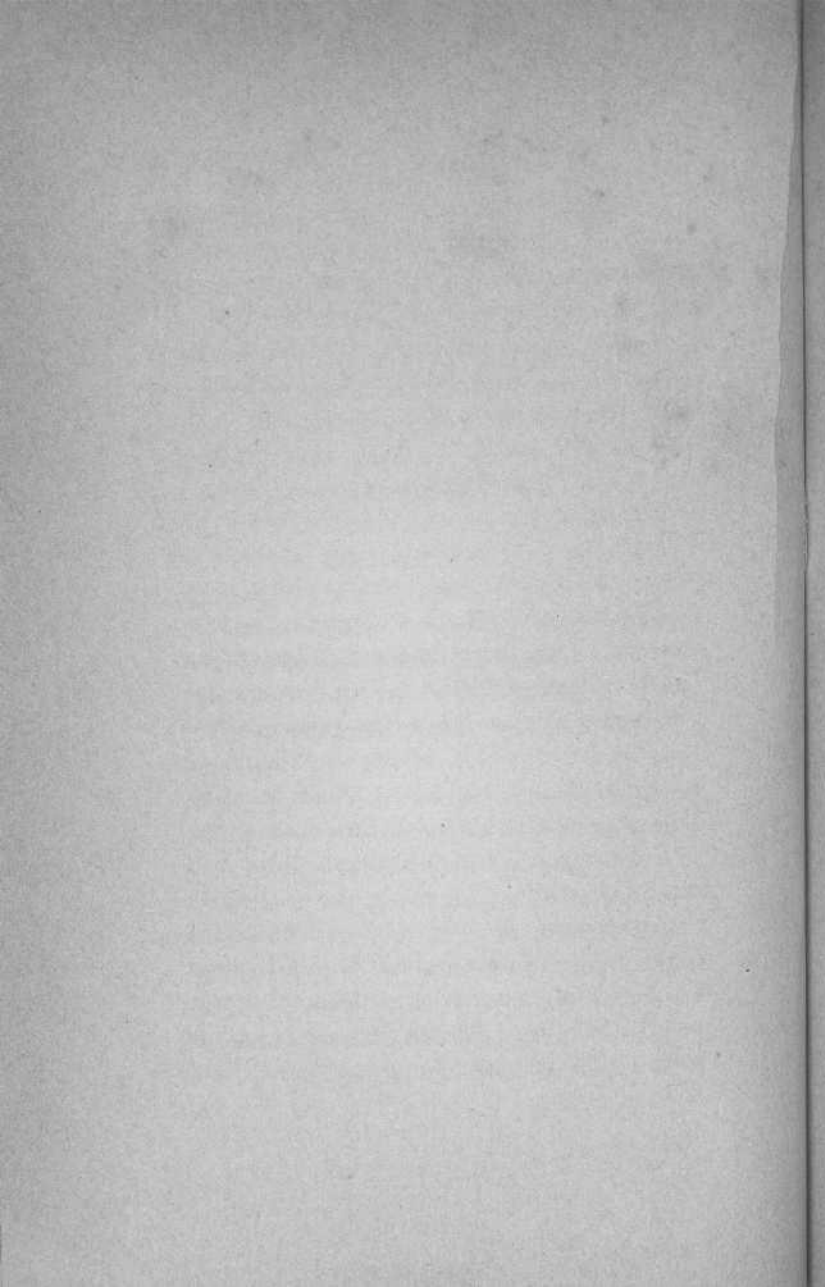
Aurelio en su jaco, y en su jumento Luis, ambos marchaban por el cristalino lecho del río, camino del mimbreral. No sé qué sucedió con la caballería que montaba el poeta; ella se detuvo.—¡Arrel... ¡Arrel...—gritaba Luis.—Aurelio, que ya iba cerca de la orilla, retrocedió y descargó tan formidable palo al remolón del bicho, que éste salió de naja bamboleando el cuerpo del poeta, el cual, todo asustado, arrugaba y desarrugaba el entrecejo como quien ve visiones.—¡Agárratel...—vociferaba Aurelio—¡Tírale de las orejas!...—¡Va a ser peor!... ¡Le voy a hacer daño!...

Sucedió que Luis dió media vuelta y cayó al río, mientras el burro ganaba la margen enredadas sus patas en el ramal. Se puso Roldán hecho una sopa, y para colmo de desventuras tuvo que oír la filípica de Aurelio, que con todo su misticismo estaba en aquel momento dado a los demonios.

Cuando llegaron a la choza bajo la cual pelaban mimbres los hermanos de Toro, fué

estupenda la algazara que se produjo. El poeta pasó al interior de la cabaña y allí se desnudó de sus mojadas vestiduras. Después se arrebujó en una manta, y así, invitado por su amigo que ya mostraba mejor semblante, marchó junto a una fogata levantada en su obsequio por Ramón (el de las jotas) cerca del chozajo, y desde allí, viendo la operación que efectuaban con los flexibles y correosos tallos de los mimbrales despojándolos de sus hojas, aun tuvo humor para compadecerse de las tiernas varillas, antes pomposas en la ribera recibiendo el beso del cristalino arroyo, y ahora desnudas de su verde atavío y hacinadas en montón para ser vendidas por un sucio puñado de cobre...





## CAPITULO V

### La Duquesita

Como veis, la vida de Roldán se deslizaba entre graciosas peripecias. Una de las tardes en que sesteaban los dos por aquellos vericuetos, oyeron la voz de una bocina. Aurelio se asustó: era la bocina que tocaba su madre al ocurrir alguna novedad. Aquella bocina sonaba en muy contados casos.

Había razón porque temblase Toro: una vez, la bocina llamó, y era que a la pobrecita de su hermana Matilde se le prendieron las ropas junto al fuego; cuando llegaron, apesar de los esfuerzos de la madre que, desesperada, loca, hizo heroicidades sublimes por salvarla, la niña era una pavesa, un carbón.

La bocina clamó otra vez, y era que el abuelo se moría. Siempre tocaba a luto, a duelo, a quebranto; a felicidad nunca.

Repito que Aurelio se asustó; y emprendiendo veloz carrera dejó atrás al amigo, que apenas si lo podía seguir. La bocina seguía tocando. Después calló y no volvió a oírse.

Al llegar a la cumbre fué grande la sorpresa de Luis percibiendo, en vez del llanto y desolación que le hacían sospechar los temores de Aurelio, frescas y juveniles risas.

Formando pintoresco grupo, encantadora hermandad de señorío y villanía, veíanse congregados en la desigual explanada de la casa del guarda, a éste, su mujer, sus hijos, un señor de edad proveya, y una joven, que por su belleza gentil y blanca, parecía fresco manojito de erguidas azucenas acabado de cortar para trasladarlo a un búcaro.

Entre ellos Luis, Aurelio presentólo con frases de rústica sencillez al anciano, que no era otro sino el ilustre marqués de las Contiendas, y a su nieta, la señorita Aurea de Mazarrondo, duquesa de Sotoperales.

Se cambiaron los saludos de rigor, y en



un abrir y cerrar de ojos el poeta examinó a la aristocrática muchacha. Debería contar de dieciocho a veinte años. Vestía traje de muselina blanca, de manga corta, cuyos encajes color crema le hacían cosquillas en un codo finísimo, remate digno del brazo, espiritual casi por su elegante delgadez. Ancho sombrero de paja rodeado por guirnalda de margaritas caía sobre sus sienes en donde flotaban descompuestos rizos rubios. Eran sus ojos de un azul muy leve y de un mirar muy dulce, y en sus nevados pómulos se transparentaba ligero matiz de rosa, como si ardiese una bujía detrás de un papel de seda.

Había llegado en mula, porque no muy lejos se mostraba hermoso ejemplar luciendo sujeta al albardón jamuga primorosa, manta zamorana de rojos madroños, y plateados estribos.

—¿Con qué pagaré yo esto, madre mía, con qué lo pagaré?—se preguntaba en voz alta la Antonia— ¡Digo! ¿Le parece a usted?... ¡Venir a visitarnos la señorita duquesa!...

—Vamos, calla, mujer...—atajaba con el dulce metal de sus palabras la bella aludida.

—¿Es la primera vez que vengo?

—No... pero entonces la señorita era una niña.

—¿Y qué? ¿No pueden venir más que las niñas a tu casa? Ea, déjate de tonterías. He llegado al monte a pasar una temporada; he querido recorrer hoy con el señor estos alrededores; he pasado por aquí, te he visto y... eso es todo.

—¡Ha venido a visitarnos!...—repetía admirada la madre de Aurelio mirando al poeta.—¡A visitarnos!...

—Pero boba, ¿qué tiene de particular que yo venga a verte a ti y a tus hijos?... ¡Mira, qué bonitos son!...—modulaba la duquesa haciendo revolotear una de las palomas de sus manos sobre la alborotada cabellera del rubín más próximo.

—¡No los toque la señorita, no, que se podría manchar!... Están muy sucios, señorita, muy zarrapastrosos... Como nos ha pillado la señorita así tan de improviso... pues...

—No te preocupes, mujer. Estos no los conozco... ¿cómo se llaman?

—Juanito, Pepito, Gregorín...—respondía azorada la madre mientras los limpiaba con

un pico de su delantal.—Son muy malos, señorita...

—María está hecha una mujer, lo mismo que Rosario y que Mercedes... ¿Quién se va a casar primero?

—Se acuerda la señorita de todos nosotros—expresó Agustín.

—¡Claro!... ¿Y vosotros, os acordábais de mí?

—¡Mucho, señorita, mucho! —decía rebotando satisfacción Antonia.

—¿Qué tiempos aquellos, cuando jugábamos en mi patio!.. ¿verdad?

—¡Ya lo creo!...—mascullaba confusa una de las muchachas.

—¿Y Aurelio, canta misa?

—El año que viene; se lo comunicaré a la señorita.

—Tendré mucho gusto en asistir... Ya te haré un regalo.

—Gracias, señorita.

—¡No me llames así, hombre!... ¡Qué respeto te ha entrado de pronto!... ¿Tan vieja estoy?...

—¡Oh, no!...

—¿Ya no te acuerdas de lo mucho que te

hacia sufrir cuando me encoraginaba contigo?... Pero luego hacíamos las amistades.

—¡Es muy buena la señorita!...—afirmaba Antonia.—¿No ha visto la señorita a mi hijo vestido de cura? Con la sotana está hecho una persona respetable.

—Vé a casa un día para que te veamos.

—Sí que irá, señorita.

—¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos, Aurelio?

—Unos seis años...

—Eso es. Ya entonces eras tú un hombrequito, muy pulido, muy educado... El Seminario te barnizó un poco... Y no lo tomes a mal.

—¡Oh, de ninguna manera!—se adelantó a contestar por su hijo la madre.

—¿Y tienes mucha vocación?

—¿Que si tiene vocación?—exclamó el marqués.—¡Más que un San Pedro Nolasco! Este muere en una cartuja.

—¡No, cartujo, no!—interrumpió la Antonia,—obispo, señor marqués.

—Bueno, pues obispo, y si es poco, Nuncio de Su Santidad.

—¿Y usted—interrogó la duquesa diri-

giéndose a Luis—tambiér. canta misa al mismo tiempo que Aurelio?

—Probablemente... — contestó el poeta, quien por comparecer en aquella guisa de traje palurdo ante mujer tan bella y distinguida, se hallaba algo confuso.

—Conozco a usted un poco de nombre. Allí en Neuchâtel hay una Madre española entusiasta por los versos. Le sucede lo que a mí: yo no puedo leer una buena poesía sin conmoverme. Esta religiosa recibe periódicos de la corte, y en uno de ellos leí su famosa composición. La escribiría usted llorando... ¿No conoció usted a su madre, verdad?

—No, señorita—repuso afligido el poeta.

—Yo a la mía tampoco. Usted en sus versos no se atreve a definir la madre. ¿Por qué no lo preguntó a Aurelio? El quizás le hubiera dado una definición.

—No;—expuso el marqués—yo creo más difícil saber lo que es una madre a quienes la poseen que a los que no la conocieron. Estos últimos, más o menos, saben que es una mujer. Pero aquellos que tuvieron la dicha de recibir en el rostro los besos de la

maternidad no aciertan, en rigor, a comprenderlo. Por mí lo juzgo: ¡mirad que me han besado mujeres!... (y el marqués sonrió con graciosa malicia) pues nada: con la dulzura y sonoridad de los besos de mi madre no hay besos en el mundo. Es una nota que sólo ellas dan. Y dejemos ya la charla y vámonos, que anochece y no va a darnos de cenar Agustín.

—Ya sabe el señor—ofreció humildemente Agustín—que todo cuanto hay en la casa es suyo.

—Bueno, hombre, bueno. ¿Aurea?

—Sí, vamos. ¡Hasta la vista!... Y perdona, Aurelio, el susto que te he hecho pasar tocando la bocina. Que vayas por casa. Y si usted lo acompaña—dirigiéndose a Luis—nuestra satisfacción será doble. ¡Ea, adiós!...

—¡Vaya con Dios la señorita!... ¡Que viva mil años la señorita!...—gritaba jubilosa-mente Antonia.

—Sube, sube en la mula,—decía el abuelo precediendo a su nieta.

—¿El señor va a pie?—preguntó Agustín.

—A pie; ya sabes que estoy ágil y me

gusta andar mucho. Así me entreno para la caza, que se va acercando.

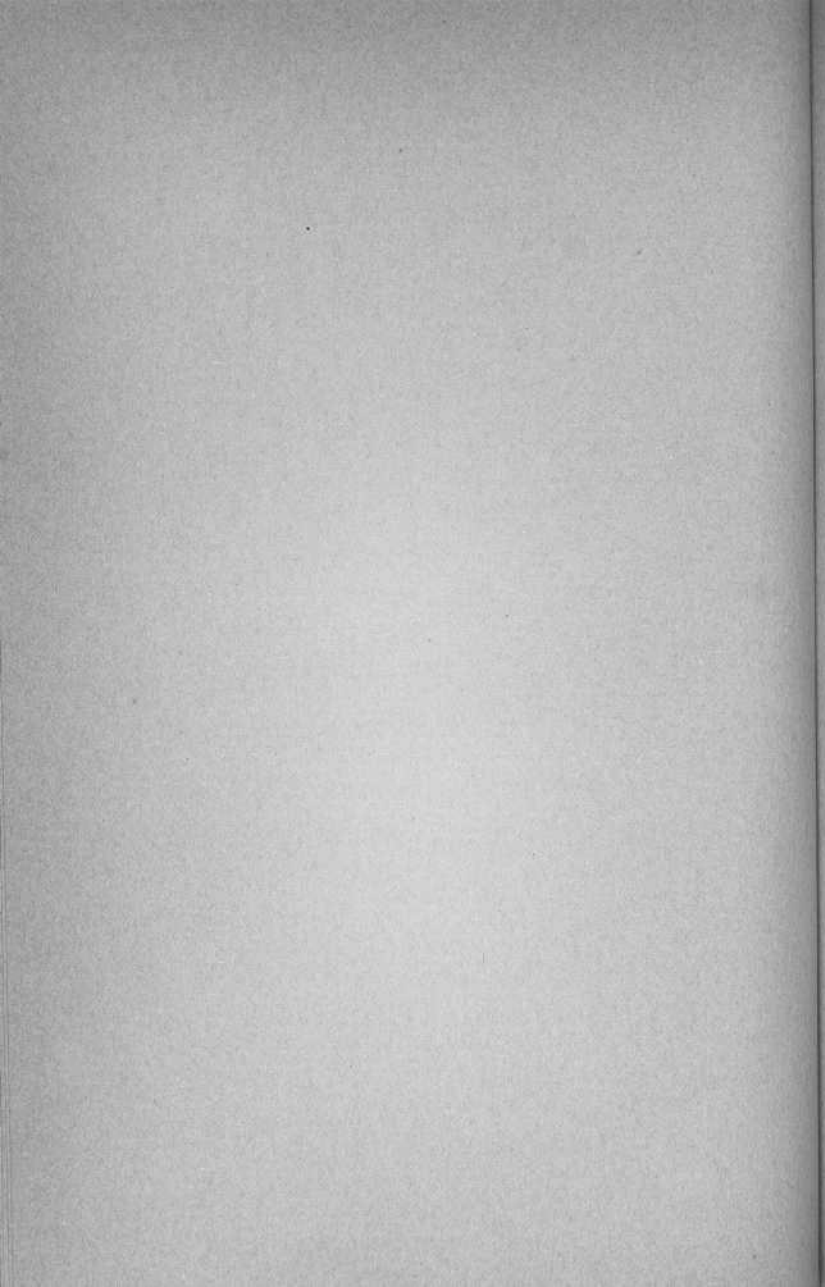
—¿Quiere el señor que lo acompañe?

—No, ¿para qué? Si nos vamos derechitos a casa y está muy cerca.. Vaya, hija, sube. Te enamoraste de la mula y...

—Para pasear por aquí, me gusta más que el caballo.

—Bueno, ¡pues arribal!..

Aurea saltó ligera sobre el animal, que relinchó de gusto al recibir tan dulce carga. Un aire blando subía por las encinas y llegaba hasta el sombrero de la duquesa agitando las flores de sus alas. La luna, avanzaba y perfilaba el elegante busto de la niña, tiñendo su faz y sus brazos de suave palidez...





## CAPÍTULO VI

### En casa del marqués

A los tres o cuatro días de esta ilustre visita, un servidor del marqués llevó a casa de Aurelio la esquila siguiente:

«Aurelio:

Mi nieta y yo tendríamos mucho gusto en que vinieras un día a comer con nosotros. ¿Podría ser mañana? La señorita duquesa recuerda los tiempos antiguos, y ya que no es posible resucitar las deliciosas travesuras de la niñez, quiere evocarlas de sobremesa. Que te acompañe tu amigo, y así le escucharemos alguna cosa. A mi nieta le gustan mucho los versos. Hasta que no lleguen los ca-

zadores, esto no se animará; de modo que nos haces un gran favor viniendo a *alegrarnos la existencia*. El campo sin gente es muy aburrido. No te confundas ni te llenes de agradecimiento. Quien va para obispo bien merece esta insignificante distinción.

Hasta mañana, pues.

*El marqués de las Contiendas.»*

Imposible describir la satisfacción que causó esta carta en la familia de Aurelio. ¡Ahí es nada!... ¡Comer con el señor marqués y la señorita duquesa!...

—¡Lo que son los hábitos!...—reflexionaba ufanamente en voz alta la señora Antonia.—¡Lo que es ser cura!... ¿Cuándo alcanzará esto tu pobre hermano Ramón?... ¡Digo!... ¡Digo!... ¡Comer en casa del señor marqués!... ¡Jesús!... ¡Y quién sabe si el día de mañana comerás en palacio con el rey!...

—Calle usted, madre.

—De menos nos hizo Dios, hijo mío, y por algo se empieza. Mira cómo ya te buscan. ¿Qué dice usted a todo esto, señor poeta? ¿Verdad que vale mucho mi hijo? ¿Ver-

dad que esa invitación es muy honrosa? ¡La primera vez que va a comer allí, y frecuenta la casa desde que era un renacuajillo!... ¡Ah! entonces, ibas a la cocina para tomar lo que querían darte los criados; ahora... ¡ahora en la mesa de los señores como un príncipe!... Y a usted también lo invitan, señor poeta... ¿Qué, qué dice usted a todo esto?...

El poeta no contestaba; creía adivinar el verdadero alcance de aquella invitación: un viejo y una joven que se aburren y buscan la manera de distraerse un poco. Aurelio y él eran, accidentalmente en el monte, las personas con las cuales se podía tratar algo. Además, el aliciente de escuchar unos versos recitados por su mismo autor, no del todo ignorado, aumentaba el atractivo para hacer el convite.

—Ea,—continuaba la verbosa madre— pues a ir mañana, y muy limpios. Tú, María, enjabona un par de alzacuellos; y tú, Mercedes, saca los zapatos nuevos de tu hermano y ponlos como un espejo de lucios. Rosario, hija, no te estés con las manos cruzadas... vé por el sombrero de pelo, y con el cepille chiquito, péinalo cuidadosamente.

Yo voy a repasar la sotana y el manteo, no vayan a tener alguna mota.

Y Antonia, ágil, diligente, activa, iba de un lado a otro, disponiéndolo todo para aquella minucia del convite que, de rechazo, caía sobre ella cual mole de magno acontecimiento.

A la mañana siguiente, los dos amigos, muy pulcros, muy aseados, muy compuestos, se encaminaron a casa del señor marqués. Anunciados por un viejo servidor, ambos entraron al despacho del prócer, que los recibió con su acostumbrada llaneza y afabilidad.

La duquesita se presentó a poco vistiendo su predilecto color blanco; los cabellos, desnudos de todo adorno, virgíneos y áureos, brillaban con la claridad de aquel hermoso día de Septiembre, y parecían robados al blondo pelo de una *madonna* rafaelsca.

— ¿Qué te parece el futuro cardenal?— preguntó el marqués a su nieta, señalando a Aurelio.

— ¡Muy bien!... ¡Le cae muy bien esa ropa, sobre todo el manteo!...

—Es la única prenda clerical que me gusta, por lo que tiene de torera.

—¡Pero que muy bien!—repetía la duquesa mirando a Aurelio desde arriba a abajo.

—¡Phs!...—decía Aurelio,—puedo pasar.

—¡Cualquiera te conoce!... ¿verdad, abuelo?

—¡Ah! pues mejor hubiera estado vistiendo un uniforme de húsares. Bastantes veces que se lo he dicho; pero él se empeñó... ¡En fin, a lo hecho pecho!

—¿Qué quiere el señor?. Desde niño me agradaba...

—Sí, hombre, ya lo sé; no hablemos de eso. Mirad, he pensado—expuso el marqués consultando su magnífico reloj—que mientras nos avisan para la mesa podemos echar un vistazo a la casa. Aurelio la conoce, pero no usted. Advierto a usted que no es ninguna maravilla, y que yo, con mis asuntos, la tengo algo descuidada. Me tendreis que dejar pasar delante.

—Usted nos abruma con sus finezas, señor marqués,—murmuró apartándose respetuosamente Luis.

El abuelo y su nieta iniciaron la marcha,

y detrás de ellos siguieron los dos seminaristas.

La habitación donde primeramente ingresaron respiraba severidad con el nogal de su vestido.

Cual filigrana de una gran tienda de antigüedades, aparecía en el centro dorada mesa con tapa de cristal. Defendidos por la transparente cubierta se ofrecía allí a la admiración del visitante un caudal de preciosidades artísticas; un *totum revolutum* de cosas lindas, raras y viejas: vitelas de abanico, finas cajitas de rapé, figurillas de Sevres, aros con dijes, un rosario de ágata, un Cristo de marfil... todo en confusión deliciosa, en encantadora familiaridad.

En el techo, un águila disecada que mató el marqués, sostenía de su corvo pico la cadena de una lámpara de cobre. Enorme brasero, rubio como llamas, interceptaba el paso. Sillones frailunos de cuero cordobés hacían pensar en antiguos inquisidores encapuchados. El oro raspado de tres o cuatro viejas cornucopias resplandecía sobre el tono sombrío de las paredes. En un ángulo, encima de salomónica columna, atraía con sus

ojos vidriosos una escultura de San Francisco de Asís...

Llegaron a la sala amarilla, toda cubierta por rica tela de damasco. Pesados cortinones triangulaban las puertas; entre balcón y balcón, largos espejos de churriguerescos penachos daban salida a brazos luminosos; en un rincón se alzaba un tíbor, por cuya panza de cobre oxidado subía cogiéndose a guirnaldas de flores un grupo de traviosos amorcillos; dos arañas, en sus gruesos borlones de cristal, recogían el polvillo policromo del iris; grandes retratos al óleo mostraban linajudas damas de amplios escotes y peinados de raya en medio, así como varones de pelucas empolvadas e inmensas chorreras de fino encaje.

Pasaron a otra habitación muy vacía de adornos: dos consolas de mármol con aplicaciones de bronce dorado, y un tapiz en el testero de enfrente, era lo único que allí se admiraba; bien es verdad que todo ello tenía gran mérito.

—Esta sala,—expresó el marqués—restaurando su artesonado y adornándola con muebles de época, que muchos y buenos

tengo en Madrid, ganaría bastante. ¡Pero soy tan abandonado!... Mire usted ese tapiz: vale la pena de fijarse en él.

El poeta se adelantó y examinó la obra artística.

—Aurea, descorre un poco esa cortina, que entre más luz.

Obedeció la joven a su abuelo, y la claridad, filtrándose, iluminó la tela. Era un idilio. La escena representaba una entrada de pueblo. En primer término, una fuente dejaba caer su cristalino chorro; más allá, se diseminaban varias casuchas; y recortando el horizonte, veíanse la torre de una iglesia y las almenas de un castillo feudal. Dos figuras llenaban el lienzo: un arrogante soldado y una garrida moza; ésta, sostenía un cantarico a la cintura; vestía saya corta de vivos colores, y mostraba en su rostro la fresca hermosura de su aldeana juventud. Parecía escuchar complacida las ternezas que al inclinarse iba desperdigando en su oído aquel fino galán, el cual se acicalaba con bello calzón corto, jubón acuchillado en cuyo fondo resaltaba la cruz calatraveña, y chambergo de alas caídas y caracoleantes plumas, que



daban a la cara, surcada por rizosa barba negra, alternativas de trovero y guerreador. Con una de sus manos retenía dulcemente a la villana, y la otra, en el pomo de una espada, descansaba con gentileza varonil.

—Usted debe conocer a ese,—y el marqués señaló al soldado.

—¿Yo?...

—¿Sabe usted quién es?

—No adivino...

—Un colega suyo, un vate... ¡Y si no, que se lo pregunten al Tajol!

—¡Calle!... ¡Y es verdad!... ¡Si es Garcilasol!...

—El mismo. ¿No ha visto usted en Batres esa fuente?

—Sí, sí...

—Allí estuvo el poeta bebiendo. Nuestro castillo—las almeras que ahí se divisan—guarda una cama donde, según versión más o menos auténtica, reposó una noche este egregio amigo de las musas.

—¡Yal!...

Atravesaron un cuarto de paso, y el marqués, con susto fingido, avisó a Luis:—¡No

mire usted ahí, aunque el cuadrito sea copia notable de un Tintoreto!

Luis comprendió la indirecta y sonrió benévolamente. Se hallaban ante un admirable desnudo. A excepción del rostro, cubierto por antifaz de raso negro, no ocultaba ninguno de sus otros encantos una mujer. Para hacer resaltar más la sonrosada blancura de las carnes, el pintor parecía haber amontonado amplios y rugosos cortinajes de terciopelo oscuro, formando con ellos rico almohadón, en donde se ostentaba el divino cuerpo. Recostado, en estudiada postura de lánguido abandono, se ofrecía: los pies, breves, colgaban con inimitable gracia al borde final del improvisado asiento; las piernas, rozándose suaves, tenían empeño en destacar el nimbo de la tersa y saliente rodilla; los muslos, replegados, iban perdiendo poco a poco su irradiación luminosa, abismándose en lo profundo de una dulce obscuridad; en la nevada y anforina comba del vientre, se notaba el sello de un botón rosa; con dureza de mármol y suavidades y transparencias de fanal, los redondos pechos temblaban; la culebrilla azul de una vena su-

bía al hoyo de la garganta; las manos se desmayaban sobre el almohadón, y la cabellera de ébano encima de los robustos y blancos hombros. Y presidiendo todos estos encantos, el misterio del rostro velado por el antifaz, que solo acertaba a descubrir la comisura sangrienta de los labios rojos y el vivo resplandor de las pupilas negras.

—Este cuadro—explicó el marqués—mejor dicho, el original de esta copia que se conserva en Venecia, tiene su anécdota. Esa mujer fué una ilustre dama, célebre en la ciudad de los *Dux* por su hermosura. Jacobo Robusti, como se llamaba el Tintoreto, muy amigo suyo, expresole el deseo que tenía de trasladar al lienzo sus ocultas perfecciones. Ella se prestó a ser su modelo, pero con la cara cubierta: un antifaz sería la pantalla de su rubor.

—¡Es admirable de colorido y de líneas!... — Luis, echándose atrás, encanutó sus manos, y las puso delante de los ojos. —¡Admirable!...

Aurelio, algo molesto por la insistencia contemplativa de su amigo, quiso distraer la general atención, y acercándose disimulada-

mente a las vidrieras, se atrevió a alabar el paisaje:—¡Qué bonito!...

El poeta deshizo el improvisado observatorio, y repitió, mirando desde su sitio la decoración de los árboles:—¡Qué bonito!

—¡Oh, pues aquí es nada comparado con lo que se ve desde este cuarto!—Y la gentil duquesa, deslizó los jazmines de sus dedos entre los elegantes pliegues de una cortina blanca sembrada a ramos, e ingresó en un gabinete azul.—Mi cuarto de estudios, el más lindo de la casa.

—Un cuarto de damita joven;—hacía notar el marqués fruslerías, bagatelas, caprichillos, antojillos femeniles... ¡Un mundito de esencias, de lazos, de flores y de *biscuit*... ¡Qué mezclanza!, ¿verdad?...

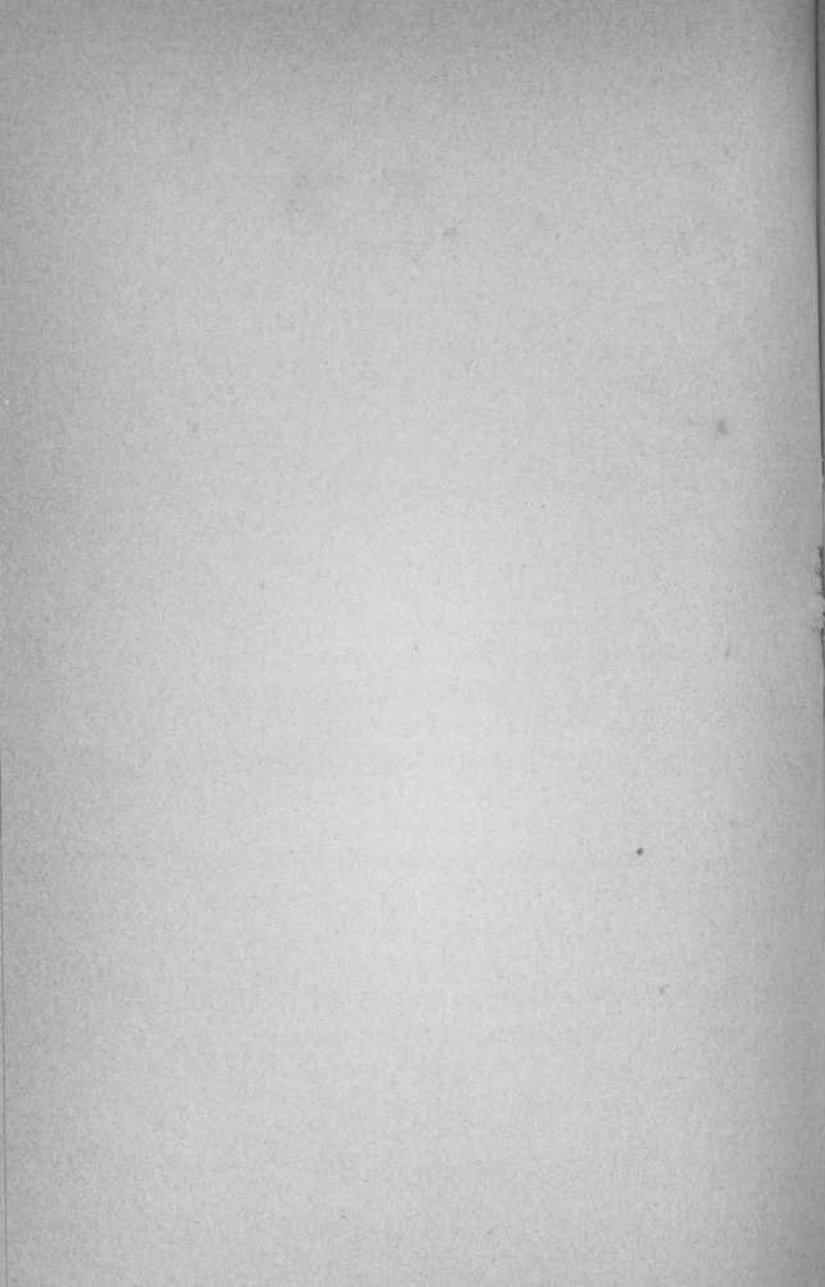
—¡Ah, pero deliciosa, señor marqués!—contestaba Roldán observándolo todo con curiosidad infantil.

—Sí, sí... Ustedes los poetas como llevan esto mismo en la imaginación... ¡Floja mesa—revuelta que será la cabeza de usted.!

—¡Mirad que vistas!—exclamó Aurea dirigiéndose a una ancha ventana, y apoyando sus codos sobre los hierros del barandal.

En efecto, la perspectiva era deliciosa: el monte, rugoso, jiboso, bajaba cargado de encinas, pareciendo gigante sátiro de hercúleas fuerzas, que trasladaba en sus recias espaldas ninfas vestidas de verde para jugar con ellas en las márgenes del río. Este, culebreando plata, perdíase entre los árboles; mas allá, aparecían dos o tres viviendas, blancas e inmóviles, como palomas hipnotizadas. Y más allá, cerca del horizonte azul, el desparramado trigo de una era, semejava el polvillo luminoso de una estrella hecha pedazos.

—Señores—avisó el marqués—me parece que ya será hora de rendir culto al prosaico estómago...



## CAPÍTULO VII

### De sobremesa

Por un momento, durante la comida, creyó Luis que vestía *smoking* o *frac*. No recordaba que la sotana se pegaba a su cuerpo. Su amigo Toro, con disimulada mirada de reconvención, le hizo volver a la realidad.

No, no podía ser obsequioso, galante, fino... En la flor de su edad, todo impresionabilidad y sentimientos, tenía que revestirse con la indiferencia y hastío de la edad senil. Se hallaba enfrente de una mujer muy bella, muy culta, muy distinguida, muy amable... y él, que en su antigua vida de sociedad mundana había gustado mucho de cultivar el *flirt*, ahora se veía cohibido, ame-

drentado, precisado a callar, a comprimirse, a recogerse... ¿Para qué el néctar de aquellos vinos delicados, si la expansión más inocente estaba prohibida, y cada gesto y movimiento había que medirlos con un compás? ¿Para qué la belleza de la gentil duquesita, si aun el mirarla de soslayo complacidamente, constituía un pecado gravísimo? ¿Para qué ya un corazón arrebatado y ardiente, si era preciso sujetarlo y disfrazarlo con máscara de hielo? ¿Para qué una imaginación fecunda, si las flores que ella daba habían de pisotearse por el temor perpetuo del *qué dirán*? ¿Para qué un ingenio vivo en ensartar halagos de oído femenino, si a la lengua se prohibía musicarlos?...

No, no; ¡todo ha muerto!...—pensaba Luis cada vez que la mirada de su amigo le advertía implacable.—¡Qué lástima dejar pasar así los mejores años de esta corta juventud, única que Dios concede al hombre! ¡Qué pena salir al encuentro de la vejez, tan fría y tan larga! ¡Qué crueldad ir contra el tiempo y arrancar por un impuesto capricho las rosas de la vida que ya no vuelven a renacer! ¡Qué tristeza adelantarnos a la muerte,



cuando ella forzosamente tiene que venir!... En presencia de la juventud, de la hermosura, de la gracia... corazón: ¡quieto y no brinques!; lengua: ¡calla y no ensalces!; ojos: ¡cerraos!; fuego: ¡consúmetel; entusiasmo: ¡enfíatelo; alegría: ¡huyel; ilusión: ¡vetel...! Todo el *yo*, húndete en el desencanto y en la inercia! La suerte de tu vivir futuro ya está echada: ¡hambre y frío!.. Desfallecido, ¿y ni una miguita de aquel pan tan tierno? Helado, ¿y ni un segundo de calor siquiera junto a la dulce fragua de la mujer?...—Y al llegar el pensamiento a esta conclusión dolorosa, a lo largo del corazón de Luis, como gota de lluvia sobre la superficie de un cristal, resbaló una lágrima...

Terminó la comida, y la duquesita, mirando a Luis, insinuó:—Ahora, si usted quisiera recitarnos alguna de sus composiciones...

—Sí—prosiguió el marqués—, después de este rato de prosa aguardamos con ansia un momento de poesía. Pero no aquí, donde la necesidad del estómago se satisface, sino en el gabinetito azul, por cuyas ventanas los ojos se recrean y donde se aspira el efluvio

de esta nieta que allí borda, pinta, canta y acaricia el piano.

—¡Qué galante es mi abuelo!

—Pepe — encomendó el marqués a un rígido criado —, sírvanos usted allí el café.

Instalados ya en el cuarto azul y servido el fino Moka en elegantes tazas, Aurea preguntó: —¿Qué va a ser? ¿Aquella composición que me leyeron en Suiza?

—¡Sí, esa! — opinó Aurelio. — ¡Es muy triste, pero muy hermosa!

—Señores, recitaré otra, porque...

—No, no... — insistió Aurelio.

—¡Pero hombre!...

—Bueno, otra — dijo el marqués —; en siendo poesía, todo me gusta. Poesía — recalcó — ¿eh?... Porque los versos, si son como los de Juanito Castropardo... ¿Usted los conoce?

—Algo, sí, señor...

—¡Oh, qué versos!... Yo no sé dónde demonios se mete allí el ritmo. Es bastante amigo nuestro ese Castropardo. Si está usted en el monte para el día de *ribera*, se lo presentaré, porque lo he invitado. Pero, a lo que íbamos: ¿quiere usted empezar?

—Anda, Luis—rogó Aurelio—, la composición que te he dicho.

—Eso; la poesía que me leyó la Madre francesa.

—Sufro mucho cuando la recito.

—¿Sufre usted?

—Sí, señor marqués: es la historia de mis dolores íntimos, y... ¿a quién pueden interesar mis dolores? — El acento del poeta revelaba una honda amargura.— Es crónica de mi niñez, de mi primera juventud. Escribí esa poesía con toda el alma; ¡habla de mi madre!...—Y con mucha emoción en la frase, añadió:—¡Habla de mi madre, que murió cuando yo empecé a vivir!

Sobre el gabinete azul, una lápida de angustia parecía descender lentamente.

—Pero—finalizó resuelto el poeta—escuchad.—Y despacio, comenzó:

Yo tengo un Crucifijo,  
un Crucifijo tengo,  
que beso al acostarme  
y al levantarme beso...

Sonaba la voz como un murmurio lejano;  
voz del alma que, peregrina del dolor, subía

desde muy hondo para descansar en los labios. Ya sentada el alma, por encargo del poeta, seguía contando:

Ocupa de mi cuarto reducido  
el principal testero:  
un trozo de pared donde se apoya  
la cabecera de mi pobre lecho,  
un trozo de pared, sin más adorno  
que la figura de Jesús muriendo...

Esta Cruz, suspensa de un rosario colgadero, acariciaba la azulada veste de una Hermana de la Caridad. Cuando en alas de su santo ministerio, la Hermana voló a América, regaló la Cruz a la madre del poeta en prenda de su dulce cariño, pues

juntas siempre lloraron,  
juntas siempre rieron,  
y juntas, como alondra  
que abandonara de la encina el hueco,  
vieron partir del corazón ligera  
la feliz inocencia de otros tiempos ..

La Cruz fué conservada

como en fina bayeta el oro viejo.

Y llegó a ser la herencia, el recuerdo úni-

co que a Luis dejó su madre. ¡Su madre!...  
El no la conoció.

¡Ay, madre! ¿Cómo eras?

Las personas aquellas que te vieron  
me dicen—¡me decían!...—que tu rostro  
era blanco; dorados tus cabellos;  
tus pupilas azules, muy rasgadas,  
y el corazón, venero  
de acciones generosas,  
de virtudes sin tacha. Madre, ¿es cierto?

El alma peregrina del poeta, que descansaba en los labios, quería desprenderse y ganar la ruta del cielo, para cantar a la mujer del corazón de oro las angustias de su pobre hijo.

La casa vino abajo;  
la miseria llegó con su cortejo;  
se empeñaron las joyas,  
los muebles se vendieron,  
los libros... vino un hombre,  
comprándolos al peso;  
por *una mala copla*, se llevaron  
el cuadro de Coello,  
tu abanico de concha, tu mantilla,  
tu vestido de raso, tu aderezo...  
¡Nada quedó! Tan solo yo, que voy  
el monte del Calvario recorriendo;  
tan sólo yo, que con mi Cruz dorada  
una vez y otra vez caigo y tropiezo..

El marqués cerró los ojos; Aurelio miraba sin ver la altombra; en las pupilas claras de la duquesa comenzó a lloviznar...

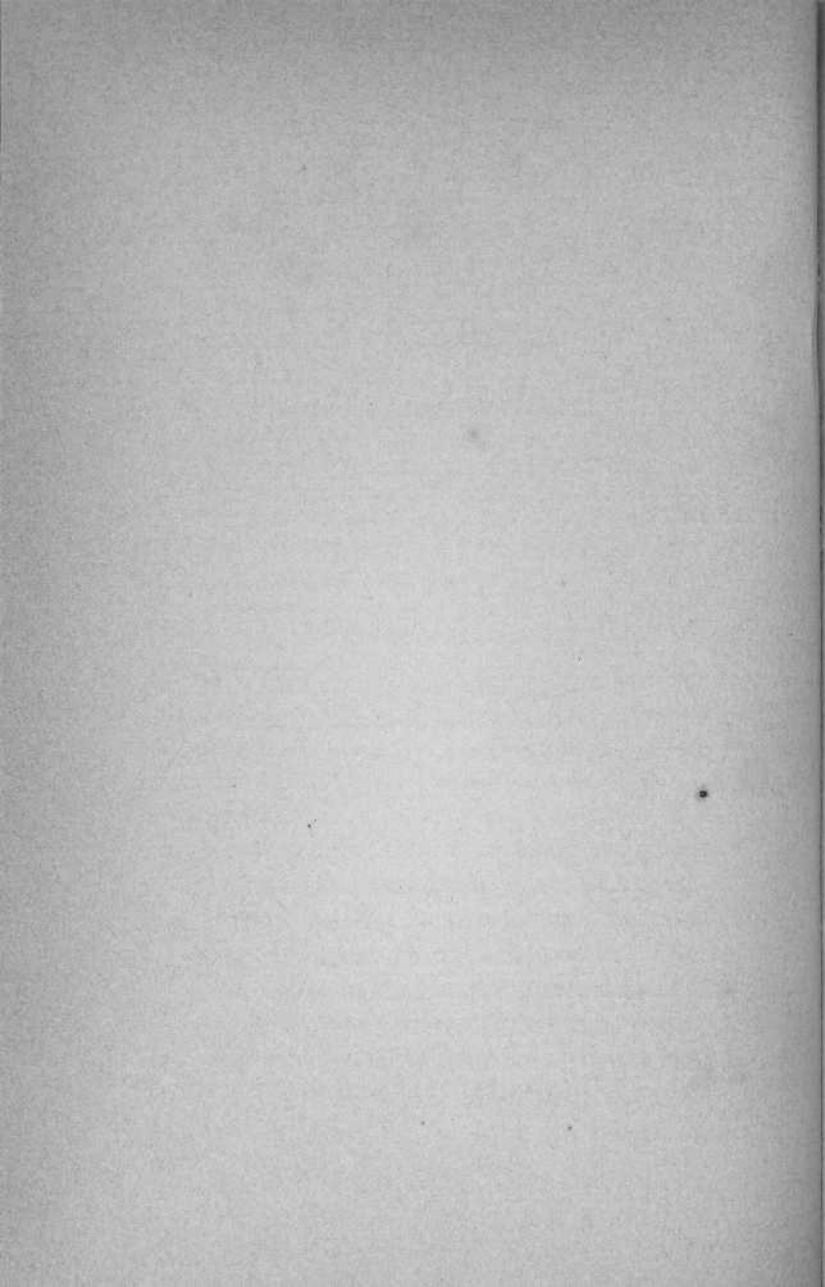
Y el desgraciado vate seguía:

Yo no puedo cantar si no es llorando,  
yo no puedo reír si no es gimiendo,  
que mi musa es más triste que la luna  
alumbrando el tapial de un cementerio.  
Yo carezco de hogar, yo no dispongo  
ni aun de la pobre silla en que me siento;  
yo camino al azar, yo solo voy,  
aunque está el mundo de personas lleno.  
Yo quizás moriré sin que una mano  
mi cara cubra con un fino lienzo.  
Yo quizás moriré sin que el cadáver  
lo pongan mis amigos en el féretro;  
yo quizás moriré sin que una lágrima  
se vierta al contemplar mi helado cuerpo...

Concluyó. Un silencio profundo acogió la última estrofa del poeta: ni un aplauso, ni un parabién... La losa de un sepulcro había caído sobre el gabinete azul. Y para desechar aquello, *aquello* que pesaba tanto en las almas, la duquesita se levantó, corrió al piano, y, estruendosamente, machacó en las teclas el viejo aire de esta *sevillana*:

La novia de Reverte  
tiene un pañuelo  
con cuatro picadores,  
¡olé!  
¡Reverte enmedio!

—¡Al fin me desahogué!... De seguir así,  
¡nos morimos!





## CAPÍTULO VIII

### Amonestaciones

Se iniciaron las despedidas, y ambos convidados, deshechos en frases de agradecimiento, abandonaron el linajudo hogar de sus amables anfitriones.

El sol había disminuído ya la fuerza de sus rayos, y la vuelta a la humilde casa del señor Agustín se hizo dando rostro a un vientecillo fresco que atenuaba el rigor estival.

Aurelio no podía olvidar la actitud, para él harto galante, que observó el poeta con la duquesita en la morada del marqués. Así es que, ardiendo en deseos de reprender a su amigo, le faltó tiempo, apenas se alejaron,

para decir a Luis: —¡Inoportuno has estado, hombre!

—¿Inoportuno? ¿Por qué?

—Frasas y miradas hubo...

—¡Vulgar al fin! ¡Como todo el mundo!  
¡Cristales de aumento en los ojos!...

—Pues si soy como todo el mundo, ¿por qué no te comportas igual que con los otros delante de mí? Si sabes que me escandalizo, ¿por qué das ocasión al escándalo?...

—¿Estamos en cuaresma?...

—Ya sé que para ti siempre es carnaval.

—¡Pero, Dios mío!, ¿qué he hecho? El ser galante, ¿es un crimen? Bien se conoce que no has salido de estas montañas.

—Búrlate; llámame burdo, grosero. Estoy muy contento con no ser un pisaverde de la ciudad.

—Dispensa que te diga que eres más pisaverde que yo, porque en la ciudad hay asfalto.

—Déjate de bromas. Vuelvo a repetirte que has estado inoportuno. No por mí, que ya te conozco y sé que obras sin malicia; sino por ellos, por el marqués, por su nieta,

por los servidores mismos, tan recelosos como son...

—El marqués solo podrá decir que soy muy cumplido caballero, y que no es únicamente en los salones donde sabe seguirse una conversación animada y chispeante; la duquesita habrá rectificado sin duda algún prejuicio que tuviera sobre los colegiales de Seminario considerándolos inhábiles para la *causerie*; y respecto a la servidumbre, sardios de baja estofa, quizá hubieran pensado lo mismo viéndome mudo que parlanchín.

—¡Tus *quizás!*...

—¡Claro!... Y ya que critiquen, sea con algún fundamento. Además; ¿me he desmandado?

—¡Bueno fuera!

—Entonces...

—Pero un minorista como tú, abocado a tomar las sagradas órdenes, no debe andarse con discreteos y juegucitos de palabra.

—No he jugado a la palabra: cítame una frase de doble sentido. Confundes el *esprit* con el *calembour*.

—Háblame en castellano.

—Que eres tan pudibundo, que una obli-

gada finura adquiere para ti visos de sicalipsis. Tienes o deseas tener un alma tan blanca, que por no sonrojarte serías capaz de cubrir la Venus de Milo con un trapo. ¡Qué profanación, Dios mío! El arte llora y te pide, ¡oh, blanco Aureliol, que si te atreves a ocultarla, lo hagas con sutilísimos encajes... En fin, ¿sabes lo que sospecho? Que guardas malicia doble que yo, y la malicia, según dijo no sé quién, es hálito de corazón corrompido. Ves peligros donde no los hay, y si para ti es tan resbaladizo el terreno, antes que yo puedes caer.

--No caeré, porque evito las ocasiones, porque no me distraigo. Todos, o casi todos los grandes males de la sociedad, son producto de la distracción. Hay que rectificar el axioma: *La ociosidad es madre de todos los vicios.*

—Pero, ¿qué quieres tú, curilla intransigente?

—Todas las intransigencias fueran como las mías.

—¿Qué quieres? ¿Que sentemos plaza de ineducados, de desatentos, de ridículos?

—Todos los refinamientos son lujosos, y

el lujo se nos prohíbe. La educación tiene también sus refinamientos y de ellos debemos huir.

—¡Pues yo te digo que no, eal Vete a un desierto y haz vida eremítica, si te place; pero mientras permanezcas en el mundo, en trato continuo con la gente, estás en el deber de hacerle tu presencia lo menos enojosa posible. Se nos prohíbe el lujo, cierto; hebillas de plata y capas de seda, más no el lujo, como tú dices, de la educación. Por muy educados que seamos, nunca lo seremos bastante. Somos hombres y necesitamos de la educación para afinarnos y sufrirnos los unos a los otros. La educación es como la vida del espíritu, de la que eres tan partidario: por muy perfectos que lleguemos a ser, siempre descubriremos fases nuevas en la perfección. La educación es así: una carrera que jamás concluye.

—Confundes lastimosamente los términos: quieres cocer un pan mezclando la educación con la distinción y la elegancia. El sacerdote no debe aspirar a ser elegante; hombre de parroquia y no hombre de mundo.

—Aunque se escandalicen tus oídos, te lo repito y te lo repetiré siempre. El cura en los tiempos actuales ha de vivir en el mundo. Así como concluyó el yermo, agoniza el retirado vivir del claustro. Los monjes ya no se pasan horas y horas reclusos en sus celdas. Salen de los conventos, y, tapándose los hábitos con nuestras sotanas, recorren la ciudad. Aplaudamos su actitud, aunque sea hipócrita, porque secundan los mandatos de Cristo, que envió a sus discípulos, no lejos del mundo, sino cerca de él para encauzarlo y dirigirlo a su último fin. ¿Qué aconsejó León XIII? «Id al pueblo. Vivid con el pueblo.» Y San Ignacio, ¿no fué quien dijo graciosamente refiriéndose al hombre, que debíamos entrar con lo suyo para salirnos con lo nuestro? Desengáñate: siendo intolerantes, alcanzaremos muy poco. Transigiendo, siempre que la condescendencia estribe sobre futesas, bagatelas, *peccata minuta*, lograremos mucho. La conversación, como todo, tiene su arte y debiéramos aprenderlo. Con un diálogo exquisito, frívolo al parecer, podemos, si sabemos enredarlo para nuestros fines, tejer una malla... Hablando, por

ejemplo de arte, podemos hablar de bellezas; y hablando de belleza, ¿quién nos impide hablar de Dios? De todo se saca partido.

—Eres un loco y hay que dejarte.

—Mira lo que hace el misionero católico en los pueblos infieles para atraerse almas.

—¿Qué hace?

—Se viste de chino o de turco, simpatiza con los idólatras, gusta de sus manjares, aplaude sus danzas, en suma, se congracia por sus transigencias el cariño del infiel y le hace morder el cebo. Pues igual nosotros. Los países civilizados son en la actualidad como aquellas pobres mujeres de América que en tiempos de Colón se dejaban ganar por un collar de cuentas de vidrio mejor que por un puñado de legítimo oro. En Europa la piedrecilla de lo *chic*, aunque nada vale, es más solicitada que la piedra de San Jerónimo, con ser ésta un diamante de subido precio. Hoy todo es falso y postizo. ¿No te convences?

—¿Convencerme tú?... ¿Tú, con esa filosofía volandera de Bazar X?

Llegaron a la casa y se dirigieron a sus cuartos respectivos. Cada cual cogió un libro y se puso a leer. Roldán en la *Guía de pecadores*, del P. Granada; Aurelio en el *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas*, del V. Alonso Rodríguez.



## CAPITULO IX

### Caza y casamiento

A las cinco o seis mañanas posteriores al convite, se escuchó por el camino que conduce a Batres, el toque de una bocina. Era el automóvil del barón del Palmeral, prometido de la duquesita Aurea.

Dejó atrás la carretera, y se internó por una estrecha senda con honores de vía, que llevaba al caserón del marqués.

—¡Ya está ahí el novio de la señorita!— anunció Aurelio desde el pórtico de su humilde vivienda.

—¿El barón?—preguntó Luis.

—El barón—le contestó casi al unísono la familia de Toro, que hallábase replegada cerca del muro aprovechando una sombra.

—¿Es rico?—volvió a preguntar el poeta.

—Rico—respondió el señor Agustín. Y mientras liaba un cigarro, añadió:—¡Muy rico! Es allá de Bilbao, toda su gente es gente de título, sí, señor. El barón fué una vez diputado por aquí y se gastó muy buenos cuartos. Gran amigo de Maura; con Maura está casi rayando en edad.

—No, padre—rectificó Aurelio—es mucho más joven.

—Allá se irán. No tiene mal tipo, no, señor. Pero ya ve usted; con una muchacha de veinte años como es la señorita...

—Sí, algo dificultosillo será.

—¡Ah, matrimonios como el de los pobres, tan a gusto, no se hacen! Mire ésta,—y el señor Agustín señalaba a su mujer, que estaba remendando unas medias—diga ella si la obligaron...

—¡Vamos, calla!...—gritó la señora Antonia.—¿Ahora vas a resucitar vejeces?

—Serán mocedades, porque entonces eras tú una moza. ¡Y qué moza! ¿Usted la ve, la ve que *entoavía* no está maleja? Bueno, pues por aquél tiempo era un capullo de rosa silvestre.

—¿Silvestre? —interrogó con sorna el poeta.

—Silvestre, sí;—remachó el guarda sin enterarse de la chunga.—¡Ah, qué tiempos!

En fin, ya pasó. Ahora nuestros hijos: este Aurelio que... Así que cante misa digo lo que dice mi mujer: me muero tranquilo.

—¡Ay, señor poeta!—suspiraba la madre —todos los disgustos de esta vida los doy yo por bien empleados, con tal de que nuestro Aurelio nos eche sus bendiciones.

—¡Eso tiene que ser lo más hermoso del mundo, sí, señor! Ni marquesado, ni la señorita Aurea con todo su dinero...

—¿Es rica la señorita Aurea? ¿Más que el barón?

—Más. ¡Calcule!... El monte que está usted viendo, cuyas encinas producen al año .. ¡qué sé yo! Luego la casa en Madrid: ¿está no la ha visto?... ¡un palacio real!, allá por la calle de la Princesa. Después lo de Andalucía y Extremadura: allí tiene leguas y leguas .. Mas el dinero del Banco. Sí, señor, es muy buena fortuna. ¡Lástima de chical! Porque a mí no me lo digan, eso no puede ser. Ena-

morarse ella de... ¡vamos, no y no! Todo es obra del abuelo.

—¿Del abuelo?

—Sí; el hombre, claro, lleva razón: está viejo; el día de mañana la niña se queda sola y... ya sabe usted, cualquier señorito de esos que no tienen un céntimo, hijo de marqueses—que muchos marqueses hay sin un real—calavera, mujeriego y... ¡se hace dueño de cuanto hay! El barón del Palmeral es, la verdad siempre se diga, una bella persona sin despreciar lo presente. Caritativo, afable, muy cristiano... un excelente sujeto, vaya. El marqués hace lo que yo haría; ¡a ver! Figúrese usted que ésta, es un decir—y señalaba a una de las hermanas de Aurelio, que en unión de la más pequeña despellejaba una hermosa liebre recién cazada por el padre—que ésta fuese sola sin más amparo que el mío, y... ¡O casada, o monja! Sin verla segura no había yo de dejarla, que el mundo está muy malo...—Y tirando con rabia la colilla, que fué a parar entre las orejas de un perro dormido a sus pies, el cual se levantó como un cohete, añadió penoso:—  
¡Muy mal!

Luego se recostó contra la pared, estiró las piernas y continuó reflexionando.—Gracias a que mi hijo el día de mañana mirará por ellas... ¡Pobres mujeres! ¡No debían nacer las mujeres!... ¡Una mujer sola vale tan poco!... Lo mejor que tienen, en un cuarto de hora si son flacas se lo llevan y... ¡adiós! ¿Carrera de la mujer? una: casarse... Y casarse pronto, porque los hombres... ¡los hombres somos muy tunos!...—Y guiñó el ojo con picardía.

—¿Quién se acerca por allí?—preguntó Aurelio mirando hacia una cuesta.—Parece que es el tío Juan.

—¿El tío Juan?...

—Si no me equivoco... —Aurelio, juntando sus manos por las puntas a modo de choza, e introduciendo allí sus labios, gritó: —¿Tío Jua-a-an?...

Y allá se escuchó:—¡Sí-i-i!...

—Es él—afirmó la madre.

—El—corroboró el hijo.

—Algo querrán los señores,—expuso el guarda. Y adelantándose en dirección al que subía, saludó.—¡Hola, Juan!

—¡Hola, Agustín!—correspondió ganan-

do la cuesta un hombre algo entrado en edad, y muy afeitado y muy rechoncho.

—¿Qué nos cuenta el señor jardinero?

—¿Qué hay?

—Hay—replicó fatigosamente el tío Juan limpiándose con un pañuelo de hierbas el sudor—que ha llegado...

—El señor barón, sí... ya hemos visto el *utomovil*.

—Ha llegado con otro señorito, periodista según creo, y parece que mañana vendrán algunos señores más. El señor marqués piensa dar una batida a los conejos y cuenta con tus perros, y, claro está que contigo. Me dijo también que vayan Aurelio y el...

—¿El poeta?

—Eso, sí.

—¿Y cuando es?

—De hoy en dos días.

—Entonces ni mañana ni el otro; sino al otro.

—Justo. Vete adiestrando: no dejes de manejar los perros. El señor, luciéndote, quiere lucirse. Dice que tiene un guarda que ni el ángel custodio.

—¡Y que lo digal...—subrayó Agustín echándose para atrás de gusto.

—¡Alábatel—gritó festiva la señora Antonia—¡alábate, que ya murió tu abuelita!... ¡El ladronazo este!...

—¿Era eso todo?—interrogó el señor Agustín, no haciendo caso de su mujer.

—Todo.

—¿Quieres alguna cosa?

El tío Juan hizo un gesto negativo que equivalía a la afirmación.

—Siéntate y toma un vaso de vino. María, trae el frasco. ¿Qué tal recibió la señorita al futuro?

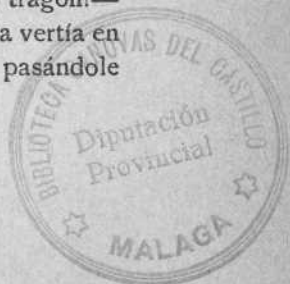
—Phs...

María apareció trayendo el frasco envuelto por un paño húmedo.

—¿Y el vaso, criatura?

—Mira, aquí hay una taza—dijo la señora Antonia quitándosela a uno de los chicos que estaba comiendo en ella dos o tres sopeses de café con leche.

El chico, ángel de retablo, precioso, remonín, comenzó a llorar.—¡Calla, tragón!—refunfuñó la madre, mientras ligera vertía en la taza agua del botijo cercano, pasándole



sus dedos por los bordes.—Ya está limpia, ¡echa!—Y se la dió a su marido. Después se dirigió al muchacho amenazándolo con el puño.—¡Gregorín!... ¡Ay, como vaya, Gregorín!...

Gregorín, llorando a más y mejor, echó a correr y se refugió entre las piernas de Aurelio, el cual tomándolo en sus brazos, empezó a contentarlo.—¿Quién te hace a ti llorar, rico?... ¡Ea, eal...

—Conque... ¿bien?—volvió a preguntar el señor Agustín dando al tío Juan un vino de color rubí oscuro.

—Bien, en apariencia. Como ella es tan afable, lo recibió... ya se ve, con la sonrisa en los labios; pero la procesión irá por dentro. Anita la doncella declara que la ha visto llorar.

—¿Llorar?

—Sí. ¡Llorar, teniendo millones!... Si no se viera... ¡lo que es el mundo!... ¡Ah, la vida—concluyó sentenciosamente el viejo— la vida no es más que un cuento contado por un loco!... Hasta otra, señores.—Y empezó a bajar la cuesta.



## CAPÍTULO X

### Esbozando la novela

Inundaba el sol aquella parte trasera de la casa en donde la familia del guarda se hallaba platicando, y todos comenzaron a desfilir.

No obstante haber mediado Septiembre, el calor hacía de las suyas. Iban ya dos días de bochorno insoportable; ni en pleno Agosto los hubo peores. Alguna nube asomaba de vez en cuando, y tras ella seguían otras y otras... pero luego, replegándose, desaparecían por el horizonte, desvaneciendo las esperanzas de una lluvia que refrescase la caldeada tierra.

El calor no hacía gran mella en Luis: acostumbrado éste al fuego de su ciudad andaluza, aquello para él era un aliento tibio. No pasaba así con Aurelio y su familia: sin digerir el yantar, apenas se alzaba el mantel, se iban a dormir la siesta. Muerta parecía entonces la casa, alegre en las demás horas: se entornaban todas las maderas por donde el sol, con sus rayos, intentara filtrarse; los niños, revoloteadores durante el resto del día, dormían en el suelo, sobre una manta, abiertos de piernas y brazos como si aguardasen el martirio de la aspada cruz; *Zulima*, *Diana* y *Estrella*, las tres perras cazadoras, hacían la rosca dejándose atormentar de las pulgas; el gato se lavoteaba perezosamente sin dejar su característico runruno, y la gallina, rodeada de sus polluelos, abría el pico sintiéndose fatigosa...

Todo era silencio. Algún *ki-ki-ri-ki* del gallo, algún sordo gruñir del cerdo, alguna coz lanzada por el burro contra mosca majadera, y el garrapateo de la pluma sobre el papel donde escribía Roldán, eran los únicos perturbadores en aquel paréntesis de quietud.

De cuanto iba viendo, Luis tomaba nota y esbozaba sencillos cuadros de color local, marcos luego de futura acción. Como siempre: imaginando, fantaseando...

Una novela saldría de allí. Prestábase aquéllo, y poco esfuerzo se necesitaba para conseguirlo. Todo consistía en saber copiar del natural.

La escena se la daban aquellos campos, aquel monte pletórico de encinas verdes. Cierto que la pintura le costaría algún trabajo, porque acostumbrado él a dibujar con su primorosa pluma paisajes andaluces, lujurias del color, no podía sujetarse de buenas a primeras a trazar líneas con dos tintas: verde y oro, encina y trigo. Pero fijándose, fijándose con esa fijeza de artista parecida a la del gallo cuando se solivianta; deteniéndose en los matices de aquellos árboles y espigas, halló que siendo allí el oro y el verde los colores universales, éstos albergaban *otros* verdes, *otros* oros distintos, a pesar de ser uno mismo el color.

Poco a poco Luis iba enamorándose de aquel paisaje, a primera vista uniforme; paulatinamente iba descubriendo bellezas, as-

pectos nuevos que nunca había sorprendido. Todos los enamoramientos vienen del fijarse. Es raro el hombre que súbito se enamore de una bella mujer. Lo feo se ve en seguida; lo hermoso, mientras más hermoso, necesita de mayor contemplación. De una ojeada observamos la figurilla de yeso que nos presenta el vendedor ambulante; largos ratos nos pasamos ante una *Madonna* de Rafael; y ni esta vida ni la que viene, eterna según dicen, son suficientes para contemplar toda la hermosura de Dios.

Sorprenderemos bellezas si llegamos a fijarnos, y la fijeza no es obra de un minuto. Luis, fijándose en el color verde de los árboles, halló, sin salir del mismo tema cromático, muchos colores: a veces tenía el verdor transparencias de esmeralda; otras, se ennegrecía levemente, como si en una de aquellas nubecillas blancas que pasaban rozando los encinares hubiera estado algún angelín travieso haciendo un cigarrillo y, mientras, hubiese dejado caer sobre las hojas partículas de tabaco. Si eran heridas las ramas oblicuamente por el sol, adquirían reflejos de amatista salpicada de oro; y si brillaba la

luna, el encinar, cubierto con su velo luminoso, parecía una larga procesión de desposadas que se habían puesto por capricho, en vez del traje blanco, túnicas de terciopelo verde obscuro...

Sí, podían sacarse efectos de luz maravillosos. De vez en vez Luis haría deslizarse por su novela uno de estos paisajes, ya vistos al reflejo del sol o ya al destello lunar, y el lector gozaría como si le estuviese describiendo un campo andaluz, cuya tierra parece búcaro inmenso de inmarchitas flores...

Ya tenía, pues, Luis, el fondo de su cuadro; las figuras que destacase, también allí mismo se las podía proporcionar. Algún que otro modelo vió digno de estudio; por ejemplo, aquel señor Agustín, corazón sano, amante de su esposa y de sus hijos, capaz de matar a todos los conejos del mundo e incapaz de disparar a ningún hombre; aquella señora Antonia, matrona robusta, diosa de la maternidad, que puso su pezón moreno entre los labios de sus catorce hijos; aquel Aurelio, niño gigante, varón que, sintiendo correr la savia por su cuerpo, cerraba los

ojos a esos pequeños atractivos, de colosales proporciones en la juventud, fijándolos en el goce supremo de Dios; aquella Aurea, espiritual, finísima, contraste bello de los hombres de su campo, hecha no para habitar entre encinas, sino para vivir entre cristales, como una de esas vírgenes preciosas que nos miran en la iglesia desde la cárcel de un fanal... Cuando llegaba a pensar en la duquesa, el poeta se detenía: ¡tema encantador! ¿No podría fingir una acción entre Aurelio y Aurea? ¡Qué lucha más hermosa! ¡El amor y el deber en liza!... ¡Oh, sí! . Y Luis, dejando caer la cabeza sobre sus manos, imaginaba... e imaginando adormilábase. Así transcurría un cuarto de hora, otro cuarto de hora, y al despertar del semisueño, ya por el *ki-ki-ri-ki* del gallo, ya por el cocear del burro que sacudíase las moscas, alzaba sus ojos, casi humedecidos, y exclamaba tristemente:— ¡Oh, no!...

Hacía mes y medio que estaba en casa de Toro y ya quería marchar. Toro no lo dejaba ir. Se veía a Luis tan repuesto, tan alegre y decididor, que su amigo mostró empeño en que no se fuese hasta principiar el curso;

los dos, entonces, saldrían juntos para el Seminario.

Hoy me voy, hoy no te vas, fué pasando el tiempo. Que los generosos arranques de Aurelio por retener al amigo no dejaron de surtir el efecto apetecido, se prueba con que ya ha pasado la Natividad de la Virgen y aún está Luis en el monte. Sin embargo, últimamente, rogaba el poeta a Aurelio con tal insistencia su partida, que el cariñoso enfermero no tuvo más remedio que acceder, temeroso de que la vida a Roldán se le hubiese hecho allí intolerable.

La marcha de Luis se fijó para el veinte, tres o cuatro días posteriores a la caza que organizaba el señor marqués. Así, antes de entrar Roldán en el Seminario, tendría tiempo suficiente de hacer algunas visitas y ultimar lo de su libro, viéndose con los editores que lo apremiaban bastante.

Y mientras llega el momento de su viaje, hurtando horas a la siesta, Luis emborrataba cuartillas explanando esas mentiras de novela que, como dije al principio, casi siempre resultan mentiras cosidas con hilos de verdad. Y así lo vemos ahora en que, des-

pertándose de un éxtasis momentáneo su gerido por alguna visión luminosa de su inagotable fantasía, acaricia la pluma y dice, mientras agita su enmarañada cabeza, melancólica como el follaje de un sauce:—¡Oh, no, Dios mío, no!...



## CAPÍTULO XI

### La cacería

Llegó el día de caza: a las cinco el guarda, Aurelio, Luis y los perros que, olisqueadores de la batida próxima, ladraban ocasionando terceto inarmónico, se dirigieron a la morada del señor marqués. Aurelio, ensotanado y con escopeta, parecía uno de esos *trabucaires* facciosos que pinta a doble página *El Motín*, órgano bilioso que por su manía anticarlista exasperaba la no muy sufrida paciencia de *Don Pedro el Cruel*. Roldán no llevaba ningún arma, ¿para qué? Si la caza, en vez de liebres y conejos, fuera de rectorcetes y prefectillos, acaso, traicionando

los generosos impulsos de su corazón, hubiese cogido algún fusil... Con sus perros, sus amigos y servidores, el señor marqués los aguardaba en el ancho portalón.

Eran los días de caza días de *ribera*. Me explicaré: mientras los hombres, cargados de mortales municiones, iban a través de las encinas subiendo y bajando cuestras esforzándose por atrapar un mísero conejo, las mujeres preparaban más allá del río, a la fresca sombra de alegres cabañas, improvisadas en un santiamén con cuatro palos y un cobertizo de mimbres, el opíparo almuerzo que había de restaurar las debilitadas fuerzas del cazador.

Eran famosos aquellos días: las familias de los guardianes del monte, dándose por invitadas, marchaban allá; y, vista desde lejos la margen del río, semejaba, con las chozas, las mujeres, los críos y las caballerías, un aduar gitano. Por el pronto se mataban corderos y lechones; después se reforzarían las viandas con las piezas cobradas por los *caballeros de San Eustaquio*.

El marqués, hechas las presentaciones de Toro y de Roldán a sus amigos e invitados,

entre los cuales figuraban el barón del Palmeral y Castropardo—el poeta a la *dernière*—inició el avance.

Era el barón hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años; negra barba sombreaba el rostro; en aquélla lucían algunos hilillos blancos y en éste varias sendas delataban el arado del tiempo.

Juanito Castropardo era un enteco así de cuerpo como de espíritu. Cultivaba la poesía a manera de *sport*: entre juegos de polo, tiros de pichón, carreras de balandros y consonancias estrambóticas, se deslizaba su vida. Hijo de Cuba, más que en la Habana vivía en Madrid, en donde sus agudezas o chifladuras poéticas le conquistaron un nombre que en su tierra nunca pudo obtener. Rico, editaba por su cuenta tomos lujosos de charoladas tapas, cuyo contenido, desprovisto de sintaxis, huérfano de estro y abundoso en majaderías sacrílegas y pornográficas, daba origen a la fingida admiración de dos o tres críticos de nota, que a fuerza de artículos hinchados (Juanito los pagaba muy bien) pudieron elevar el apellido *Castropardo* sobre el montón.

Antes de emprender la marcha, Roldán preguntó por la duquesa.

—Aún duerme—contestó el marqués—; pero ya la veremos en la ribera; almorzaremos juntos. Vamos allá.—Y señaló los encinares.

—¡Buen día se presenta!—observó el barón.—¡Qué calor, señores!... ¡No se mueve ni una hojal!...

—Roldán—dijo el marqués—, no vaya usted a espantarme con sus versos ninguna perdiz.

—Lo injuria usted—advirtió el presunto yerno—; en tal caso la atraería.

Luis se inclinó, agradecido a la frase.

—Quiero decir que no se deje usted llevar de sus arranques generosos; cuando apunte, duro y... Pero ¿qué es esto? ¿Y la escopeta?

—¿Para qué, señor marqués?—hizo notar Aurelio.—No dispararía.

—¡Y con sotanal... Así no se puede correr, hombre.

—Nos las quitaremos ahora, señor marqués—añadió Aurelio.

—¡Ya lo debías de haber hecho, obispín!

Y usted también, Roldán. ¡Fuera engorros!... Y pregunto: si usted, Roldán, no viene a cazar, ¿para qué ha dado este madrugón? Podía haber ido luego a la ribera.

—Me gusta ver todo esto...

—¡Ah, vaya!... Alguna escenita novelesca de caza bulle en el magín. Quiere usted copiar, observar... ¡Bien, bien! Pues adelante todos. Aurelio, los hábitos puedes entregarlos a uno de mis criados.

—Sí, señor.

—Primera cuesta: a bajarla, y mucho cuidado con resbalar.

El marqués comenzó a bajar despacio una suave pendiente, seguido de los demás, a excepción de los dos seminaristas, que se rezagaron un poco para quitarse la eclesiástica librea. Ya iba Luis, como Aurelio, a quedarse en pantalones y mangas de camisa; pero se contuvo: había visto erguirse en la solana de la casa del marqués una blanca figura...

Aurelio, despojado de su negro vestido, viendo que Luis permanecía inmóvil, le preguntó:

—¿Qué haces?

—Ahora, ya voy... Pero mira:—y señaló con los ojos al palacio.—¿Es la duquesa?... No distingo bien.

—Sí; escóndete si quieres detrás de una encina... Aunque no veo la necesidad. Considera que no soy yo el de las pudibundeces...

Hicieron reflexionar a Luis estas palabras. ¿Por qué tenía reparo en quitarse la sotana cuando ella apenas si lo podría distinguir? ¿Y qué había de particular en que la duquesa lo viese con pantalones? No lo vió la tarde primera? ¿Todos los hombres no vestían así? ¿Sería él, y no Aurelio, quien llegase a ocultar por un exceso de pudor la Venus de Milo?... No, no era eso; a él no le daba vergüenza contemplar, sino ser contemplado... Pero ¿por qué? No se lo explicaba; mejor dicho, tenía miedo a explicárselo.

—¿Concluiste?

—Sí.

Luis, mostrando sus pantalones de pana negra y su chaleco ídem, y llevando al desgaire sobre el hombro la sotana y el manto, llegó junto a su amigo.

—No sé qué te encuentro—observó Aure-

lio con extrañeza—; a ti te pasa algo. ¿Estás mal en mi casa? Pues adelanta el viaje y márchate hoy mismo.

—No, no...—respondió tristemente Luis —son mis cosas, mis rarezas, mis monomanías... ¡Parece mentira que no me conozcas! ¿Yo mal en tu casa, donde no hallo más que atenciones? ¿Disgustado yo?... ¡Ay, Aurelio!

El poeta levantó un brazo, lo puso sobre el hombro de su amigo, e hizo que Toro se detuviese.

—¿Qué te pasa?

Luis cerró los ojos y exclamó:—Algo cansado...

—¡Cansado y no empezamos a andar!... ¡Pero, niño!... —Y Toro se sacudió de la mano que lo oprimía.

—¡Ay!—suspiró Luis tocándose el pecho—; aquí siento algo.

Aurelio lo auscultó:—El corazón late mucho. ¿Qué te sucede?... Mira, estamos cerca: podemos ir a casa del marqués y...

—¡No!... ¡Allí no!...

—¡Pues!

—Van a la ribera. Sería entorpecerlos... alarmarlos... Déjalo: ya se pasará. Si no

me alivio me tiendo a la sombra de uno de estos árboles, y después, al regreso, vienes por mí.

—Verás: te conduciré a la ribera, ¿quieres?

—No: enseñame el camino; tú, reúnete con los otros. Descuida: no me perderé.

—¡Si no tiene pérdida! Está muy cerca. ¿Ves la senda?—Aurelio señaló al frente.

—La veo.

—Síguela y tuerce por allá. A poco notarás la frescura, la humedad del sitio. Asomará el Guadarrama; lo vadeas y... ¡esta es otra!... ¡Eres tan calamidad!... ¿Y si te caes?... Es verdad que viene casi seco, y con un par de piedras, ¡zás!, a la otra orilla. ¡Pero tú eres tan pazguatón! ¡Nada, que voy contigo!

—¡No, deja, hombre!... ¡Qué tontería!...

—Aunque por allí, en el **soto**, estarán mi madre, mis hermanos... habrán traído el jaco y el burro... llamas a Ramón y él...

—Sí, hombre, sí, está bien. ¡Es por ahí, no?

—Por ahí. No ofrece dificultad: la sendita, luego tuerces...

—Ya sé. Oye: discúlpame con el marqués y con el barón.



—¡Anda, anda, loco!... Apostaría a que te quedas para hacer versos.

—¡Sí, versos!

—Adiós. ¡Qué criaturita! Quien no te conozca que te compre. En fin, hasta luego. Nosotros iremos a la ribera a eso de las nueve.—Y Aurelio se alejó, con la escopeta al hombro y los hábitos al brazo, canturreando el dulce y pegadizo tono del *Ave Maris Stella* que se canta en Lourdes.



## CAPÍTULO XII

### ¿Qué sería?

Luis anduvo varios pasos y se sentó. Cogió del suelo una seca varilla y, sin darse cuenta, comenzó a trazar en el polvo rayas y rayas a manera de signos cabalísticos. Poco a poco, como debió de ser la formación de la escritura en sus principios, las rayas fueron evolucionando hasta quedar convertidas en toscas iniciales, en una *L* y una *A*. Y así como en el encerado explican muchos la formación de los mundos tirando líneas de un gran punto central, que es la nebulosa, así el poeta iba sacando de aquella *L* mayúscula otros rasgos pequeños que, transformándose

en letras—*u, i, s*,—concluían por grabar su nombre: *Luis*.

Igual procedimiento realizó con la *A*, haciendo partir de ella unos garrapatos que a él se le antojaban *u, r, e*... Al llegar a la *e* detenía su rústico lápiz, apoyaba el codo izquierdo sobre la rodilla y en la mano hundía la barba, y rascándose ésta y mirando a lo alto, decía como un niño que estuviese recordando la lección:—Aure...—Después, dándose un pellizco en la frente, exclamaba:— ¡Si era esto lo que yo quería poner! *Aure... lio*... ¡Aurelio, que es mi amigo, que es mi hermano!...—Y subía el trazo libre de la *e*, concluyendo el nombre:—Eso es: *Aurelio*, y no otra cosa.

Escribiendo y borrando pasaría como una media hora; al fin se levantó, internándose por la vereda que le indicó su amigo.

Se notaba ya más aliviado; las palpitaciones del corazón eran menos aceleradas. Sentía, sí, un poco de ardorosa opresión en las sienes, como si allí estuvieran marcando la barra de un metal candente. Luis lo achacó al desvelo de la noche última, al madrugón, a la caminata, al bochorno de aquel día... ¡Qué

día! Aún estaba desperezándose la luz, y ya pesaba la atmósfera, abrumaba el ambiente. Varias nubecillas se distinguían allá... ¡si quisieran venir y echar algo sobre esta tierra!... Pero no: se marcharían, como siempre, a llorar sobre otra que por su infortunio excitara mayormente sus sentimientos. Y el poeta, al pensar así, miraba a las nubes, como diciéndoles:—¡Llorad en mí, que soy tierra de dolor!...

Finalizaba la senda y percibíase la suave emanación de frescura próxima. Luis acrecentó sus pasos y entreabrió ligeramente su boca como pájaro sediento. Mudaba el paisaje: atrás quedaban las encinas que nos hablan de amores patriarcales y viejos, y delante surgían las hileras de álamos blancos, por entre cuyas hojas el ruiseñor camina anunciando a su amada que llegó la mística hora del amanecer. La tierra, de áspera y dura, se convertía gradualmente en blanda, mullida y mimosa, a modo de hembra zahareña que hubiese evolucionado hasta quedar en tierna víctima. La *garamasta*, hierba fina y espesa, acariciaba los pies ansiando retenerlos con los suaves nudos de sus lazos ver-

des. Era el ambiente fresco, como si hadas invisibles estuviesen renovando el aire con sus abanicos. Y de lejos, entre las tupidas varas de los mimbrales, deslizábase el río a manera de sílfide de plata huyendo veloz de un sátiro....

A estilo de musulmán se sentó Luis; los pájaros, que al sentir el rumor de los pasos habían dejado las flautas de sus lenguas, reanudaron el cantar; y el aura traviesa, moviendo juncos y mimbres, producía un son de fronda, seco y armonioso a la vez, cual si se hubiera escondido entre el follaje alguna pareja de asustadizos enamorados...

Luis improvisó una almohada con la sotana y el manteo; echóse atrás dulcemente y, cruzando sus dedos bajo la nuca, se arrellanó en el césped, cara al cielo, no sin que el gemido de alguna florecilla, estrujada por él, lo acompañase.

El cielo se iba aborregando: persiguiéndose, corrían las nubes pareciendo cabrillas retonzonas que quisieran escalar una azul montaña. Los rayos del sol llegaban débiles al rostro, iluminando macilentamente las gráciles cinturas de los juncos, las hojas platea-

das de los álamos, el plumaje gris de alguna tórtola errabunda...

Un velo opaco recubría aquella parte baja del monte: parecía que la Musa del poeta, condolida del ardor de sus sienes, subió al cielo, y a fin de que la luz llegara amortiguada hasta la frente de Luis, había envuelto el farolón del sol con una gasa verde...

Un observador profundo, de esos que saben mirar el alma a través de la facción del rostro, hubiera, sin gran esfuerzo, fijándose en la mímica, diseccionado el alma de Luis: alzar los ojos con languidez y cerrarlos de improviso cual si ante ellos desfilase monstruosa visión; entreabrir los labios con sonrisa plácida y plegarlos poco a poco dando a la faz un serio continente; revolverse tardo a un lado acariciando perezoso el tallo de alguna flor, o tornar al otro arqueando la boca con pronunciado mohín de disgusto... He aquí la alternativa por que pasaba en Luis esta envoltura del alma que llamamos cuerpo. ¿Qué sucedería allá dentro, en lo más hondo, en el espíritu?... No lo sé, a punto fijo. Sí, sospecho que por allí deberían de andar, retándose altivas, las sombras del pe-

nitente Bruno, y la de don Juan, el sevillano Burlador...

Una voz de mujer le hizo levantar y, al mismo tiempo, aguzar el oído. La voz, acompañada de otras voces, femeninas también, y que junto a la primera semejaban rumor de cañizares ahogando los acordes cristalinos de un salterio, se aproximaba, y el poeta, volteándole la campana del corazón, no se sabe si a gloria o a difuntos, como tímida colegiala que la fueran a sorprender después del baño, cogió la sotana llevándola con prontitud a la cabeza. Pero antes de introducir los brazos, el poeta pensó:—¿Por qué no he de quedarme así? — «¡Estás feo!...» — creyó que le decía un pájaro — ¿Y por qué he de parecer bonito?...

Hubo una pausa breve, y luego el pensamiento siguió su monólogo:—La sotana es un escudo... ¿Pero por qué pienso yo que la sotana es un escudo?...

Mientras, las voces indicaban que los cuerpos iban a aparecer. Luis, entonces, introdujo al fin sus brazos por las mangas, y alzándose como una damisela el extremo inferior del hábito, a fin de no ocasionar ruido, se



ocultó donde los mimbrales eran más espesos.

—¿No corren?—preguntó Aurea.

—Algún conejo—respondió su doncella Anita.

A pesar de lo crítico de su situación, Luis no pudo menos de sonreirse.

Aurea, sentada en su mula, se disponía a vadear el río. Iba igual que siempre, vestida de blanco, con la variedad de llevar un sombrero de paja italiana sin más adorno que una gasa azul, cuyas largas bridas, agitadas por el viento, revoloteaban junto al rostro como dos angelillos que la estuviesen rondando. Con una mano en el ramal y llevando en la otra un junco, cruzó Aurea ante los ojos del oculto poeta, recordando a las princesas de los tiempos bíblicos. Detrás de ella seguía una recua de mulos portando utensilios de cocina, cestas de mimbres y mujeres gordiflonas, formando cortejo indigno a la duquesita, que merecía ir acompañada por dromedarios vestidos de terciopelo, en cuyas jibas se ostentasen cincelados arcones llenos de sartas, y por etiópicos esclavos que fuesen quemando en braseros de oro

el zumo de la zábila o las especias del giroflé.

Pudo observar Luis que bajo los ojos de Aurea se extendía medio círculo azul, signo evidente de una mala noche; pudo observar que su figura se inclinaba lánguida como cáliz de tronchada azucena y que en sus labios vagaba una sonrisa triste...

La joven llegó a la orilla, y apartando con su varita las hojas que, so capa de hipócrita reverencia, osaban darle un beso, desapareció.

—¡Va a la riberal—se dijo Luis. Tentado estuvo por salir de su escondite y gritar: «¡Aurea!... ¡Aquí estoy, recójame usted!...» Mas no; selló los labios y quedó inmóvil, recostado en la tupida fronda, hasta que dejó de ver revolotear en la umbría las azules gansas del italiano sombrero; hasta que se debilitó el marchoso compás de la afortunada mula que se llevaba a la duquesa...

Entonces Luis cayó de rodillas sobre el césped; cruzó sus manos alzándolas por encima de la cabeza; con las manos cruzadas describió un arco hasta llegar al ras de la hierba húmeda; doblóse y juntó el rostro

con los dedos férreamente enlazados, y un sollozo brotó de su garganta, mientras la pena fluía de sus ojos convertida en raudal de lágrimas...

Un cuarto de hora, otro cuarto de hora, ¡mucho tiempo así! Inmóvil, insensible, petrificado casi en su amargo dolor...



## CAPÍTULO XIII

¡Los cazadores! ¡Los cazadores!

Un ligero cosquilleo que sintió en la frente, llegándole hasta los ojos, lo despertó. Era *Zulima*, la perra cazadora, que estaba bebiéndole dos o tres gotas del llanto recién vertido, dos o tres gotas que temblaban en el dilatado círculo de una ojera azul. Los perros son muchas veces más caritativos que los hombres.

*Zulima*, que debía muchos huesos de conejo al poeta y bastante sobadura de sus manos, lo olisqueó y, ladrando, llegó junto a él.

—¡Otro conejo! ¡Otro conejo!—gritaron desde allá. Y asomó una cabeza entre la

espesura: era el señor Agustín.—¡Caramba, vengan *ustés!*—llamó agitando el brazo.— ¡Esta sí que es caza mayor!... ¡Un conejo como en mi vida lo he visto!... ¡Con dos patas!... ¡Vengan *ustés!*...

—¡A matarlo! — murmuró el marqués aproximándose de puntillas.

—¡Eh!...—advirtió el señor Agustín alzando las dos manos.—¡Ojol!... no vayamos a hacer una tontería.

—Pero, ¿qué es ello?

Gozosa seguía ladrando la perra, y a sus ladridos vinieron las demás, retrocediendo al ver a Luis, que ya se había levantado y saludaba a los cazadores con ese aire de finura conque pretendemos disfrazar el dolor.

—A poco más,—expuso el marqués,—lo dejo patitieso. Dé usted gracias al señor Agustín.

Aurelio se aproximó a Luis, interrogándole cariñoso:—¿Cómo te encuentras?

Lo mismo hicieron el barón y Castropardo.

Luis, esquivando una contestación referente al estado de su salud, preguntó:—¿Qué? ¿Se ha cazado mucho?

—¡Oh, mucho!—replicó con énfasis Juanito.—¡Ya verá usted mi zurrón!.. ¡Once conejos!

—¿Y liebres?

—¿Liebres?... sí:—respondió el barón—iba a coger una allá en la cuesta del Macho. Mire usted lo que se ha hecho.

—Todo por correr, por correr nada más.—Y Juanito mostraba un chichón en la frente.—¡Lástima de aquel conejo! Si no caigo, lo mato. ¡Vaya si lo mato!

—Aligerad, que tengo ganas de comer,—instaba el marqués limpiándose el sudor.—¿Cómo se dice eso en latín, Aurelio?

—Macarrónicamente, sin finuras ni dejos virgilianos, *volo manducare*.

—Pues, *volo manducare*, ¡a manducarl!

Y se internaron por la espesura en dirección al río.

—¡A ver si lo pasamos!—recomendó el marqués llegando a la orilla.—¿No hay una mala piedra?... ¡Aquí de los saltadores!... Alonso, ¿podrás conmigo?

—¿No he de poder?—contestó un moce-tón quitándose el calzado.—¡Monte el señor!... ¡Ala!—Y se agachó respetuoso.

—¡Arrel!...—gritó el marqués subiéndose, saltando, o encaramados sobre las espaldas de los más forzudos, llegaron los cazadores a la margen opuesta entre las risas de los jóvenes y el ladrar de los perros que jugueteaban unos con otros mordisqueándose en el agua.

Aurelio fué el conductor de Luis; éste, a horcajadas sobre su amigo, atravesó la corriente, dirigiendo de paso una furtiva mirada al mimbreral con objeto de cerciorarse si se podía distinguir algo... Era espeso; con seguridad: no lo habían visto.

Tenía los ojos Luis hinchados, sanguinolentos... Aurelio lo notó:—Tú has llorado.

—¿Yo? ¿Por qué?

—A tanto no llega mi sabiduría. Lo que te digo es que has llorado.

Calló Luis y prosiguieron el camino. El cielo se había cubierto de nubes y el calor era menos asfixiante. Soplaba un airecillo de lluvia.

—¡Aligerad!—insistió el marqués.—Si cae algún chaparrón, cójanos en la cabaña.

—No, no llueve.

—Por si acaso



—Ya estamos cerca. Miren las chozas.— El señor Agustín señaló un montón de floridas casetas que se distinguían en extensa planicie salpicada de verde, donde pastaban las caballerías traídas por la servidumbre del marqués y las familias de los guardianes. Estas, o sean las mujeres y chiquillos, así que vieron llegar a los cazadores comenzaron a agitar pañuelos y delantales: —¡Ya están ahí! ¡Ya están ahí!...

—Las nueve y media,—dijo el marqués mirando su reloj.—¡Buena horal... ¡Vaya un hambrel

Llegaron por fin a las cabañas y se descargaron de sus vituallas cinegéticas.

—¿Qué? ¿Está listo todo?—preguntó el marqués a su nieta.

—Todo,—replicó ella saludándolo con un beso. Después se dirigió a los demás, interesándose por el resultado de la cacería.

—¡Abrid! ¡Abrid los zurrones!—ordenaba su abuelo.—¡Ya verás!

Frente a la caseta del señor marqués,—la más grande y con honores de tienda de zgar por el blanco lienzo que

formábale una especie de vestíbulo—se hizo un corro. Todos pugnaban por ver los animales. Hubo quien preguntó:—¿Muchas liebres? ¿Muchas perdices?...

—¡Liebres!... ¡Perdices!...—respondió el marqués.—Deben de haber emigrado a Buenos Aires. ¡No hay más que conejos!

Abiertos los morrales, aparecieron, encogidos unos, rígidos otros, los minadores de la vasta posesión.

—¡Qué gordo es éste!

—¡Cómo pesa!

—Y éste, ¡qué chiquitín!

—Mira: aquí le dió el tiro.

—Mira: aquí lo mordieron los perros.

—Mira...

—Vamos, vamos a almorzar. ¡Que me muero!—gemía graciosamente el marqués desbaratando el círculo.—Recoge tu caza, Agustín; y tú igual, Calixto, (otro guarda). Para el arroz. Porque supongo que se habrá hecho arroz, ¿verdad?

—¡Pues claro!—contestó la Antonia.—¿Dónde ha visto el señor marqués una *ribera* sin arroz? ¡Es como una mujer sin hombre!

—¿Quién lo ha aviado? Vosotras, según

costumbre, ¿eh?... No habrá faltado la dirección de mi cocinero, porque de vuestros menjurges no me fio.

—A la vista del cocinero entre todas lo hicimos y el arroz solito se guisó. Mire el señor: yo encendí la leña; mi Rosario con mi María cortaron las *tajás*; la mujer del tío Calixto avivó el fuego; Gertrudis le echó el agua; Anita la pimienta...

—¿Y la sal? ¿Quién le echó la sal?

—Pues la señorita Aurea.

—¡Santo Cristo!—observó Juanito Castropardo.—¡No se podrá comer!

—¿Por qué, señorito?

—Porque la nieta de vuestro amo derrama sal por todas las partes de su cuerpo.

Esta salida produjo en el concurso estre-pitosas carcajadas.

—¡Eal! ¡A vuestras chozas!... ¡Of, of!...— Y el marqués alzaba los dos brazos apartando a las mujeres como si fuesen gallinas.

Aurelio iba a marchar con su madre, pero la duquesita, advirtiéndolo, lo retuvo:— Quédate a comer con nosotros... Y usted también, Luis.

—¡Sí, hombre!... ¡Ya lo creol!... ¡Pues no

faltaba otra cosal... *Manduquemus*,—ya sé latín—*manduquemus* juntos...

Y el marqués empujaba al interior de la cabaña a los dos seminaristas, que no sabían cómo expresar su agradecimiento por las continuas deferencias de aquella ilustre familia.

## CAPITULO XIV

### Almuerzo y certamen

Se tendió sobre la hierba finísimo mantel y todos, aceptando el lugar que les designaba la duquesita, fueron arrellanándose más o menos cómodamente en el suelo.

Las mujeres de los guardas pasaron a la parte posterior de la choza, donde el cocinero les entregaba una cacerola llena de arroz que ellas, jaleando, llevaban a sus cabañas respectivas.

Los servidores del marqués comenzaron a repartir entre los distinguidos comensales elegantes cestas de merienda en las que nada faltaba: allí el cubierto, allí el vaso del agua, allí la copa para el vino, allí sujetos

por lazos dos o tres platillos en cuyos fondos de porcelana revoloteaban pintadas mariposas.

Un criado puso en medio del mantel la fuente, cuyo humeante arroz exhalaba tufillo delicioso. Pronto cada cual se echó en el plato de su cesta la ración que demandaban las necesidades de su estómago, que por cierto, salvo raras excepciones, eran muchas.

—Señores,—advertía el marqués—aquí de campo; algo molestos estaremos, pero mirad allá y consolaos.—Y el marqués señalaba las chozas de los guardianes de su monte, donde las familias agrupadas en torno del cacerolón introducían en él sus navajas o tenedores, cogían un trozo de cordero, sacudíanlo contra el borde interior de la fuente a fin de evitar el goteo de la salsa, lo llevaban con suma pulcritud a un zoquete de pan que aprisionaban en la izquierda, y pan y carne conducían a la boca limpiándose después los labios con algún trapo que descansara en sus rodillas, mientras alguien del corro pedía:— ¡Vino! ¡Ese jarro de vino!— Y el jarro del vino pasaba de uno en otro coloreando los semblantes.

—¿Y podrán comer así?—preguntó el barón.

—Yo me quedaba *in albis*,—respondió Castropardo pasándose la mano por la boca como si fuera a espantarse un cínife.

Aurelio, en cambio, pensaba:—¡Quién estuviese allá!...

Varias gotas de lluvia caídas sobre el mantel distrajeron la atención de los comensales que, sorprendidos, miraron al firmamento.

Cerníase una nube plomiza con amagos de tormenta. En pocos momentos se había cubierto el cielo de vellones lechosos, tras los cuales un sol enfermo irradiaba claridad macilenta, parecida a la débil e indecisa luz del amanecer. En pos de aquella nube seguían otras y otras cada vez más gruesas, más opacas, más oscuras. En el horizonte se vió fulgurar un relámpago. Cruzó una fuerte ráfaga de aire. Empezaron a cabecear las encinas.

—¡Al interior de la cabaña!—avisó el marqués.—¡Esto viene volando!

—Los principios de la otoñada,—expuso el barón.

—¡Gracias a Dios—exclamó el marqués mientras se metía en la choza—que va a mojarse la tierra!... ¡Ya era hora!... ¿Quién podía resistir aquellos calores?

Ante la insistencia de los goterones le siguieron los demás y, trasladado el mantel al interior, allí se reanudó el interrumpido almuerzo.

La obscuridad era grande, y como si de ella se asustasen las palabras, profundo el silencio, cortado sólo por el chocar de los cubiertos y el batir de las mandíbulas.

El barón, rompiendo aquel mutismo, se dirigió a Luis, que parecía algo ensimismado: —Noto que no come usted nada. ¿Sigue la indisposición?... Anímese usted, beba usted... Después del almuerzo esperamos oírle alguna cosa. Dos o tres poesías nos ha de recitar.

—Bien quisiera, pero, ¡tengo un dolor!...  
—Y Luis se apretó las sienes.

—Eso es el tiempo,—opinó el marqués; —imíteme usted y se le quitará.—Y cogiendo su copa la alzó en actitud zarzuelera, entonando aquel brindis, cursi ya:



¡A beber!...

A beber y apurar  
la copa del licor,  
que el vino hará olvidar  
las penas del amor...

Las sombras que inundaban el recinto no delataron el color del rostro de Luis.

—¡Beba usted!... contágiese de su colega Castropardo...

—¿Colega?—interrogó Castropardo limpiándose el bigote.—¿Estudio yo para cura?

—¿No es usted poeta?

—¡Ah, en ese caso... sí! Digo, me parece que el señor...—Y Juanito dirigió una fría mirada a Luis, como diciéndole:—¿Colegas nosotros? ¿Tú, oscuro seminarista que no sabrás hacer más que *florechitas de Mayo* a la Virgen, y yo, revolucionario de la métrica, a quien diariamente jalean los periódicos?

—Señores, una idea,—expresó el barón.—Vamos a ver: Usted, Luis, y tú, Juan, ¿por qué no desperdigais algunas flores de vuestro ingenio en honor de la única belleza que hay entre nosotros?

La duquesita, comprendiendo, bajó los ojos y sonrió.

—Así podríamos pasar el rato hasta que marche la nube y salgamos a respirar el aire.

—¿Llueve?—preguntó el marqués.

—Sí, señor,—contestó uno de los criados saliendo a la puerta de la choza.

—Pero, ¿mucho?

—No señor, poco: mas el cielo está negro y los relámpagos menudean por allá...

—¡Ea, decidíosl...—rogaba el barón.

—Sabe usted que yo...—insinuó Luis— por mi carrera... los versos galantes...

—¡Bah, bah!... No hace muchos días leí un soneto de Arolas el escolapio que no lo hubiese hecho mejor el Petrarca. Fray Luis de León, a pesar de su misticismo, tiene algunos... Si vamos a eso, diga usted, hablando de amor, ¿quién habló más donoso y picaresco que Tirso, el fraile de la Merced?

—Sí, es verdad...

—¡Manos a la obra!—animó el marqués.  
—¿Es que no vemos? Se enciende... ¡A propósito! Tomad, ahí van cigarros.—Y repartió entre los comensales finas brevas engalanadas con anillos de oro.—¿Quién va a hacer más pronto el verso? Usted, Castro-

pardo, que casi siempre gana en las carreras, a ver si sale ahora victorioso.

—Y ¿cuál es el premio?—interrogó Castropardo

—¿Premio?... ¡Es verdad!—replicó el barón.—Pues cualquier cosa... por ejemplo: un apretón de manos...

—Eso no es cualquier cosa;—advirtió Luis—un apretón de manos como se separar, revela a un hombre.

—¡Bien, pues un apretón de manos, fuerte, muy fuerte! Ese es mi premio.

—¿Y el tuyo?—preguntó el vate modernista a la duquesa.

—¿El mío?

—Sí, ¡claro! tú que eres la favorecida debes dar el mejor galardón.

—No sé qué ofrecer... Si hubiera por aquí rosas, evocaríamos la ceremonia de un juego floral... En fin, este pañuelo, ¿parece bien?

—¡Sí, sí!...

Aurea se llevó una mano al pecho, tiró de dos puntas de encaje que entre las hendiduras de uno a otro botón salían de su elegante blusa, y, desdoblando la fina prenda, que exhalaba suave olor a heliotropo y que ador-

naban las iniciales A. M. (Aurea Mazarrondo), la paseó en triunfo ante los ojos de Juanito Castropardo y Luis Roldán.

El alma de Luis correteó a lo largo de sus dedos, pretendiendo por ellos abalanzarse al aromoso encaje, que en la semiobscuridad de la cabaña parecía una paloma revoloteando en torno de la duquesa.

—Entendámonos,—indicó el *sportman*.—  
¿Quién tiene derecho al premio, el que antes concluya? ¿El mérito intrínseco de la poesía no se considera para nada?

Hubo un instante de silencio. El barón repuso:—Ni antes ni después. El premio es para los versos que lo merezcan, nada más. Castropardo pensó:—¡Pobre seminarista!

Los dos contendientes se proveyeron de cuartillas, y en breve no se oyó sino el vertiginoso rasgueo del lápiz sobre el papel, y el gotear de la lluvia encima de los mimbrales de la choza.

Los perros, extrañados quizás del silencio que reinaba en la cabaña, asomaron en ella sus hocicos; y al ver los rojizos puntos del cigarro temblar como luciérnagas en la obs-

curidad, se retiraron ensayando ladridos sordos...

Así pasaron cinco, diez minutos...—¿Está?—preguntó el marqués.—Nadie contestó. El barón expuso:—Si la musa no sopla, dejadlo.—Aurelio hallábase impaciente; anhelaba el triunfo de Luis, y a cada momento decía por lo bajo:—¡Vamos, hombre, date prisal

Creer muchos que no hay más que pedir al poeta: «¡Un versol...» para que ya el verso brote instantáneo. Y no: no es la poesía un arte cualquiera; es algo creador, y las creaciones no son obra del minuto. El mundo, creación de Dios, poema de Dios, se hizo en seis días que, según modernas versiones, son seis largos períodos de tiempo. Y así como el sacerdote fervoroso, antes de ofrecer el santo sacrificio debe recogerse considerando las excelencias divinas, así también el poeta, sacerdote de la Belleza, debe reconcentrarse en sí mismo cuando va a officiar sobre el ara del buen gusto. No se poetiza de cualquier modo: depende el poetizar de muchas circunstancias; por eso me río a veces de algunas *improvisaciones*... ¿Estaba inspirado Roldán? Sí: exceso de inspiración descomponía-

le el conjunto; su fantasía loca galopaba sin freno, y por más que el jinete lo sujetaba de las riendas no se detenía el corcel. Al fin exclamó:—¡Listo!—Y Castropardo, que al revés de Luis, tardaba por falta de numen, decía:—Voy... ya voy...—Luego, imitando al seminarista, añadió:—¡Listo!...

—¡A leerlas!—gritó el barón.

—¿Quién empieza?—interrogó Castropardo.

—Usted;—contestó Luis—le corresponde por derecho de antigüedad. Ya es poeta de... cartel.

—¡Gracias!—exclamó pavoneándose el cubano. Y con voz de falsete empezó la lectura de su poesía.

#### A LA DUQUESA DE SOTOPERALES

##### SONATINA

¿Ves los cisnes de albos cuellos elegantes  
que atraviesan el cristal de la fontana  
versallesca, cuyas aguas ondulantes  
fosforecen con la luz de la mañana?

¿Ves la nieve que se posa en la alta cumbre  
de la sierra? ¿Ves el blanco recental?

¿Ves la luna que se filtra con su lumbre,  
como lluvia plateada, en un rosa?

Pues tan blanca como el cisne de la fuente,  
como el pico de la sierra congelada,  
como el tímido cordero balbuciente  
y el polvillo de la luna plateada

eres, duquesita preciosa, ideal...  
ánfora de mármol, jazmín y cristal...

Calló Castropardo, y nadie osó interrumpir su silencio. Todos aguardaban el desenlace de la composición; pero cuál no sería su asombro cuando oyeron decir a Juanito que había terminado.

—¡Ahl pero...—balbuceó el barón. Y después, como arrepentido de haber esbozado su extrañeza, añadió:—¡Bien!... ¡bien!...

Y «bien, bien» con el mismo tono de una comparsaría teatral, repitieron los demás señores de la reunión.

La duquesita se limitó a decir:—Muchas gracias, Juan, muchas gracias.

El cubanito, sospechando que aquel final de su composición—final que necesariamente tuvo que ser así, pues el tiempo apremiada, faltaba el numen y la vanidad urgía—había caído como chorro de agua helada en sus oyentes, expresó entre humilde y fatuo:—La escribí muy deprisa, y esos versos son

tan difíciles... Además, ya sabéis que los redondeos en cuestión de arte están llamados a desaparecer... El punto final es de mal gusto... ¡Los suspensivos guardan un encanto!...

—Pero Juan,—explicaba el barón—si la poesía nos gusta, si...

—Luis,—invitó el marqués dando al barón en su brazo con el codo, para hacerle así comprender que iba a oír algo bueno—empiece usted. Ahora se juzgará.

Luis comenzó:

#### LLUVIA DORADA

##### A LA SEÑORITA AUREA DE MAZARRONDO

Temblaba su voz. El *sportman* sonreía burlonamente. Aurelio se inquietaba temiendo un fracaso. La duquesita toda era oídos.

Prosiguió Luis:

Aurea es tu nombre y dorada  
te contemplan mis pupilas:  
con oro estás fabricada,  
oro vierte...

Roldán no era dueño de sí: se le enredaba la lengua, su corazón palpitaba fuertemente... ¿Qué le ocurría? El, que declamó sus

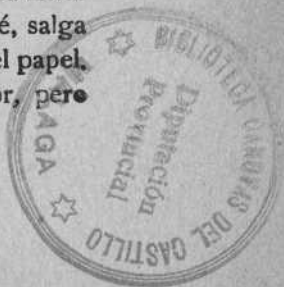


hermosas composiciones en presencia de una infanta de Castilla, de príncipes de la Iglesia y de ministros de la Corona, ¿temía acaso recitar delante de aquel reducido auditorio de aristócratas? El, que había subido más de una vez a la tribuna de su Seminario, que habló en fiestas universitarias, que dió varias conferencias en importantes centros de cultura alcanzando siempre estruendosas ovaciones, ¿iba a arredrarse ante la obscuridad de aquella improvisada cabaña? Luis, que desde el púlpito, allá en la capilla del religioso edificio donde cursara sus estudios, cantó las excelencias de la Inmaculada Virgen, ¿no se atrevería a cantar las gracias de una duquesita gentil? ¿Era quizás por aquel tonto de poeta que en un rincón de la choza mirábale osado registrando sus menores movimientos? ¿Por qué las letras bailaban ante sus ojos, y se pegaba al paladar su lengua, y toda la cabaña se le venía encima?

— ¡No puedo! — exclamó al fin — estoy mareado... Aurelio, léela tú. ¿Entiendes la letra?

— Punta de alfiler parece... La leeré, salga como salga. Trae. — Y Aurelio cogió el papel.

No era el enfermero gran recitador, pero



efecto de su continuo trato con Luis, aprendió de éste su manera singular de matizar las frases, de modular la voz según las circunstancias lo requerían. Empezó:

Aurea es tu nombre, y dorada  
te contemplan mis pupilas:  
con oro estás fabricada,  
oro vierte tu mirada,  
oro del cuerpo destilas.

Por ti, niña a quien adoro,  
desprecio el polen de oro  
de azucenados pistilos;  
por tí, no quiero el tesoro  
que el sol me brinda en sus hilos.

¿Quién formó tu cabellera  
donde la luz reverbera  
con reflejar amarillo?  
Algún sol: éste no era,  
que este sol da menos brillo.

Esas pestañas sedosas  
¿el oro dónde robaron?  
¿Quizá de alas primorosas  
de pintadas mariposas  
que en tus párpados se echaron?

Esas tus cejas brillantes,  
esas curvas fulgurantes  
que de tu frente el capuz

han surcado rutilantes,  
dí, ¿quién les presta su luz?

Oro es tu voz: pues remeda  
el sollozo de un cristal,  
rumor de mansa alameda,  
«frú-frú» de traje de seda,  
nota de arpa celestial.

Oro el alma, que destella  
como la luz de una estrella  
en tus pupilas azules:  
estás, ¡oh, paloma bella!  
envuelta en dorados tules.

Yo no me quiero acercar:  
de lejos he de admirar  
esa rútila figura,  
pues temo vaya a manchar  
con mi aliento su envoltura.

Que esa túnica dorada  
debe ser tan delicada  
como el ala primorosa  
de la linda mariposa,  
que, al tocarse, se degrada.

No he de tocarte liviano,  
joya que grabó la mano  
del Orfebrero divino:  
¡Tú eres Aureal... Yo un gusano  
que se arrastra en tu camino.

Vuela, vuela, mariposa:  
 que te perfume la rosa,  
 y te cante el ruiseñor  
 con su lengua melodiosa  
 rendidas trovas de amor.

Vuela, vuela, ángel de oro:  
 que mientras vuelas, te miro;  
 al contemp arte, suspiro...  
 ¡Suspirando, canto y lloro!  
 ¡Llorando y cantando, expiro!...

Un gran aplauso acogió el final.—Estos versos los firma usted;—indicó Toro alargando la poesía al barón.

—¡Justo!... «El barón de Palmeral.» Muchas gracias, Luis, por la delicadeza.

La duquesita, que durante la lectura no cesó de mirar a Aurelio, moduló dirigiéndose a Roldán:—Yo no sé qué decirle...

El marqués repetía:—¡Qué chico! ¡Qué chico!... — Y Castropardo, previendo una derrota, se mordía los labios lleno de envidia.

Luis se hallaba disgustado: de haberla leído él hubiera sido mayor el éxito; allí faltaba calidez, fuego... *algo* que Aurelio no puso.

—Creo yo que el premio...—insinuó uno de los convidados.

—Aurelio,—suplicó el barón — ¿sería usted tan amable que volviera a repetir la lectura? Ahora nos fijaremos con más atención y así será definitivo el fallo.

—¡No!...¡ No!... ¡Trae!... ¡Yo la leeré!—Y Luis, arrebatando a su amigo las cuartillas, comenzó:

Aurea es tu nombre, y dorada  
te contemplan mis pupilas...

El poeta comunicaba su emoción a los versos que, cálidos, fluían de los labios como rumor de pájaros nacieses. El tono de su voz recorría toda la gama del sentimiento. Qué expresión de indefinible tristeza cuando decía:

Yo no me quiero acercar:  
de lejos he de admirar  
esa rútila figura,  
pues temo vaya a manchar  
con mi aliento su envoltura...

Y qué respeto en aquellas frases:

No he de tocarte liviano,  
joya que grabó la mano

del Orfebrero divino:  
¡Tú eres Aurea! Yo un gusano  
que se arrastra en tu camino...

Y al concluir, ¡qué melancolía de muerte!

Vuela, vuela, ángel de oro:  
que mientras vuelas, te miro,  
al contemplarte, suspiro...  
¡Suspirando, canto y lloro!  
¡Llorando y cantando, expiro!...

—¡Muy bien!—premió el barón levantán-  
dose y estrechando calurosamente las manos  
a Roldán.

—Luis, ahí va el pañuelo...—murmuraba  
Aurea ofreciendo la delicada batista al poeta,  
el cual lo recogió con avidez y aspiró dulce-  
mente su efluvio de heliotropo.

—Supongo—decía la duquesita—que po-  
dré quedarme con estos versos...

—¡Oh, no!—respondió Luis—no los en-  
tendería usted; están escritos muy de prisa...  
Antes de marchar al Seminario yo le enviaré  
una copia.

—La aguardo con impaciencia.

Mientras, Castropardo, devorando la ra-  
bia del vencimiento, pensaba:—¡Le parece a

usted?... ¡Dejar mis versos por esas antiguallas de quintillas ripiosas!... Pero venid acá, señores míos,—continuaba indignado preguntando con el pensamiento—Zorrilla y Marcos Zapata, ¿no murieron ya? ¿Desconocéis los nuevos rumbos, los gustos modernos? ¿Nunca habéis desayunado siquiera en el *restaurant* literario de Chocano, o tomado un *vermouth* con aceitunas en el *Bar* ultra-poético del exquisito Rubén?...





## CAPÍTULO XV

### Bailando y tronando

Cerca de la choza se sintió gran algazara: era la gente joven que venía en son de fiesta, las mozas y mozos de los guardianes, que iban según costumbre a pagar con un baile el convite de su amo.

La mañana no estaba, en verdad, para tales escarceos: el suelo volvía-se blando al contacto de las gotas que dejaban caer las nubes; opacos jirones envolvían el firmamento en lóbrego matiz de tristeza; de cuando en cuando atravesaba la raya del horizonte un relámpago, y oíase, aunque lejano, el rumor del trueno; de vez en vez un pájaro ne-

gro de los que graznan, volaba al encinar sacudiéndose las plumas...

Pero a los veinte años el alma sabe sustraerse a estos cuadros melancólicos y forjarse al instante una escena de luz. Por eso a las indicaciones del marqués, el cual les decía que la mañana, más que bailar, pedía un cuento de brujas al amor de la lumbre, ellas respondieron:—«Déjelo el señor, con la lluvia el pelo crece,»— y ellos:—«El agua quita los malos humores. ¡A bailar! ¡Ramón, echa una copla!...»—Ramón era el hermano de Aurelio, un tipo moreno, ardiente como ascuas, digno de haber nacido en Córdoba o Sevilla.

Traía en su diestra un guitarro (porque *guitarras*, oído bien: guitarras con su panza de ébano, sus cuerdas de oro, sus clavijas de plata, sus incrustaciones de concha y su moñón de raso, no se ven más que en Andalucía), un guitarro de aldea propio para acompañar joticas, mas nunca el aire soberano de una *malagueña*,—reina del cantado sentimiento popular—orgullosa de por sí, que no se aviene a un triste acompañamiento, sino que demanda riqueza y rumbo por

todas partes: en el instrumento, en quien lo tañe, en la concurrencia y hasta en el sol.

Decía que Ramón empuñaba en su diestra el armonioso mástil, huérfano de cintas; se sentó en el suelo sin preocuparse de la humedad, bajo la blanca lona, quiosco o pabellón de ingreso a la cabaña del señor marqués; enredó las piernas como un árabe, y colocó entre ellas el jaleador instrumento. Visto así, con sus ojos negros y arrulladores y su matiz de café a medio tostar, Ramón parecía uno de esos rapsodas africanos que tañen guzlas. Punteó, rasgueó y cantó. Era la jota: pero una jota débil, enfermiza; no la briosa, arrogante y varonil que sacude los pechos de entusiasmo.

Tres parejas salieron; una de ellas, de mujeres solas; escaseaban los mozos. ¡Qué inocente era aquello! Vueltas acá, vueltas allá; manotazos al aire con repiqueteillos de dedos; una pierna que va y otra que viene...

Estos campos próximos a las grandes urbes carecen de fisonomía propia. El carácter de estos pueblos—como decía con gracia

mohosa refiriéndose a la forma *Kal* un profesor de hebreo que yo tuve—es no tener *carácter*. Imitan todo y no hacen nada. Aquel baile lo mismo podía ser jota que peteneras. El caso era mover los pies; los movían, más no sin dificultad: ya hemos dicho que la tierra iba empapándose.

—¡Ramón, deja la jota! ¡Un *tiento!*...—gritó uno de los bailarores.

—Eso—observó el marqués—lo sabrá cantar Luis; es andaluz.

—¿Este?—indicó Aurelio.—¡Ca, señor marqués! si no parece de allí. Tira al norte... casi siempre mustio, alicaído...

—¡Allá va el *tiento!*—exclamó Ramón. Y entonó lo de:

Quisiera verte y no verte...

¡Madre, qué profanación! ¡Pues no bailaban el jaleo a manera de jota baturral... Sonrió Luis no obstante sus muchas pesadumbres. Y es que se acordaba de su tierra; de aquellos *cantaores* y *bailaores*; del batir de sus crótalos, del sonar de sus palmas, de los flecos de un crespón acariciando el faralá de

un raso... Comparaba la pobreza del cuadro que servía de fondo a las figuras—un encinar salpicado por un arroyuelo—con las clásicas parejas andaluzas moviéndose ya en la *Caleta* de Málaga teniendo a su frente el mar y a sus espaldas los limoneros de sus jardines, ya en la célebre *Venta Eritaña* de Sevilla, al amor de las palmeras y al arrullo del Guadalquivir.

Luis cerraba los ojos para no ver aquella ridícula parodia de la danza flamenca: danza que está pidiendo a voces un trono de mantones de Manila, y allí estaba demandando un ataúd. Todo contribuía a empobrecer la fiesta: el cielo era un capuz lóbrego, y la *juerga* requiere un azul brillante, un sol que lance puyazos de fuego.

Quizá al leer esto me interrumpa algún andaluz, diciéndome:—«¿Y la *juerga* nocturna?»—¿Pero puede llamarse *nocturna* una *juerga* que, si es bajo techado, la alumbran focos eléctricos, *chatos* de Manzanilla y ojos brillantes de espléndidas mujeres; y si es al cielo raso tiene por antorchas la luna y un millón de estrellas, diferentes a la luna y a las estrellas de otras partes, que se reflejan

en la tranquila superficie del Mediterráneo produciendo correspondencias de luces que casi marean, que casi ofuscan? ¡Las noches de Cádiz! ¡las noches de Málaga!... Esas noches ¿son noches verdaderas? ¿Brilla la luna como aquí? o al menos: llevados de nuestra exhuberante fantasía meridional y del grande amor que profesamos a nuestra tierra, ¿no nos parece que brilla más que aquí?... Pero me disgrego del asunto, y os pido perdón.

Decía que todo coadyuvaba al menor esplendor de la fiesta: el cielo, fúnebre; la tierra, mojada; los relámpagos, acercándose; el trueno, casi encima... Un trueno cortó el baile, como si un andaluz se hubiera asomado desde el cielo a ver lo que pasaba por el mundo, y observando aquella profanación de sus danzas, protestase recio. La gente se asustó; se rasgó el cuadro: tocador y bailadores se refugiaron en las cabañas seguidos del público. El marqués gritaba:—¡A casa! ¡Todavía hay tiempo!

—¿A casa?—advertía el barón—nos coge el chubasco en el camino. Descuide usted, pasa pronto: nubes de verano.

—¡La tormenta está aquí!—avisó Juanito.

E imitaba el lenguaje de los periódicos, diciendo:—¡Viene *pegando!*

En efecto, el viento la conducía con extraordinaria celeridad. Ya el cielo no era el cielo lechoso por el cual se introducía débilmente la luz: el cielo adquirió tintes sombríos. Densos nubarrones de color pizarra se extendían desde un lado a otro, casi rasantés con las cúpulas de los álamos blancos, donde los ruiseñores daban plumas con plumas. Las encinas agitaban tristemente sus cimbras a modo de guerreros que previesen una derrota. Los goterones eran cada vez más fuertes y continuados; se inició la lluvia general, y por el techo de la cabaña empezaron a lloriquear los mimbres. Un relámpago, otro, otro... Las culebrinas iluminaban súbitamente la caliginosa atmósfera. Seco, retumbaba el trueno diluyéndose su ronco estampido por los anchos espacios hasta desaparecer gradualmente.—¡«Santa Bárbara, Santa Bárbara!...» — rezaban las mujeres, mientras los chicos, asustados y temblorosos, se acogían a sus faldas. Los hombres, asomándose por las chozas indagaban el estado del cielo, haciendo, según el recorrido de

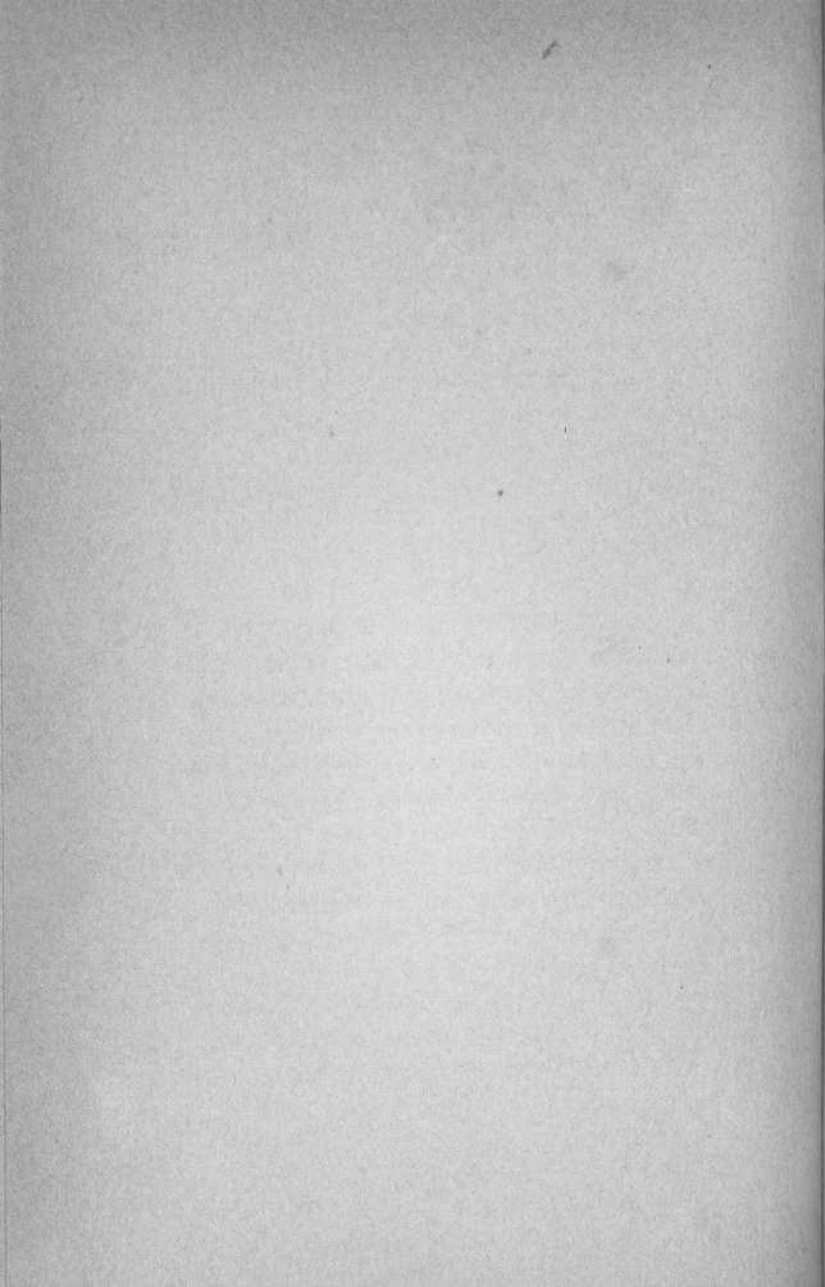
las nubes, pronósticos sobre la duración de la tempestad. Los perros movían sus colas contemplando con ojos al parecer reflexivos aquella revolución del firmamento, y algunas veces, cuando posaban su vista sobre la tierra, daban un ladrido ahogado sintiendo impulsos de escapar: era que habían visto un conejillo salir en precipitada fuga de su madriguera inundada por la corriente.

De pronto, rozando casi con las mismas encinas, se vió intenso llamear: descendió una luz estrecha, estrecha y larga como si Satanás se hubiera cortado su índice de fuego; se escuchó horrísono estampido—el ¡ay! de Satanás—que repercutió en las cañadas y tajaduras del monte, cada una de las cuales rugió en sonos broncos, igual que si por allí se asomasen catervas de demoniacos espíritus a plañir la amputación dolorosa de su monarca infernal. Se taparon las mujeres el rostro con sus delantales; empezaron a llorar los chicos y a ladrar los perros; las bestias que pacían en la verde explanada, a pesar de tener atadas sus patas delanteras emprendieron la fuga. Los hombres, señalando el punto de la exhalación, decían: — «¡Allí



fué!...» Sí; allí fué: una encina carbonizada; una de aquellas encinas que meneaban tristemente la cabeza sospechando una próxima derrota...

Aurelio y Luis admiraban el cuadro:—  
«¡Qué hermosura!»—exclamaba el poeta.—  
«¡Qué grandeza!»—añadía el filósofo.



## CAPÍTULO XVI

### ¡Al río!

Poco a poco fué alejándose la tempestad: amainó el viento; cesó la lluvia; las nubes, al desvanecerse, iban dejando intersticios azules; el sol, suave, comenzó a iluminar la tierra. Ya solamente llovía de los árboles, cuyas hojas escurrían el agua. La marcha se dispuso.

Desataron las caballerías y pusieron sobre ellas jamugas, cantareras y personas. Unos a pie y otros conducidos por las bestias, la caravana emprendió la partida.

Aurea, sentada en su mula que, caminando mansamente, hundíase en el fanguizal, nablaba del reciente espectáculo con los dos

seminaristas, los cuales, a pie, marchaban a uno y otro lado de la gentil duquesa. No dejaba ésta de inquietarse por un rumor que cada vez percibíase más distinto.—«¿Qué es eso?»—preguntó.—«El río, sin duda.»—contestó Aurelio.—«Veremos cómo se pasa.»—«Bien: el monte no ha escurrido todavía.»—«¡Vaya una riberal ¡Vaya unas impresiones que habrá usted sacado, Luis! ¡Nos hemos divertido mucho! ¿verdad?»

—Para mí será siempre un día memorable.

—¿Memorable?

—Si usted no se ofendiese y me permitiera ser galante...

Aurelio que, como se dice en lenguaje de bastidores, estaba al paño, miró gravemente al amigo, y en seguida se puso a silbar un aire de su canción favorita: la salutación de los peregrinos de Lourdes. Mas Luis, no dándose por enterado, continuó mientras miraba a la duquesa y acariciaba el cuello de la tarda mula:—Ser galante, yo le dijera que este día es memorable porque la misma Belleza me regaló su bandera blanca.—Y enseñó el pañuelo.

—Pues algo triste parecía usted.

—Siempre lo estoy.

—¿Y eso?

—Mi carácter.

—Parece mentira que sea usted andaluz.

—Phs...

—Y enamorado ferviente de lo bello. ¿No sabe usted lo que dijo una reina?

—¿Usted?...

Aurelio subió el tono de su silbido, mientras la niña, sonriendo, anunciaba:—En el cuento de mi vida aun no nació el príncipe que me rapte.

—¿Quién lo dijo entonces?

—Una reina bíblica que usted debe de conocer mucho.

—¿La de Sabá?

—La de Sabá. La Belleza—afirmó—es la eterna alegría. ¡Alégrese usted! Imite a su amigo Aurelio.

—¿Qué pasa?—interrogó Aurelio, suspendiendo el armonioso ruido de sus labios.

—Que siempre estás contento.

—¡Clarol! ¿Qué motivos hay para entristecerme?

—Conque... ¿tú eres la persona más feliz

del mundo?—preguntó Aurea mirándolo atentamente.

—Por ahora, sí. La señorita duquesa, ¿no?

—¡La señorita duquesa!...—murmuró Aurea frunciendo el ceño y mordiéndose los labios.

—¿No es feliz?... Joven, discreta, bonita...

Se animaron los ojos de Aurea, y exclamó:—¡Siguel...

—Rica, noble, en vísperas de casarse...

—¡Escucha!... ¡Escucha!... ¡El río!...—interrumpió la duquesita fingiendo susto, y señalando al lugar por donde crecía el rumor. Después, rabiosilla, dió un pescozón con su mano de nieve en el cuello de la mula, gritando:—¡Arrel! ¡Arrel!...—Luis y Aurelio quedaron atrás.

A poco se contempló el Guadarrama. Llegaba el agua turbia mostrando manchas sanguinolentas. Su lecho había crecido considerablemente, y arrastraba troncos, pieles de ovejas, alguna que otra gallina, y muchos conejos.

—¡Cuidado al pasarlo!—avisó el marqués—. ¡Dirigid bien las caballerías, que el agua viene de muy mal talantel... ¡Nadie

cruce a piel La corriente debe de llegar hasta por bajo de los brazos... Aurea, si no te atreves sola, ven conmigo; aunque tú puedes darme lecciones de equitación.

—No hay caballerías suficientes— advirtió Castropardo.

—Las bestias pueden hacer varios viajes y así pasaremos. Quien sepa mejor nadar— continuó el marqués— encárguese, según vayan quedando desocupadas, de volverlas a la orilla para que monten los rezagados.

Las órdenes del marqués empezaron a cumplirse. Aurelio y su hermano Ramón, que eran excelentes nadadores, aunque en su vida nunca habían visto el mar, se despojaron de sus exteriores prendas de vestir y hendieron el agua, la cual subíales más allá de la cintura. Las caballerías, desprovistas de sus cargas, eran conducidas del ronzal por los susodichos jóvenes al punto de partida, donde volvían a tomar nuevos viajeros. Entre risas y sustos pasaron todos menos Aurea, que se reservó para la última. Entonces, cuando ya nadie quedaba por atravesar el río, avanzó.

Venía el agua cada vez más recia, y la

mula, por efecto de los dos o tres viajes que hiciera, hallábase algo cansada. Tardo y embarazoso el movimiento, revolvíase el animal, asustándose de cualquier obstáculo por nimio que apareciese: un tronco detenido adquiriría proporciones colosales, y una piel de oveja que cruzase rápida se le antojaba un mónstruo marino. Rezongora, pues, y espantadiza iba la mula; esto unido al poco cuidado que en llevarla ponía su conductora, quien distraíase mirando al encinar entre cuyos árboles Aurelio y Ramón habían ido a vestirse, era causa de que la marcha por el río fuese larga y penosa en extremo.

Su abuelo no hacía más que gritarle:

—«¡Castígalal... ¡Por allí... ¡Por aquí!...»

—«¡Señorita—vociferaban las mujeres—mucho cuidado, que esa pícara no quiere andar!...» —El poeta, alzando sus brazos, exclamaba: —«¡Por Dios!...»

Aurea, sin preocuparse, indiferente, se dejaba llevar. De pronto, vagó en sus labios una extraña sonrisa, y... la mula, cayendo de bruces, arrastró a la duquesa. Un grito unánime de ansiedad y espanto brotó de todos los pechos; al grito, Aurelio salió de su



escondite, se despojó rápido de la sotana que llevaba a medio poner, y lanzándose al río y nadando ligero, llegó al lugar donde la duquesita peligraba. Ella, al verlo, agitó sus manos que él estrechó con fuerza alzándola de la mula, la cual fué arrastrada por la impetuosa corriente.

Aurea se afianzó al cuello robusto de Aurelio, mientras éste, rodeando su cintura, conducíala entre los fornidos brazos como pudiera conducir un manojo de blancas azucenas. Y no otra cosa parecía la duquesa con su falda de muselina chorreando, la palidez del susto reflejado en su semblante, y la cabellera de oro húmeda y suelta por el recio batir de las ondas. Cerraba la niña sus ojos, y el pecho se le levantaba a impulsos de la reciente emoción. Ya en la orilla, la rodearon todos, mientras ella con apagada voz musitaba: --No os asustéis, un baño...

El abuelo culpábase de lo ocurrido por haberla dejado sola; el barón la miraba angustiosamente, y Luis con excesiva inquietud. Dos o tres mujeres se quitaron sus sayas envolviendo con ellas el cuerpo de la duquesita, en cuyos delicados miembros ha-

cía presa el temblor. Acondicionaron como mejor pudieron una mula, y colocada en ella la paciente, se prosiguió el camino de la casa, mientras Ramón, haciendo trotar el jaco, se dirigió al Alamo en busca del médico. El marqués, viéndolo desaparecer, le gritaba consultando el reloj: — Son cerca de las cuatro... Si a las cinco estás con el doctor de vuelta, te ganas veinte duros... ¡Correl

## CAPITULO XVII

¿Aurelio?...

Ya en casa del marqués, fué trasladada Aurea a sus habitaciones. La acostaron y cubrieron su cuerpo con manta de terciopelo rosa, capaz de infundir calor a una Venus de mármol, cuanto más a una Venus de carne...

Intensa palidez de lirio teñía su frente, y su rubia cabellera, deshecha en mil bucles caía sobre la fina almohada. Margarita, Ofe-  
lia...

La niña encargó que la dejaran, pues sentía mucho amodorramiento y quería descansar. Tan sólo permitió, y eso a instancias

reiteradas del abuelo, que su doncella Anita la acompañase.

El marqués, asomado a la solana, renegaba de la vida del campo en donde los remedios pronto son tan difíciles, y oteaba el largo camino que conduce al Alamo, anhelante porque apareciera el doctor. El barón medía a grandes pasos el suelo de la habitación inmediata, agitado, intranquilo, nervioso. Aurelio recibía por su valiente decisión plácemes de los convidados; y Luis, a un extremo de la amplia sala, hundido en mueble y aterciopelada butacona, afilaba el arma de un razonar severo, para presentarla y hacer retroceder con ella a sentimientos que, obstinados, querían escapársele del corazón.

Algo habría de angustiar y de oprimir a nuestro poeta, pues murmurando: —¡Ea, vamos a distraernos!— se alzó del butacón, y comenzó a pasar revista a los viejos cuadros de los ascendientes del marqués: ya era un militar de los flamencos tercios, bigotudo, jactancioso y arrogante, a quien miraba; ya una dama de abullonado traje, cuyas manos breves, pulidas y ociosas, parecían tener